

LETRAS

ORGANO DE LA FACULTAD DE LETRAS
D E L A
UNIVERSIDAD NACIONAL DE S. MARCOS



LIMA - PERU
MCMLX



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

LETRAS

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

ORGANO DE LA
FACULTAD DE LETRAS



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

Nº 64

PRIMER SEMESTRE

1960

FACULTAD DE LETRAS

DECANO

Luis E. Valcárcel

REVISTA LETRAS

COMISIÓN DIRECTIVA

José Jiménez Boria

Raúl Porras Barrenechea

Biblioteca de Letras
Estuardo Núñez
«Jorge Puccinelli Converso»

Carlos Nicholson

Víctor Li Carrillo

Alberto Escobar

Luis Jaime Cisneros

SUMARIO

GARCILASO Y LAS TEORIAS DEL TIPO IDEAL Y DE LA ESTRUCTURA, por Luis E. Valcárcel.

LOS RESTOS DEL INCA GARCILASO, por Raúl Porras Barrenechea.

PROHIBICION DE LOS COMENTARIOS REALES, por Daniel Valcárcel.

LOS DOS AUTORES DE LA FLORIDA, por José Durand.

LA ODISEA DE CHOCANO, por Luis Alberto Sánchez.

CASTRO ALVES Y CHOCANO, por Bella Jozef.

VALDELOMAR, VIAJERO, por Estuardo Núñez.

LA CIUDAD MUERTA, por A. Valdelomar.

CRONICAS DE ROMA, por A. Valdelomar.

TENDENCIA DE LA CLASE HACIA EL PODER, LA IDEOLOGIA Y LOS PREJUICIOS, por José Mejía Valera.

CRONICAS DEL JAPON, por Alberto Tauro.

TESTIMONIOS

NOTAS Y COMENTARIOS

DOCUMENTOS

ACTIVIDADES DEL CLAUSTRO

NOTAS BIBLIOGRAFICAS



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»





Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

Retrato moderno del Inca Garcilaso de la Vega Chimuoclo, existente en el Musco de don Pedro de Osma (Barranco, Perú).

Como se sabe, no hay ningún retrato directo de Garcilaso. Todos son imaginarios. Existen retratos hechos por los pintores peruanos don José Sabogal, don Francisco González Gamarra y don Germán Suárez Vértiz. Asimismo se tuvo durante mucho tiempo por retrato de Garcilaso, en el Cusco, uno que en realidad correspondía, según parece, al arcángel San Gabriel.

D. V.

Garcilaso y las teorías del Tipo Ideal y de la Estructura

POR LUIS E. VALCÁRCEL

Entre las significativas anticipaciones del Inca historiador, cabe resaltar su concepción tan moderna de tratar la materia histórica como si hubiese adivinado las teorías del Tipo Ideal y de la Estructura.

Debemos a Max Weber la definición del primero como "una figura mental unitaria, resultante de la captación de un conjunto de hechos ligados estrechamente entre sí, o de un sistema de ideas abstractas". Agrega Weber que esta figura mental unitaria cobra vida y actúa como arquetipo. Distingue entre el producto puramente ideológico —que desemboca en utopía— del fruto de observaciones realistas que se convierte en el objetivo de una praxis. Cuando se ha plasmado el Tipo Ideal, el político, el grupo director, trata de canalizar, de acomodar la vida del pueblo, al modelo escogido, llevando adelante la transformación social y el mejoramiento humano por los medios que se consideran más eficaces. Sin embargo, el Tipo Ideal persigue su realización por métodos lógicos, ya sea en forma empírica, ya de arreglo a planeación. Puede también distinguirse entre procedimientos de lentitud evolucionista o de aceleración revolucionaria.

El proceso está sometido a un severo control que trata de impedir todo acto que se aparte o contradiga al Tipo Ideal. Es la historia la que se encarga de revelarnos en qué medida de aproximación se ha cumplido la tarea, cuáles fueron los éxitos y cuáles las desviaciones.

Freyer coincide con las ideas de Weber cuando escribe este párrafo: "La vida de los hombres fluye durante un período histó-

rico en la forma de un orden social o de un sistema político. La vida no prosigue su curso en forma múltiple y abigarrada, sino que se sitúa a sí misma en un cauce y bajo una forma. No se ha creado una obra con un sentido intemporal, sino que la realidad social misma se condensa, convirtiéndose en existencia conformada".

Todo tipo ideal es, al mismo tiempo, una estructura histórica. La historia precisamente nos revela en qué medida el tipo ideal conforma la estructura y de qué manera ésta funciona para realizar el arquetipo. Se ha definido la estructura como un sistema de relaciones, dentro del cual cada hecho adquiere un sentido en función de todos los otros, con los que se halla en conexión. De ahí que todo hecho debe ser examinado por la historia, conectado con la respectiva estructura, porque la realidad histórica —se añade— está configurada, no en los hechos aislados, sino en las estructuras. La misión del historiador consiste en descubrirlas.

Dilthey había definido la estructura como "un orden con arreglo al cual los hechos psíquicos se hallan enlazados entre sí mediante una relación interna". Huizinga, por su parte, había hecho notar que "toda obra de historia construye conexiones, esboza formas, a través de las cuales nos hace comprender la realidad pasada".

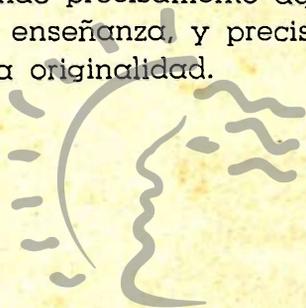
Una particularidad de la conexión histórica es la de que los hechos de una estructura se relacionan en círculo y no en cadena.

El Inca Garcilaso —y éste es su gran mérito— había descubierto el Tipo Ideal y la Estructura del Imperio Incaico, al poner el mayor énfasis en aquellos órdenes de actividad cultural básicos, como son la Economía y la Política. Recuérdese que estas materias las trata en 75 capítulos, amén de las referencias sueltas que aparecen en diferentes partes de la obra. El orden que le sigue es de la Religión en 38 capítulos, en los cuales se percibe su trasfondo político-económico.

Al concebir nítidamente el Tipo Ideal perseguido por los Reyes Incas, Garcilaso, con un optimismo que algunos consideran exagerado, comprueba cómo a lo largo de la historia del Imperio se va cumpliendo, sin apartarse apenas del arquetipo, puesto que las instituciones funcionaban adecuadamente.

El sistema de tenencia de la tierra y de los demás bienes, el del trabajo, el de la previsión social, la organización administrati-

va, forman una sólida estructura llamada a funcionar sin tropiezos. El tipo ideal de sociedad imaginado por los Incas y llevado a la práctica, tenía por objetivo supremo extender el bienestar al íntegro de la población. ¿Fueron o no satisfechas plenamente las necesidades primordiales del hombre?. Ningún historiador se atreve a negarlo. Todos los testimonios concuerdan en que el objetivo fue alcanzado. Los "Comentarios Reales" se circunscriben a esa comprobación. Que, en todo lo demás, (acontecimientos, creencias religiosas) hubiera fallas, disconformidad con otros cronistas, es cosa de menor importancia. La autoridad de Garcilaso es insuperable en lo esencial: en el sistema político-económico que implantaron los Incas. Nadie como él concibió el Tipo Ideal y la Estructura, el cuadro completo de la sociedad inca, la visión cabal de su cultura, destacando precisamente aquello en que el Perú ofrece una permanente enseñanza, y precisamente también en lo que estriba su auténtica originalidad.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

Los Restos del Inca Garcilaso

POR RAÚL PORRAS BARRENECHEA

El 18 de Setiembre de 1612 el Inca Garcilaso de la Vega, vecino de Córdoba, compró en la Iglesia Catedral de esa ciudad un arco y capilla en el lado llamado de los Naranjos en frente del Altar Mayor, para que le sirviera de entierro. El Inca septuagenario —que acaba de publicar la Primera Parte de los *Comentarios Reales* y se ocupaba empeñosamente en terminar de copiar e imprimir la Segunda Parte— se comprometió a hacer un retablo y reja de hierro en la capilla y un soldado de ladrillo en toda la nave, desde la capilla al Altar Mayor. La capilla le fué cedida, para él y sus sucesores, con *“dos sepulturas terrizas que ha de hacer a la linde y junto de la capilla”*.

En cumplimiento de su contrato el Inca, vecino entonces de la colación de Santa María, mandó hacer al cerrajero Gaspar Martines una reja de hierro *“con sus puertas y cerraja y quizalero y cerrojo”* de buen hierro, que fuera *“media vara mas alta que la de la capilla del jurado Martín Gomez”*, y al escultor Felipe Basques de Vreta *“un Cristo de madera de pino, crucificado”*.

En su testamento de 18 de Abril de 1616, dictado cinco días antes de morir, el Inca ordena ser sepultado *“en la Iglesia Catedral de Cordoba en la capilla que yo e rredificado que se dize de las Benditas Animas de Purgatorio”* (1). El Inca declara que él ha escogido esta advocación y ordena que se digan en ese recinto todas las misas que se puedan decir por su alma y las ánimas del purgatorio. La víspera del día de Todos los Santos de-

(1) De la Torre y del Cerro, José: *El Inca Garcilaso de la Vega* (Nueva Documentación). Madrid, 1935, p. 182.

bería celebrarse en la tarde una vigilia cantada y en la mañana siguiente una misa de requiem cantada, poniendo una tumba con un paño negro con sus candeleros y doce cirios ardiendo. Nombró patrón y perpetuo administrador de la Capilla al Dean y Cabildo de la santa Iglesia de Córdoba en cabildo pleno y a don Francisco de Corral, caballero de la Orden de Santiago y veinticuatro de Córdoba (2). Un sacristán conservaría siempre limpios los ornamentos y aderezado el altar y sobre él ardería siempre, de día y de noche, una lámpara de manera que estuviese prendida perpetuamente. En un rasgo de benevolencia dispuso el Inca, por último, que se pudiesen enterrar en su capilla, previo consentimiento de los patronos de ella, algún canónigo o beneficiario de la Iglesia de Córdoba o algún Inquisidor, fiscal o juez de bienes y también el clérigo y licenciado Antonio de Cea. Agravando su condescendencia ordenó en su primer codicilo que se pudiesen enterrar también en el suelo de la capilla Miguel de Herrera, vecino de Córdoba, su mujer Beatriz de Ribera y sus parientes Alonso, Sebastián y Francisco de Herrera; pero en el tercer codicilo dispuso que no lo fueran en "el hueco de la capilla", sino en las sepulturas terrizas de fuera. La bóveda quedó así reservada para él y sus amigos eclesiásticos. Para sus criados y para Juan Chamico Garrido, ministril de la Iglesia de Córdoba, cedió "las tres sepulturas terrizas" que había adquirido antes en la nave de la Iglesia fuera de la capilla. Nombró, por último, herederos de sus censos y hacienda a su alma y a las ánimas del Purgatorio y como beneficiaria terrena a su Capilla de la Catedral, que resultó así, a la postre, su última y universal heredera.

De conformidad con estas disposiciones, dictadas por el Inca en su vencida ancianidad y resignado a su destino de descendiente de los Incas —a quien no le fué dado volver al Perú y al Cuzco su ciudad bienamada, en la que hubiera querido descansar finalmente—, los restos de Garcilaso han reposado en la oscura Capilla de las Animas de la mezquita de Córdoba, durante más de tres siglos, en un prolongado anonimato. Las Guías de Córdoba dedicadas a revivir el pasado español de la capital del Califato árabe, exaltaron naturalmente las excelsas figuras cordo-

(2) "Lo que el Cabildo dijere, hordenare y determinaren los dichos señores Dean e Cabildo, habría de pasarse por ello" (Quinto y último codicilo).

besas de las letras, las artes, la política o la guerra —Séneca, Lucano, Góngora, el Gran Capitán—, prescindiendo siempre de mencionar siquiera al olvidado huésped de la capilla de las Animas, al excelso escritor mestizo de América que escribió en los *Comentarios Reales* la epopeya india y española del Perú. Garcilaso continuó soportando pues, póstumamente, como muerto anónimo y desdeñado en la Catedral de Córdoba, la misma posición humilde y desarraigada que llevó en su vida terrena, que discutió en Córdoba según su propia afirmación por "los rincones de la soledad y de la pobreza". Dejaron de decirse las misas por su alma, establecidas por su testamento, y de arder la lámpara perenne en la Capilla de las Animas. De vez en cuando un turista peruano o un investigador extranjero llegaba hasta las puertas de la Capilla para leer las inscripciones doradas sobre las lápidas negras que se hallan en su interior y que dicen:

El Inca Garcilaso / de la Vega, varon insig- / ne, digno de
perpetua / memoria illustre en sangre / perito en letras, valien- /
te en armas, hijo de / Garcilaso de la Vega / de las casas de los
Duques de Feria e Infan / tado, y de Elisabeth / Palla hermana
de / Huayna Capac vlti / mo Emperador de / Indias. Comentó
la / Florida, traduxo a / Leon Hebreo, y compu / so los comen-
tarios reales.

Viuió en Cordo- / ua con mucha relig- / on, murio exemplar, /
dotó esta capilla, en / terrose en ella, vincu / ló sus bienes al su- /
fragio de las animas / de purgatorio, son / Patronos perpetu / os los
los señores De- / an, y Cabildo desta / Santa Yglesia. Falle- / ció
a veynte y dos / de Abril de mil y se- / yscientos y diez y seis /
Rueguen a Dios por su / Anima.

Como un gesto tardío, benévolo y original, un profesor británico de la Universidad de Cambridge, admirador silencioso y remoto del Inca, Mr. Bullock, del *Queen's College*, ofreció al Cabildo de la Catedral cordobesa pagar de su peculio, como lo hace periódicamente, el mantenimiento de la lámpara recordatoria sobre la tumba del Inca Garcilaso.

En 1948, al ser designado Embajador del Perú en España, propuse al ilustrado Gobierno del doctor José Luis Bustamante y Rivero —que me nombrara—, solicitar del Gobierno Español, como una forma de reparar el olvido en que yace la memoria del Inca en la mezquita cordobesa y su proscripción forzada, en la vida y en la muerte, de la Imperial metrópoli hispano-india en que naciera, la

"gran ciudad del Cuzco, cabeza de todas las ciudades del Perú", la repatriación de sus restos para que reposaran finalmente en su Iglesia Catedral, restaurada por España y en la que recibiría mejor que en Córdoba el homenaje de los indios del Cuzco y sus compatriotas todos del Perú. En ella sería el signo permanente de la fraternidad entre ambos pueblos, en un reencuentro anhelado después de largos siglos de proscripción y silencio.

En virtud de la autorización recibida del Gobierno del Perú, inicié las gestiones ante el Jefe del Estado Español y el Ministerio de Asuntos Extranjeros, contestándoseme que el Gobierno no tendría inconveniente en esa repatriación, siempre que se obtuviese la autorización de las instituciones u organismos de quienes dependiera la conservación de los restos. De conformidad con el testamento de Garcilaso la tutela jurídica de éstos, por delegación de la voluntad del Inca, corresponde al Dean y Cabildo de Córdoba. De ahí que apenas presentadas mis credenciales como Embajador y reconocido en mi calidad de tal, me trasladé en compañía, del Director de Bellas Artes y finísimo escritor y crítico de arte, inmejorable amigo del Perú, don Juan de Contreras y Lozoya, Marqués de Lozoya, y del Ministro Consejero de la Embajada, don Manuel Mujica Gallo, a visitar la tumba de Garcilaso e identificar los restos de éste sepultos bajo la bóveda ignota de la Capilla de las Animas.

Nuestra visita a la tumba de Garcilaso el 14 de Enero de 1949 y la identificación de los restos de Garcilaso, confundidos en la bóveda con otros sepultados ahí ilícitamente, se hallan descritos en el informe elevado a la Cancillería del Perú. Las gestiones que entonces hice para obtener la repatriación se hallaban, al producirse mi separación de la Embajada, en Setiembre de 1949, virtualmente culminadas. El cultísimo Obispo de Córdoba don Albino Menéndez Raigada, escritor y orador insigne, gran propulsor de obras sociales y conocedor de América y el Dean del Cabildo, espíritu noble, humano y comprensivo, accedieron a mi pedido, después de escuchadas las razones que expuse sobre la situación de fuerza que obligó al Inca a recluirse y morir en Córdoba, impedido de volver al Perú, por orden real; el abandono actual, de la capilla, falta de cumplimiento involuntario de las cláusulas del testamento y el clamor peruano por la restitución de los restos de su escritor más representativo y olvidado huésped de la mezquita de Córdoba. Determinaron también esa decisión los ofreci-

mientos que hice formalmente de atender a todas las mandas religiosas establecidas por el Inca en su capilla, en la que se seguiría orando por él y cumpliendo sus devotas disposiciones en favor de su alma y de las ánimas benditas y, además, el propósito que les manifesté de hacer visible y palpable el recuerdo del Inca en Córdoba por la dotación que haría el Gobierno del Perú a una escuela para niños pobres en la casa que el Inca habitó en la calle del Dean, de esa ciudad. Estas proposiciones fueron acogidas con amplio e hidalgo espíritu y el Cabildo de la Iglesia Catedral adoptó el siguiente acuerdo, que por primera vez se reproduce, y es en verdad el acto de devolución de los restos de Garcilaso, ya que el Cabildo es el depositario jurídico de los restos y de la voluntad del Inca, pues éste dijo en su postrimera decisión que se pasase "por lo que el Dean e Cabildo dijere, hordenare e determinare". El voto del Cabildo —que es jurídicamente decisivo, dada la voluntad de respetarlo del Gobierno Español—, coincide con el íntimo anhelo incumplido de Garcilaso de volver al Cuzco, tantas veces expresado, y coincide con el del pueblo peruano de obtener esos despojos humanos que son esencialmente suyos.

El acuerdo del Cabildo es éste:

"Acuerdo final del día 18 de Enero de 1949.— "El Excmo. Cabildo, en principio, no se opondría, al llegar el momento, al traslado a la República del Perú, de los restos del Inca Garcilaso de la Vega, *servatis omnibus de jure servandis*, a pesar del sacrificio que supone para esta Excmo. Corporación dejar de ser custodio en la Santa Iglesia Catedral de los restos de tan ilustre clérigo, que demostró en su vida y en su última voluntad tenerle tanto cariño y devoción. Entretanto, el Muy Ilustre Sr. Dean, oficiosamente y de palabra, continuará relacionándose con los Sres. que al Excmo. Sr. Obispo se han dirigido, y de todo cuanto se venga conociendo dará cuenta al Excmo. Cabildo".

Obtenida la aprobación cardinal del Cabildo debía consultarse desde un punto de vista técnico o protocolario a la Academia de la Historia de Madrid, a la Dirección de Bellas Artes, al Ayuntamiento de Córdoba, a la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba. El Director de la Academia de la Historia, el Excmo. Sr. Jacobo Fitz James, Duque de Alba, manifestó no sólo su aprobación sino su simpatía para un acto que no podía sino reafirmar los vínculos espirituales entre el Perú y España y me

expresó que su dictamen sería favorable. El Marqués de Lozoya, exaltador de la Ciudad del Cuzco y del pasado indio de Machu Picchu, declaró también su apoyo por esta iniciativa de reintegración al Cuzco de sus valores espirituales históricos que reafirman su vinculación con la hispanidad. En cambio hubo algunas voces disonantes, como fruto de una divergencia entre organismos y jerarquías regionales, más que como disentimiento o falta de amistad hacia el Perú, en los sectores del Ayuntamiento y en los académicos, que se reflejaron en algunos artículos periodísticos. Estas lógicas resistencias, en el momento preliminar, estoy seguro de que hubieran sido superadas, tanto por la consideración de los hondos motivos nacionales y espirituales que sustentan la demanda del pueblo peruano, como por la natural hidalguía de los opositores que habrían considerado, al fin, que la repatriación de los restos honraría permanentemente a la antigua metrópoli, en la urbe indiana y en su catedral hispánica, donde sería acicate de respeto y veneración para los indios. Muestra de ese espíritu hallo en la benévola y honrosísima designación que me hizo la Academia de Córdoba del título de miembro honorario de ella y la invitación que hice para asistir al Congreso de Peruanistas de 1951 al ilustre garcilasista cordobés don José de la Torre y del Cerro, miembro de aquella docta Academia, quien fué aclamado en la sesión plenaria de dicho Congreso al votarse, con su concurso, la moción que pedía a nombre de todos los americanistas el retorno de los restos del Inca después de su largo y forzado destierro.

Posteriormente, el Primer Congreso Nacional de Historia reunido en Lima, en 1954, ratificó el anhelo de que vuelvan a su patria cuzqueña los restos del Inca historiador.

La más sugestiva nota de esta reclamación diplomática romántica y significativa, fué el reflejo que ella encontró en la límpida prosa del periodista don José M. Pérez Torreblanca, quien en un breve y armonioso comentario de media columna en el vespertino "La Tarde" de Madrid, relievó la significación de mi visita a la tumba de Garcilaso, después de presentar credenciales ante el Gobierno Español, titulándolo *Credenciales ante un capitán dormido*.

Por último, el Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, del nuevo gobierno instalado en Octubre de 1948, me ratificó la aprobación de mis gestiones en la siguiente forma: "La feliz iniciativa

de Ud. merece la más solícita atención de este Despacho, el que aprueba su prudente proceder, las gestiones confidenciales ya realizadas y, en general, todo el plan que Ud., esboza para alcanzar el mejor resultado de este empeño. En consecuencia, queda Ud. autorizado, en la forma más amplia, para oficializar dicha gestión y de antemano el Gobierno aprueba las condiciones que sea necesario cumplir a este efecto, las mismas que Ud. expone en la última parte del oficio a que doy respuesta". Este oficio lleva fecha de 11 de Marzo de 1949. En Setiembre de ese año se dió por terminada mi misión, nombrándose Embajador en España, para el mejor servicio, al Mariscal Don Eloy G. Ureta.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

Prohibición de los Comentarios Reales

POR: DANIEL VALCÁRCEL

Los **Comentarios Reales** del insigne mestizo cusqueño Garcilaso Chimuoclo, es libro imprescindible para el conocimiento de la historia cultural incaica y básico monumento espiritual de la peruanidad. Ya afianzado el virreinato hispánico, grupos selectos de indios y mestizos fortalecían su espíritu con la lectura de aquel libro y cultivaban un promisor espíritu de rebeldía, que florece indiscutible durante la época borbónica. Puede afirmarse plenamente que el mensaje constructivo de peruanísima reivindicación yacente en los **Comentarios Reales**, juega papel fundamental en la persistencia del Perú incaico, tanto como añoranza durante el Perú colonial, cuanto como incitación a vivir **desde y con** el país en el Perú independiente. «Jorge Puccinelli Converso»

Uno de los tantos matices que enriquecen aún más la clásica obra de Garcilaso Chimuoclo, está representado por su influencia en la precursora rebelión social y política que encabezó el cacique de Pampamarca, Tungasuca y Surimana, José Gabriel Túpac Amaru. Aunque la prohibición de los **Comentarios Reales** en 1782, es consecuencia de indagaciones judiciales originadas por la rebelión de 1780, hubo ya prohibición anterior representada por las Reales Cédulas de 11-IV-1729 y 28-X-1741, cuyos textos asocian los nombres de Garcilaso Chimuoclo y Hernán Cortes.

En los documentos judiciales acerca de personas comprometidas en la rebelión de Túpac Amaru, aparecen declaraciones de varios cusqueños manifestando ser asiduos lectores de los **Comentarios** y haberse reunido en Lima para conspirar. Túpac Amaru al viajar a Lima, renovarí aquellas lecturas con sus antiguos amigos. Los contertulios son personajes importantes y aparecen,

especialmente, en el **Testimonio** de los autos seguidos contra Mariano Isidoro de la Barreda "por confidente" de Túpac Amaru. Hay que recordar con particular atención las declaraciones de Miguel Montiel, nacido en el pueblo de Oropesa —provincia de Quispicanchis—, personaje que estuvo en España, Francia e Inglaterra. Montiel conoció y trató a Túpac Amaru entre 1777 y 1778, de cuya persona tuvo "un alto concepto". Parece haber sido individuo de buena posición económica y hábil comerciante. Aparece prestando la respetable cantidad de 8,000 pesos a Túpac Amaru. Su relación con éste debió ser bastante estrecha. Se trataba de "primo" con Alexo Túpac Amaru, residente en Lima, primo hermano del caudillo cusqueño. En declaraciones hechas por Montiel en diciembre de 1780, al ser preguntado acerca de sus aficiones intelectuales respondió que solía "leer Libros místicos, y algunos de Historia y entre estos los Comentarios de los Yngas por Garcilaso", cuyo texto comentaba con sus vecinos el comerciante Manuel de la Torre y Fernando Vila. La declaración está ratificada por el primero. El testigo José Bustinsa señaló, asimismo, al comerciante Montiel como asiduo lector de los **Comentarios Reales**, declaración que ratifica Francisco Fernández de Olea. La lectura y glosa en común se acompañó muchas veces con el préstamo intermitante del citado libro.¹

Pocos días había que Túpac Amaru había sido derrotado y capturado cuando, el 10-IV-1781, el visitador José Antonio de Areche —enviado a combatir la rebelión con el mariscal de campo José del Valle y Torres— mandó una comunicación al obispo criollo Juan Manuel de Moscoso y Peralta —célebre eclesiástico arequipeño— destinada a borrar el recuerdo de las pasadas grandezas incaicas. El Visitador pedía al Obispo —en servicio del Rey— ordenase sacar "del puesto en que se halla en el Colegio de San Francisco de Borja² de esta ciudad el Quadro, ó Lienzo en que se representa la subcesion de los Yngas con sus trages, tomando un qualquiera pretexto que no descubra el fin que deve tener"³. Pe-

1 A.G.I., Audiencia de Lima, Legajo 1049.

Academia de la Historia de Madrid, Colección Matalinares, tomo 57.

2 Este Colegio se conoció también como el **Colegio de Caciques**.

3 A.G.I., Audiencia del Cusco, Legajo 29.

Véase del suscrito **Documentos de la Audiencia del Cusco en el A.G.I.** Lima, Edit. San Marcos, 1957.

día el Visitador que igual cosa se realizase con otro cuadro semejante que existía en la iglesia del pueblo de Curawasi.

El obispo Moscoso y Peralta, criollo visto con desapego por los peninsulares, acusado de haber propiciado la ocasión del levantamiento de Túpac Amaru, al luchar en contra del corregidor de Tinta Antonio de Arriaga, decidió aprovechar este favorable momento para reiterar su fidelidad a Carlos III. Su respuesta a Areche, escrita el 13-IV-1781, es un alegato criollo contra el Indio y las supervivencias incaicas de su vida social. El prelado es de parecer que se recojan todas las pinturas de los Incas, tenidas en gran veneración. Señala que los Indios son supersticiosos y muy apegados a sus tradiciones, más impresionables por lo que ven que por lo que oyen, mezclando groseras prácticas idolátricas con el rito cristiano. Hace una descripción de sus trajes, instrumentos y lenguaje, recalcando la persistencia de este último. Sus usos cotidianos, le permite calificar de idiomas vivos al Kechua, al Aymara y al Pukina, habla nativa que aconseja eliminar. Al referirse a los **Comentarios Reales** y al caudillo Túpac Amaru, literalmente dice: "Si los Comentarios de Garcilazo no hubieran sido toda la lectura é instruccion del Ynsurgente Josef Gabriel Tupa Amaro; si sus continuas invectivas, y declamaciones contra los españoles, no se hubiesen radicado tanto en su animo; si lo que habla de lo Señores Virreyes que gobernaron los principios de este Reyno; de las Reales Audiencias, y demás Jueces, no se hubiese permitido dar tan fácilmente á la prensa, y en una palabra, si estas, y otras lecciones de algunos Autores Regnicolas no hubieran tenido la aceptación del Traydor en lo mucho que en ellas se vierte sobre la conquista no emprenderia Tupa Amaro el arrojado detestable de su revelion. Este se mantenía quieto en los confines del cortísimo Pueblo de Tungasuca, reducido á la labor de unos infértiles sembrados, y sujeto al aparejo, y reata, en el trafico de Mulas; pero la incauta expresion de muchos imprudentes, y manejo de aquellos libros que devian quemarse alentaron aquel espíritu para la irrupción que experimento el Reyno y de cuias resultas, no podria convalecer á no havernos deparado la Divina providencia un Heroe tan cumplido con Vuestra Señoria que con su infatigable actividad, y feliz expediente, nos há redimido de la opresión presente, y vá á reparar sus lastimosas quiebras"⁴. Y añade, que las

4 A.G.I., Audiencia del Cusco, Legajo 29.

Audiencias no tramiten expedientes sobre reconocimiento de ascendencia noble provenientes de los antiguos Incas y se prohíba la presencia de autoridades específicas para los Indios.

Este prolijo alegato del prelado fue reproducido como suyo por el visitador Areche⁵, en comunicación que envió al ministro de Indias José de Gálvez, desde el Cusco el 1-V-1781. El Visitador sigue punto por punto lo alegado por el Obispo, como uno de los medios de pacificar definitivamente el Virreinato. Las noticias enviadas también al ministro Gálvez por el oidor Benito de la Matalinares, ratifican en lo fundamental los conceptos de Areche. Este debió pesar en la Corte, pues Matalinares estuvo encargado de sustanciar el proceso contra Túpac Amaru.

Con tales precedentes, Carlos III prohibió en sus dominios la circulación de los **Comentarios Reales** y mandó recoger sus ejemplares por Real Orden, dada en Aranjuez el 21-IV-1782. En su texto, la Corte expresa ser de urgente necesidad extirpar los abusos cometidos por los Indios del Perú y otros territorios de Ultramar, extralimitación alimentada por el apego a sus costumbres y, especialmente, por derechos irrogados de algunas personas con calificación oficial de nobleza autóctona. En consecuencia, manda el Rey a las Audiencias —por vía reservada— detener todo trámite a los expedientes sobre reconocimiento de nobleza indígena, trámite que desde entonces correspondería exclusivamente al Consejo de Indias. Y ordena por todos los medios recoger los ejemplares de la "Historia" (**Comentarios Reales**) escrita por Garcilaso Chimuoclo, obra considerada como perjudicial y contraria a la incondicional sumisión del poblador indígena, así como también de todo papel impreso que expresase ideas lesivas a la autoridad real.

Como complemento, se inserta una fotocopia de la Real Orden prohibiendo la circulación de los **Comentarios** —en tres páginas—, documento perteneciente al Archivo del suscrito.

5 Ibid.

Son muchos los abusos de que estan
 prohibidos en lo comun los Indios de
 ese Reyno del Peru, y demas Provin-
 cias; y de ellos han nacido sus costum-
 bras detestables en muchas cosas, mu-
 chas veces siempre á conservar la memo-
 ria de sus antiguos Gentiles: Entre
 el todo de sus devociones, y entusias-
 mos es de notar muy principalmen-
 te la ninguna solemnidad, y verdad
 con que se persuaden á que sus
 entoncamientos, ó descendencia de
 los primitivos Reyes Gentiles les dá
 derecho á ser nobles, y apellidarse In-
 dias, como informaciones se ha visto en
 algunos q^{os} han sido pasados muchas fo-
 el Gobierno, y á veces, autorizadas im-
 plícitamente, explicitamente por la R. C. de
 cuya practica es abominable, y cu-
 ya autoridad debe ser suprimida

A vista de esto de este devorden
 embogado, y no reflexionado como de-
 bia haber sido por los Magistrados pa-
 ra su concecion, y extincion; ha resu-
 lto

A para ser de san
te calificación

el Rey por ahora. Inga V.E. entien
a esa R.^a Audiencia de Lima con
mucha reserva el que no admita
informaciones algunas de tales entien.
comienso, ni pruebas, ni declaracio
nes de Nobles a los Indios de qu.
alguna clase que sean, pues esta
facultad quiere S.M. quede reserva
da a la R.^a Camara del Consejo Supre
mo de Ind.^o, a donde ~~se~~ ^{los} Tribuna
han de remitirse en adelante los
instancias, y papeles que en el
se presenten, sin necesidad de
que para esto haya de declararse
esta resolución de S.M. hasta el
oportuno tiempo en que se man
dara a V.E. lo siguiente.

Y igualmente quiere el Rey
que con la misma reserva proci
de V.E. recoger saguramente la Histo
ria del Inga Garcilaso, donde han
aprendido con Naturales muchas
cosas perjudiciales; y los otros pape
les Detraedores de los Tribunales, y
Magistrados del Reyno que andan
impressos de un tiempo en que se
creyeron inocentes, aunque nunca

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

debo permitirse la profecía supues-
ta del mafacio de otra. Distingua. Pa-
ra este fin preveniendo a V.C. de
un. de S. de se valga de quantos me-
dos regulares conducentes, aunque
sea haciendo comprar los exemplares
de estas obras por terceros. Per-
sonas de toda confianza, y secreto,
y pagandolos en la R^{ta} Hacienda,
pues tanto importa el que llegue
a verificarse su reconocimiento para
que queden en su Natural sin
este motivo mas de vivificar sus
malas costumbres con semejantes
documentos, sobre un grave asunto
debera V.C. acordar sus providencias
con D^o Jorge Escovedo, a quien se
le advierte lo propio para su
cumplim^{to}. D^o de Aranzuez 21 de
Abril de 1782

S. Virey del Peru

ffo H. Truado



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

Los dos autores de La Florida

POR JOSÉ DURAND

Vislumbrar el misterio de la creación y composición de la **Florida del Inca**, equivale a entrar en la historia de una entrañable amistad: la del conquistador Gonzalo Silvestre y el Inca Garcilaso de la Vega. En el **Proemio al lector** el propio Garcilaso cuenta cómo de repetidas conversaciones con un amigo suyo, cuyo nombre oculta, nació el deseo de escribir esa obra. Silvestre, de edad mucho mayor que el Inca, había estado en la jornada de Hernando de Soto en la Florida y luego pasó al Perú, en donde alcanzó a defender el pendón real durante las guerras civiles de Gonzalo Pizarro y Francisco Hernández Girón, que por entonces alborotaron la tierra.

Silvestre podría representar hoy al típico conquistador que, vuelto a España sin haber logrado en Indias riquezas ni posesiones definitivas, sólo tiene para el resto de sus días una pequeña renta y un agobiante caudal de memoria —los grandes hechos que realizó o vio realizar, participando en ellos directa o indirectamente.

Como gran número de viejos conquistadores, primeros pobladores y otros ilustres indianos, como lo haría también el Inca Garcilaso, Silvestre solicitó rentas de la Corona. Y en el respectivo expediente de información de servicios, cuyo manuscrito se conserva en el Archivo de Indias, aparecen noticias que presentan a Silvestre como el perulero esforzado en la guerra e infortunado en bienes materiales. En enero de 1558, el testigo Francisco de Talavera —demos un ejemplo— declara que, en las guerras civiles del Perú, Silvestre "había gastado mucha suma de pesos de oro, en cantidad de más de ocho o diez mil ducados..... Este testigo conoció al dicho Gonzalo Silvestre, en la dicha Villa de la Plata e asiento de Potosí, mucha hacienda de heredades de pan

y casas, negros e minas e que se decía..... que valía su hacienda más de diez mil pesos”.

Ya desde el Perú, los azares de las guerras civiles, los pleitos entre los de Gonzalo y los del rey, le causaron grandes sinsabores. Cuando el virrey marqués de Cañete siguió la política de despedir pedigüños y asentar el mundo colonial en perjuicio del mundo de los conquistadores, Gonzalo Silvestre sufrió las consecuencias. En 1556, el oidor Cuenca, por orden de Cañete, ordena en Lima información contra tres capitanes y otros que han hablado “palabras desacatadas y bulliciosas”. Allí se ventila también la causa de Silvestre y no falta un pizarrista, un tal Iñigo López Carrillo, de Toledo, condenado a galeras por seguidor de Gonzalo, quien levanta contra él cargos graves en demasía :

Que también se acuerda este testigo haber topado al dicho Gonzalo Silvestre en la villa de la Plata cuando fue con el Mariscal [Alvarado] al castigo de los alzados; donde entendió este testigo que se halló cuando mataron a Pedro de Hinojosa e Alonso de Castro, su teniente; y cree este testigo que si el dicho Silvestre bajó acá abajo con el mariscal, fue recelándose el dicho mariscal no le castigase; y que al tiempo que el dicho mariscal hizo gente para el castigo de Francisco [Hernández] Girón, lo envió a llamar a la villa de la Plata para que sirviese a Su Majestad y sobre mandarle que asentase en una compañía, y el dicho querer entrar en otra, habló descatatadamente contra el dicho mariscal y sobre ello le tuvo por matar, y entonces oyó este testigo decir al dicho mariscal que el dicho Silvestre no quiere escarmentar, ni asentar, déjamelos ahorcar y escarmentarán otros. Y así, a luego de muchas personas, lo dejó de hacer.

Las acusaciones del pizarrista López Carrillo, quizá exageradas al inculparlo, aunque inciertamente, de haber intervenido en la muerte de Hinojosa, entrañan un punto cierto : el del carácter bronco, irascible y desavenido, con el cual reaparece en todo ese proceso, y aun en testimonios muy tardíos, como veremos. ¡Quién dijera que ese capitán colérico iba a hacer eternas migas con el Inca Garcilaso, hasta hermanarse en la obra de la **Florida!**

Del mismo mal carácter quedan otras noticias en ese proceso, al aparecer contestes López Carrillo y otros dos declarantes,

en torno a un arrebatado episodio : cuando Silvestre pretendió a viva fuerza poseer a la mujer del marino Antón de Rodas, mientras éste andaba navegando tranquilo y ausente de tales riesgos. López Carrillo atestigua.

.....que en esta Ciudad de los Reyes fue cosa pública e notoria que Gonzalo Silvestre entró en la casa de Antón de Rodas, estando ausente destos reinos, y que había querido forzar a su mujer, sobre lo cual la Audiencia le tuvo preso en la cárcel real desta Corte, sobre lo cual se hizo proceso, al que se remite.

A su vez, Diego de Porras manifiesta :

.....que sabe que Gonzalo Silvestre posaba con el dicho Diego López de Zúñiga [uno de los tres capitanes después sentenciados], y que era grande amigo suyo, y se juntaba con los demás capitanes, y andaba con ellos juntos a fatigar a los oidores para que repartiesen la tierra, y que un día este testigo le fue a prender porque decían que había entrado en la casa de Antón de Rodas, estando él ausente, a forzar a su mujer, y que lo halló en la casa de Diego López de Zúñiga, donde lo prendió.

Más pintoresca resulta aún la escena en boca del capitán Diego Díaz :

Que un día la mujer de Antón de Rodas envió a llamar a este testigo y le dijo cómo un hombre de tal seña y de tal seña, que fue por el dicho Gonzalo Silvestre, había entrado un día en su casa estando su marido ausente, y era maestro y señor de un navío, y que la poseyó de un brazo para quererla abrazar y besar y que una prima suya se metió en medio y los despartió, y por esto el dicho Silvestre había dicho que juraba a Dios, porque se lo había estorbado, que había de hacer y acontecer.

También hubo de declarar en el proceso don Pedro de Portocarrero. A fin de cuentas, tras de toda esta causa, y tras de la de los capitanes revoltosos, no había otra intención que el limpiar la tierra de soldados con pretensiones, aun a costa de injusticia al

no mirar los muchos méritos pasados, hechos en servicio del rey y a costa de sangre y hacienda.

Pasados los años, ya en el pueblecito cordobés de Las Posadas, la edad madura y la vejez de Silvestre no venían a resultar más que un largo y penoso epílogo de una mocedad guerrera y frustrada. Junto con los otros pedigüeños, el virrey marqués de Cañete lo había despachado del Perú a viva fuerza, rumbo a la Península, para que no importunase reclamando mercedes. Fracasada la expedición de Hernando de Soto, estériles sus trabajos en las guerras civiles peruanas, Silvestre se ve obligado a formar parte, ya en España, de la infinita legión de pretendientes que gastaban paciencia, tiempo y hasta dinero en obtener una recompensa de la corona, en atención a méritos propios o paternos. También figuró Garcilaso en esa legión, pidiendo mercedes reales en atención a su padre conquistador y su madre **palla**. Cuando ambos pedigüeños se encontraron en la Corte, joven el uno, hombre maduro el otro, tenían en común no sólo las pretensiones, sino la añoranza del Perú y de Indias; el ser mirados ambos como gente indiana, mal adaptada al mundo peninsular y, en fin, coincidían en el resentimiento por el mal pago, corto o ninguno, que recibieron de la corona. El encuentro debió alegrarlos a ambos y en particular al Inca, como solía ocurrirle siempre que topaba en España con algún perulero: en sus escritos deja complacida constancia de muchos de los que vio. A Silvestre lo encontró a poco de su llegada a España.

Según los testimonios existentes, en opinión de Porras Barrenechea, Silvestre aparece como hombre colérico, violento e impetuoso; frente a él se halla Garcilaso, el joven mestizo recién llegado, fino, tímido, prudente, sensible. A pesar de esta disparidad de caracteres, ambos trabaron y reafirmaron una amistad para toda la vida. Sin duda, a Garcilaso debieron fascinarle los dotes narrativas de Silvestre, su aureola heroica de veterano, su fuerte personalidad. Era uno de esos viejos soldados que, descargando su memoria henchida, recitaban a porfía las hazañas propias y de sus compañeros, hasta convertirse en ejercitados artífices del relato verbal. Esa virtud natural de Silvestre, espontáneamente cultivada a lo largo de su vida, hería la sensibilidad creadora del Inca, una sensibilidad que creció con los recursos de la retórica y el saber humanístico. Tanto la belleza del asunto histórico, como el interés práctico de incitar a los españoles a la conquista de la

Florida, despertaron en Garcilaso, desde muy temprano, la idea de componer una crónica de aquellos sucesos. "Importuné muchas veces a aquel caballero —escribe en el **Proemio**— que escribiésemos esta historia, sirviéndole yo de escribiente; y aunque de ambas partes se deseaba el efecto, lo estorbaban los tiempos y las ocasiones que se ofrecieron, ya de guerra, por acudir yo a ella, ya de largas ausencias que entre nosotros hubo, en que se gastaron más de veinte años". En aquel principio, ciertamente, Garcilaso no podía aspirar a más que a simple escribiente de Gonzalo Silvestre; pero llegado el momento de fabricar la historia, la situación recíproca de ambos había cambiado mucho, pues para entonces la formación humanística del Inca, su destreza literaria y sobre todo su conocimiento de la ciencia histórica de la época, le daban clara superioridad cultural sobre Silvestre. Pero el Inca, tanto por modestia, cuanto por la honda amistad que sentía por Silvestre, siempre hubo de presentarlo como el "autor" de la obra; o, para ser más exactos, como "mi autor".

Esos años de dilaciones en los cuales resultó imposible componer la obra, si bien fueron causa de que saliera a luz como una crónica tardía, trajeron en cambio apreciables ventajas, por permitir que Garcilaso, adiestrado durante la espera en el arte histórico, interrogase a su amigo con sagaz minuciosidad. Venciendo, pues, el amor al tema a la prolongada demora y a cuantas dificultades se presentaran, la obra pudo realizarse al fin: "Empero —prosigue el Inca—, creciéndome con el tiempo el deseo, y por otra parte el temor que si alguno de los dos faltaba, perecía nuestro intento, porque, muerto yo, no había él de tener quien le incitase y sirviese de escribiente, y, faltándome él, no sabía yo de quién pode[r] haber la relación que él podía darme, determiné atajar los estorbos y dilaciones que había con dejar el asiento y comodidad que tenía en un pueblo donde yo vivía y pasarme al suyo, donde atendimos con cuidado y diligencia a escribir todo lo que en esta jornada sucedió". Ya vemos, pues, lo mucho que deseaba Garcilaso esta obra, hasta el extremo de que, temeroso de la mala salud de Silvestre, prefirió redactar la **Florida** antes que los **Comentarios reales**, es decir, antes que la historia misma de su patria.

Cuando, años después, muerto ya Silvestre, Garcilaso corregía su obra y recordaba al amigo, siempre lo menciona concediéndole un plano superior: "el que me daba la relación me lo

mandó así", escribe por ejemplo; un elegíaco afecto transparece en la humildad generosa de estas palabras, y "mi autor" lo llamará repetidas veces en diversos lugares de la obra.

Según demostramos, Gonzalo Silvestre alcanzó a concluir, en unión del Inca Garcilaso, la primera redacción de la **Florida**; fue, pues, verdadero coautor de ella, al menos en cuanto relación de los hechos narrados, o sea en cuanto crónica. Ya desde el punto de vista de la historia, con todo su artificio y profunda intención, la **Florida** no puede atribuirse sino a Garcilaso, sabio humanista y gran escritor. Pero siendo Silvestre, como consta, el coautor de la crónica, que no sólo proporcionó las noticias, sino que las revisó ya redactadas, es preciso establecer, de una vez por todas, que la **Florida** no es una versión de segunda mano, sino de testigo presencial. Por ello debe advertirse, categóricamente, que uno de los más graves errores que suelen cometerse en la apreciación del valor historiográfico de la **Florida**, consiste en no estimarla como lo que en rigor es: una relación que, aunque tardía, es de primera mano. ¿Acaso no suele considerarse la relación de Rodrigo Rangel como testimonio directo, no obstante que quien la redactó fué Gonzalo Fernández de Oviedo, hombre que ni remotamente se hallaba identificado con Rangel del modo como lo estaban el Inca y Silvestre?

Al tesonero empeño del Inca se debió, como vimos, la redacción de la **Florida**. Insistió con el conquistador durante largos años, supo hacer llevadero su carácter bronco, porfió hasta irse a vivir con él, abandonando su casa y pueblo, con tal de lograr su afán. Don Íñigo de Córdoba, quien los conoció, cuenta cómo llegó una vez a las posadas un tal Carrillo, "que era un truhán, a burlarse con Gonzalo Silvestre, y puso mano a la espada para matarle, yo me acuerdo, cuando Garcilaso de la Vega escribía estos libros". ¡Así era de altivo y colérico este viejo soldado, cuando su edad iba por los setenta y andaba él "tullido de bubas y de heridas"! El mismo testigo lo recuerda como "hombre viejo y grande de cuerpo, y hombre de mala condición". Pero el don de gentes y la prudencia de Garcilaso vencieron el mal carácter de Silvestre, así como habían vencido las dificultades de la larga espera. Y no acabó todo allí, sino que, poniendo en juego no sólo su voluntad, sino su inteligencia y sabiduría, Garcilaso interrogó metódicamente al conquistador sobre los sucesos de la jornada. Gracias a tanta paciencia, la versión de Silvestre, escrita

casi medio siglo después de los acontecimientos, resulta muchísimo más rica en pormenores, más vivida en la reconstrucción de ambientes y escenarios, que las crónicas antiguas de Biedma, Rangel o el Hidalgo de Helvas. El propio Inca, no obstante su decisión de ceder la paternidad de la historia a su innominado amigo, subraya en el **Proemio** que no le ayudaban poco a Silvestre, "para volver a la memoria los sucesos pasados, las muchas preguntas y repreguntas que yo, sobre ellos y sobre las particularidades y calidades de aquella tierra, le hacía".

Ya tenemos aquí al historiador en pleno ejercicio. Garcilaso sabía muy bien que la exactitud de las informaciones dependía de Silvestre, y tuvo la cautela de someterle la corrección de cuanto llevaba escrito. Así iba reviviéndose el mundo de la jornada, en un proceso que se iniciaba con el sagaz aprovechamiento de la memoria del conquistador; continuaba al poner luego en juego el Inca toda su fantasía re-creadora, al exponer esas noticias en rica prosa; y el ciclo se cerraba al certificarse esos originales mediante la aprobación del informante y testigo. Refiriendo dicho proceso, dice el Inca que Silvestre "quiso ser tan fiel en su relación que, capítulo por capítulo, los iba corrigiendo, quitando o añadiendo lo que faltaba o sobraba de lo que él había dicho, que ni una palabra ajena por otra de las suyas nunca las consintió; de manera que yo no puse más de la pluma, como escribiente". Puso más, en rigor: todo su saber histórico al interrogar a su "autor", al ordenar las noticias y disponerlas con avisada intención. De esta manera, dejando volar la pluma el escritor-poeta, y sometiendo el texto a la verdad histórica, fue lográndose el fruto final. Siempre consciente de su papel de historiador, comprensivo de que el valor testimonial era de Silvestre y no suyo, y ducho, en fin, en el trato con su amigo, el Inca sometía su propia opinión a la del testigo, con sabia docilidad. "Y porque éste —el templo de Cofachique, escribe— fue el más rico y soberbio de todos los que nuestros españoles vieron en la Florida, me pareció escribir tan larga y particularmente las cosas que en él había, y también porque el que me daba la relación me lo mandó así, por ser una de las cosas, como él decía, de mayor grandeza y admiración de cuantas había visto en el Nuevo Mundo, con haber andado lo más y mejor de México y del Perú". ¡Cuánta prudencia, sabiduría y amistad hay detrás de estas hermosas y humildes palabras!

Casi medio siglo después de la expedición, el esfuerzo de ambos amigos por recordar y reconstruir ordenadamente lo ocu-

rrido, abundando en anécdotas y pormenores, consignando nombre por nombre a muchos soldados de aquella jornada, aparece como algo de todo punto admirable. Así pudo afirmar Garcilaso, con entera justicia, que "aun ha sido mucho haber sacado en limpio esto poco, al cabo de tantos años". Y ese "poco" fué nada menos que la relación más amplia y minuciosa de cuantas han llegado a nuestros días. Por otra parte, resulta dudoso que Silvestre conservara muchos apuntes tomados durante la jornada: en todo caso no los alegó en su información de servicios hecha ante el Consejo de Indias, en Valladolid, en 1558, por lo cual puede muy bien negarse que existieran. Tampoco parece haber usado una copia de esa información al componer la **Florida**. Además, hubo etapas de la expedición de las que Silvestre guardó poca memoria, como cuando confiesa ignorar los nombres de ciertas provincias y lo explica diciendo que los restos de la expedición, a órdenes de Luis de Moscoso de Alvarado, "como ya no tenían intención de poblar, no procuraban saber los nombres, ni informarse de las calidades de las tierras; sólo pretendían pasar por ellas con toda la prisa que podíamos, y por esto no tomaron los nombres, ni pudieron dárme los a mí". De otro lado, contra la lucidez de los recuerdos de Silvestre debió atender la fatiga de su ancianidad, y la que sin duda le causaban sus males, los cuales a poco lo llevaron a la tumba. Sobre tantos inconvenientes, el fruto obtenido por ambos amigos causa verdadero pasmo; pero no paraba todo allí.

En su celo por ofrecer noticias ciertas, Garcilaso, según vimos, envió parte de la **Florida** al doctor Ambrosio de Morales, para que cotejase la versión de Silvestre con documentos que el doctor poseía; como el resultado fué satisfactorio, Garcilaso tuvo así la seguridad de que la memoria del conquistador merecía confianza. Por otra parte, se advierte que el Inca interrogó a cuantas gentes pudo acerca de la **Florida**. En algún pasaje habla de que, "aunque lo procuré saber, no me fue posible, por lo cual se me perdonará esta falta"; luego, en otro lugar, repetirá idénticas palabras: "aunque lo procuré saber"; en ambos casos parece referirse no sólo a Silvestre, sino a otros testigos. También cuenta, en otra ocasión, haber "oído a personas fidedignas que ha acaecido hallar los indios de la costa de la Florida talegos de plata de navíos que, con la tormenta, han dado al través en ella, y llevarse el talego, como cosa que había de ser de más provecho, y de-

jar la plata, por no la preciar ni saber qué fuese". Y así también, como vimos anteriormente, al ponderar el heroísmo de los indios de la laguna de Vitachuco, subraya: "Hañaza por cierto increíble, y que yo no osara escribirla si la autoridad de tantos caballeros y hombres grandes que, en Indias y en España, hablando de ella y de otras que en este descubrimiento vieron, no me la certificaran, sin la autoridad y verdad del que me dio la relación". Al parecer, ya desde el Perú conocía Garcilaso algunos episodios de la expedición de Soto a la Florida, y en España volvió a hablar de ello con diversas gentes, bien testigos directos, bien —al menos algunos— indirectos.

Gracias, pues, a una singular amistad, nació y creció este libro admirable, no menos importante, porque algunas pequeñas inexactitudes parezcan disminuirlo. Esa vida heroica, pero frustrada, de Gonzalo Silvestre, tan llena de glorias pasadas como pobre en realidades presentes, se hubiera consumido infecunda, definitivamente estéril, a no ser por la **Florida**. La fe de Garcilaso, esa porfía rebosante de noble pasión, acabó por vencer el extraño desgano que tuvo Silvestre por reunir sus memorias; el propio Inca habla del temor de que, si faltara él, ningún otro "incitaría" a Silvestre a esos trabajos. Pero como todo aquello que se desea y espera largamente, el libro llegó al fin y en él Gonzalo Silvestre, callado como "autor" o informante, aparece de continuo como típico guerrero lleno de arrojo y de esa impaciente cólera española que, según testimonios, conservó hasta el fin de sus días.

La Odisea de Chocano

(Cuba y Sto. Domingo: 1908)

POR LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

Aunque, al partir de España, por Bilbao, Chocano declaró al corresponsal de "El Liberal" de Madrid que se dirigía al Perú, llamado por su gobierno, la verdad es que no pasó de Centroamérica, donde asentó sus reales por más de doce años.

Las desazones de los últimos tiempos le habían turbado, sin amedrentarle. Se hallaba en la plenitud de su energía tanto biológica como literaria. Aquel año de 1908, además de "*Fiat Lux*", libro antológico por excelencia, había escrito numerosos poemas, encendidos de la pasión reivindicatoria que le arrebatava, tanto en su protesta contra ciertos personajes y métodos de la España de entonces, cuanto en la reafirmación hiperestésica de su incoercible ego. Es probable que, en adelante, no produjera con tan prolijo esmero, y que su obra fuese un boceto o esquema de algo que no alcanzó a coronar ya. Por lo mismo, sus dichos, escritos y actos de ese tiempo deben ser ponderados cuidadosamente.

En Marzo de 1908, poco antes de abandonar la Península y de que el Banco de España resolviera adoptar contra él una actitud sañuda, apelando contra el decreto del juez que había exonerado al poeta de presentarse ante la Justicia en el "affaire" de aquellos tres malandrines, ex-empleados del propio Banco dos de ellos, Chocano había escrito una hasta ahora olvidada composición, titulada "Self Help", que, aparecida en un periódico de Guatemala, constituye una como respuesta polémica al canto "A Roosevelt" de su amigo, prologuista y corresponsal Rubén Darío. (1)

(1) "La República", Guatemala, 14 de Marzo de 1908.

Es probable que de esa misma época date la por muchos años discutida y fustigada composición "Fin de raza", que empieza: "Raza de leyenda, país de Museo, / España es como una macabra visión". Pues, a poco de incorporarse a la vida literaria de las Antillas, manifestó el poeta un renacido o recalentado amor a España, según iremos viendo, y, algo más tarde, escribiría una respuesta a sí mismo, bajo el título de "Fe de raza", cuyo primeros versos dicen: "Raza de Alegria, país de sol y oro / España es como una radiante visión". (2) Las cartas a Rubén en aquel período y hasta 1912, revelan el comején de regresar a Madrid, como un triunfador, en el arte y el dinero, que mordía la insaciable soberbia del poeta. (3) El hecho es que el 19 de Junio de 1908 tenemos la primera noticia exacta del arribo de Chocano a La Habana, a través de un suelto de "El Diario de la Marina";

"Anoche recibimos la visita del esclarecido poeta hispanoamericano, que se ha hecho ilustre y popular en España" (4)

"La Discusión" del día siguiente es un poco más explícita, pues nos revela una empresa casi totalmente ignorada que Chocano había puesto en marcha en Madrid:

"Procedente de Madrid, donde dirige la importante publicación 'América española', ha llegado a ésta, de paso para Guatemala, el ilustre poeta peruano. La popularidad y el prestigio de Santos, Chocano eluden toda presentación" (5).

"Figaro", donde tendrá la más amplia acogida el poeta, se refiere a la mencionada revista como uno de los más fructíferos

(2) Bajo el rubro de "Las dos Españas", Chocano recogió ambas composiciones que datan de fechas diferentes: la primera apareció sin forma en "La República" de Guatemala, de 1908, la otra acaso de fines del mismo año o comienzos del siguiente. Ver "Obras completas", México, Aguilar, 1955, p. 839.

(3) Ghirardo, "El Archivo de Rubén Darío", Buenos Aires, Losada, 1941.

(4) "El Diario de la Marina", La Habana, 19 de Junio de 1908.

(5) "La discusión", La Habana, 20 de Junio de 1908. Deseo dar las gracias públicamente a mi ocasional, pero eficientísimo y diligente colaborador en lo tocante a la permanencia de Chocano en Cuba, el señor, Luis E. Vera, entonces (1951) desterrado venezolano refugiado en La Habana. Gracias a él pude recoger numerosas composiciones poéticas y prosas que publiqué en la arriba mencionada colección de "Obras completas"... ahora por completar.

proyectos de Chocano. El número programa de "La América Española", parece haber sido el único que salió a luz y alcanzó a circular, al menos en Cuba.

Max Henríquez Ureña, que se hallaba entonces en La Habana, me ha referido dos o tres anécdotas, cuya primicia quisiera desvelar ahora, pero cuya confirmación espero antes. Una de ellas presenta al poeta en situación económica angustiosa, pero lleno de orgullo, tratando de salir de sus aprietos con arrogancia, sin mengua alguna de su prestigio ni de su amor propio. El administrador de "El Figaro," Catalá, en el que ejercía funciones de piloto el poeta Manuel S. Pichardo, comprendió que, bajo la apariencia de una transacción cambiaria, se ocultaba la falencia del recién llegado, que hurgaba magín y caletre para urdir nuevos modos de agenciarse la vida, sin detrimento de su congénita soberbia.

La silueta que nos ofrece un cronista de "El Diario de la Marina" es muy significativa:

"Mientras uno leía 'La Lucha', miré por encima de su hombro y vi una caricatura y un retrato. Del retrato no me quedó nada impreso. De la caricatura, sí. Vi un bigote de borgoñón, negro, felpudo, atenazado, guías arriba en ondulaciones desdeñosas. Una nariz de suaves lomos, amplios ventanales y movable perendengue, el pelo *en avant* hacia el cogote. Y todo ello altivo, movable, interrogador, serio... Pertenecen estos rasgos a un absentista catalán o a un prestidigitador portugués, afirmé yo con aplomo. Y el otro me dijo: "Tiene usted una vista padre: es efectivamente Chocano, poeta natural del Perú, vecino de todas partes" ... Es Chocano, uno de los vates del Pacífico, que son dos: Chocano y Rubén. Viene de España cargado de aplausos, abrumado de loas, abatido de consideraciones sociales, de elogios literarios. Lo primero que hizo Chocano al llegar a La Habana fue visitar al señor Conde Kostea (6), y así se puede decir que vino 'a por atún y a ver al Duque'. Y, después de ver al Duque, habló mal de la Academia española. Chocano es nuestro huésped y huésped tan ilustre como el más emblasonado castellano soñaría para admirador de la Duquesa y honra de sus yantares. Tengo a Chocano por el más poeta de América" (7).

La situación financiera del poeta era, sin duda, precaria, y eso le impulsó a acelerar su primera presentación pública en Cu-

(6) El Conde Kostia era el seudónimo del escritor Aniceto Valdivia.

(7) "El Diario de la Marina" La Habana. 25 de Junio de 1908.

ba, que se realizó el 23 de Junio de 1908, ante un pequeño grupo de escritores y periodistas reunidos en el Ateneo. Elías Entralgo, se refiere al suceso del siguiente modo:

“En el verano de 1908, encontrábase en nuestra capital José Santos Chocano. El 23 de Junio de ese año, en la tardecica, brindó la lectura de algunos de sus poemas a una treintena de literatos y periodistas. La recitación ante concurrencia numerosa la daría en medio de un concierto musical, el domingo 6 de Setiembre, y, después, ante público más abundante ofrecería otra en una velada literario-musical, que se celebró en el Instituto Musical de La Habana, el 20 de Setiembre, poco antes de su última (sic) partida de Cuba, y en la que, por cierto, el único número que se suprimió del programa anunciado fue el discurso de Rafael Fernández de Castro. Pasaba el aedo peruano por un momento muy vivaz de su producción lírica y estaba todavía en uno respetable de su vida pública, después de tan contrastadas peripecias, algunas muy feas y muy distantes del rebelde fulminador de “Iras Santas” y del antiguo prologado de Manuel González-Prada. No hay que decir nada más del segundo, y, si, algo del primero. Ya su inspiración vigorosa, preferentemente enardecida por los temas de la naturaleza, la cultura y la historia de nuestra América, había cultivado el clasicismo, el romanticismo y el modernismo, y, al visitarnos, frizando en los treinta y tres años, se acababa de permitir, en el libro ‘Fiat Lux’, la afirmación de seguridad crítica de una autoantología. Se le ha reparado a su personalidad literaria la imaginación atropellada y barroca. Entre nosotros dejó recuerdo de ella en prosa, si bien en una ‘crónica lírica’ que, con el título de ‘Entre dos Islas’ (Cuba y Santo Domingo) publicó en ‘El Fígaro’ del 23 de agosto de 1908, tuvo la peregrinidad de escoger como símbolo de La Habana antigua, a la calle de Obispo, sin que ninguna cosa le dijeran al respecto ni la Alameda de Paula, ni la Plaza de Armas, ni la de la Catedral, quien sabe si llevado por su fantasía erótica para ver que ‘los almacenes no hacen más que improvisar en los cristales de sus escaparates, espejos en que se reflejan, así, al paso, las mujeres ceñidas entre las ballenas de sus corsets voluptuosos y ornamentadas con la pompa de sus sombreros alucinantes’ ...Traigámoslo a La Habana nuevamente para despedirlo —por esta disertación— diciendo que los oyentes de aquel atardecer suyo en el Ateneo, muchos de los cuales ya conocían y admiraban al poeta, se encantaron con el declamador, lo mismo cuando les arrojó el torrente de catorces imágenes —algunas disparatadas y algunas repetidas— en los catorce

versos del soneto 'La magnolia', que cuando les leyó este más sobrio 'Mensaje' que acababa de componer en La Habana..." (8)

Entre la "Treintena" de asistentes a esa recitación preliminar estaban Lola Tió, Amalia Castillo de González, Patria Tió de Sánchez Fuentes, Dulce María Borrero de Luján, Santos Fernández Valdivia, Manuel S. Pichardo, Jesús Castellanos, José Manuel Carbonell, Alfonso Hernández Catá (en sus 23 años), J. Hernández Mijares, José María Cartina, Próspero Pichardo, Carlos Manzanares, Collejas, Catalá, Carrera, Horta, Mendoza, Lorenzo Angulo, los hermanos Robreño, etc. "El Figaro" resume la impresión de los asistentes diciendo:

"Que estábamos en presencia de un poeta de primer orden, lo sabíamos antes de empezar la lectura; de que oíamos a un recitador y lector maravilloso, pudimos convencernos apenas terminó de encantarnos y asombrarnos al terminar la primera poesía".

A partir del 23 de junio, consecuencias auspiciosas del buen éxito recitativo, Chocano inicia sus colaboraciones en "Figaro" y una columna diaria en "El Diario de la Marina". No podría asegurarse que de la mejor calidad literaria: y se explica...

En aquella primera recitación, Chocano leyó, como dice Entralgo, su "Mensaje a la Patria".

Los antecedentes inmediatos no justificaban el entusiasmo por el Perú ni la melancolía por la ausencia, que Chocano muestra en ese poema. No olvidemos: en 1904, el gobierno de Lima había aceptado su renuncia de la Encargaduría de Negocios en Bogotá, sin ninguna protocolaria expresión de gracias; poco después, había ocurrido una pequeña Vía Crucis en Lima, cuando el poeta pasaba como enviado especial de Nicaragua, y, por último, en 1906, había sufrido una tácita separación del Servicio con un decreto sobre asuntos financieros, redactado en términos desagradables, si no ofensivos. (9)

Empero, el "Mensaje a la Patria", leído en privado el 23 de Junio, y en velada pública el 11 de Julio, no el 6 de setiembre co-

(8) Elías Entralgo, "Un Humoroides en la Presidencia del Ateneo de la Habana." Separata de "Universidad de La Habana", La Habana, La Habana, 1953, p. 31-33.

(9) Véanse capítulos anteriores y pags. cite. de las "Memorias" de Chocano, ed. Nascimento, reproducidas en "Obras completas", cit. p....

mo dice Entralgo, quien se refiere a otra presentación se lee con cierto estremecimiento cívico.

¡Oh, Patria! Hasta mi viene tu recuerdo, a manera
de un gran viento que hincha las velas de mi nave.
Nunca estuvo en mi mástil plegada tu bandera
cual si fuese el cansancio con que se posa el ave.

Donde pulsé la lira, supe ganar laureles,
supe ganar laureles que deshojé a tus plantas.
Tal, si yo pongo el lienzo, tú pones los pinceles;
y si yo pongo el mármol, tú pones los cinceles;
y si yo pongo el oro, tú pones los troqueles:
yo soy el que se inspira, mas tú eres la que cantas...

Tu cantas en mi sangre lo que repite el estro...
Acaso tu Amazonas ha sido mi maestro.
Y así es como tus hijos protestarán, acaso,
cuando la muerte apague los ecos de mi paso:
—Su lira fue de España, pero su canto es nuestro.

Y hoy tu nombre, oh Patria, protege mi camino,
me libra del escollo, me impone a la amenaza;
yo soy, para tu gloria, poeta peregrino,
que ha recorrido todos los pueblos de mi raza...

A tí marco hoy mi rumbo: descansaré un instante,
y, por si acaso es cierto que con amor me esperas,
te envío este puñado de versos por delante,
como un tropel de blancas palomas mensajeras. (10)

Como siempre, compone un poema auto-biográfico. Se conocen ya todas sus circunstancias. Además, repentista. En ese momento, Chocano produce con facilidad y sin rigor. Las estrofas segunda y tercera, en forma de sextilla y de quintilla con la insólita combinación de terceto monorrímo y de pareados, delata más que habilidad, sometimiento a la rima, sonoridad invencible, y esa flaqueza por las consonantes líquidas tan frecuente en los modernis-

(10) Chocano, "Obras completas", cit. p. 906.

tas, amén del empleo tan peculiar del alejandrino francés. Por otro lado, el décimo verso ("Su lira fue de España, pero su canto es nuestro") reitera el indo-españolismo pregonado en "*Alma América*", y hasta parafrasea un verso antiguo: "Ser la mitad de América y la mitad de España".

¿A qué se debe esta porfía? Desde luego a propio designio pero, además, a la evidente decisión de no manifestar ira contra España, pese a los infaustos episodios de su etapa final en ella, y a la presencia de los marinos del "Nautilus" en Cuba, que da pie a Chocano para insistir en su admiración por la antigua Metrópoli de sus evocaciones. Claro está que ambas circunstancias hacen pensar que la composición "Fin de raza" es subsiguiente, y que haberla fijado o fijarla en los comienzos de 1908 podría ser erróneo. No dispongo de elementos bastantes para elucidar en definitiva la cuestión, dado que Chocano tenía por costumbre publicar sus versos varias veces, en distintas revistas y en diversas épocas, y que las revistas lo hacían también por su cuenta, saqueando la producción del poeta más leído y admirado por los hispanoamericanos, indoespañoles o hispanoparlantes de entonces.

El "Nautilus" fue un barco español, de guerra: el primero que arribaba a La Habana después de la voladura del "Maine" y del Tratado de Versalles entre Madrid y Washington, que apartó para siempre a Cuba de la tutela política peninsular. Los cubanos, tan vinculados a la antigua Metrópoli, quisieron expresar en esa oportunidad la lealtad de su afecto a España, pese a la Independencia, que fue desde luego también una forma de lealtad, pero a su propia tierra. Chocano aparece como uno de los cronistas más conspicuos de la visita del "Nautilus", a la que dedicó numerosas prosas y versos. Estaba en edad de producir y dejarse escuchar: el silencio era lo que menos le convenía y lo que menos se adaptaba a su carácter.

Las fiestas a los marinos del "Nautilus" fueron abrumadora. No solo los cubanos, sino también, como es natural, los norteamericanos extremaron sus halagos a los nautas peninsulares. Había que suavizar el sacrificio del almirante Cervera y su valerosa escuadra. "Más vale honra sin barcos que barcos sin honra", la heroica frase de Cavite, podía adicionarse ahora: "Más vale honra sin barcos y con dionisiacas reivindicaciones..." Chocano fue, repito, de los más entusiastas. Una de las mejores fiestas la ofre-

ció el Ministro de Estados Unidos en La Habana. Algo ocurrió la noche anterior, o fue el calor muy grande —era ya pleno verano tropical—, pero el hecho es que Chocano se quedó dormido en el coche que lo conducía. Despertó deslumbrado ante la figura de "la blonda Orosia Figueras", para quien improvisó un galante soneto que termina:

pero, al verte la rubia cabellera, he pensado
que las arpas celestes se han quedado sin cuerdas (11)

Para los marinos escribió algo más consistente: "La nave zarpa", fechada el 8 de Julio de 1908.

Aunque también un impromptu, a que Chocano se dedicó excesivamente durante su etapa habanera, contiene rasgos delatadores del original temperamento de su autor. Empieza con el retórico acento de ciertos pasajes de "*Alma América*":

Es la tarde. Hora triste de largas despedidas.
Abrázanse las almas, sepáranse las vidas.
Un estremecimiento sacude el océano;
y los ojos confunden en el confín lejano,
el revuelo de un ave y el adiós de una mano.

La nave está ya listo para zarpar. El grito
de un centenar de bocas se alarga en lo infinito;
y su canto profundo cantan los marineros,
levando el ancla. Oh, canto de sonos lastimeros!
Las velas que se tienden hacia la lejanía
han sido orgullo y gloria de nuestra raza un día;
porque ellas se impusieron sobre ignoradas olas,
y se sintieron fuertes y combatieron solas.
El viento que las infla conoce nuestra vieja
y noble historia; acaso por eso es una queja.

Los cuatro últimos versos trascritos pagan demasiado tributo a la rima y a la anécdota. Los cuatro primeros de la segunda estrofa tienen un no se qué de nostalgia que evoca el poema de Mallarmé, "*Brisa marina*". Coincidencia o reminiscencia, son de

(11) Chocano, "Obras completas", cit. p. 905. .

neto buen gusto. Termina con una estrofa a la que habría debido amputar el último verso, o, si se quiere ser menos exigente, la última parte del último verso, aunque ahí, justamente ahí reside la idea central de la composición. Dice la última estrofa:

—¡Adios! ¡Adios!— El canto marinero se pierde
Flota la noche negra sobre la anchura verde;
y, al resonar las lonas entre mares y cielos,
se piensa en el dramático adiós de cien pañuelos.
—¡Adios! ¡Adios!— se borra la playa, solamente
queda una línea. Luego, ya nada... Un sol poniente,
un cielo sugestivo y un mar ilimitado...
Allá en la playa, un hombre que duerme: es el pasado! (12)

¿El poeta habría querido que también "allá en la playa" quedara su pasado de España? Así me lo parece. Porque es amistosísimo el tono de una crónica suya titulada "*Hétema aquí, enviando*". (13) Refiriéndose en ella a la arribada del "Nautilus", menciona a "nuestro apreciable amigo el Excmo. señor Ministro de España, enfundado ceremoniosamente en su fulgurante uniforme".

Era la época de iniciación del cine. Francia había tomado la iniciativa. La nota de Chocano al respecto posee cierto retrospectivo encanto:

«Jorge Puccinelli Converso»

"En casi todos los teatros (de La Habana) siguen escurriéndose las vistas de los cinematógrafos. Pláceme en estas, las recordaciones vivas de los sucesos reales; me abruma en cambio tantas majaderías melodramáticas que inspiraciones paupérrimas echan a vuelo sobre las alas de Lumière" (14).

De paso, por el poeta sabemos que Julia Fons campeaba en la zarzuela y Jesus Castellanos en el cuento: *Arcades ambo*.

Volvamos a los días de la visita del "Nautilus", que interrumpió el primitivo programa de vida y arte de Chocano. Su primer

(12) "El Diario de la Marina", 9 de Julio de 1908. Reproducida en Chocano, Obras compl. p. 905-6.

(13) "El Figaro", La Habana, 30 de agosto de 1908. Obras completas, p. 963.

(14) "El Figaro", misma edición de la nota anterior.

recital público se realizó en la Sala Espadero del Conservatorio Nacional, que dirigía el señor Hubert de Blanck. Se hallaba en la calle Galiano, número 47. La fecha fijada: 11 de Julio. (15).

El público de entonces tenía pocos entretenimientos, pese a las "flexibilidades" coreográficas de Julita Fons, la lectura de cuentos por sus autores y la aparición del cine. No se entiende de otra manera cómo pudo haber público, en aquella ciudad calurosa, bajo el verano impío, para escuchar no al poeta, sino veinticuatro composiciones, algunas de ellas extensas, un largo poema de presentación y varias partituras musicales. (16) Fue un gran suceso.

"Se encontraba la ideal inspiradora de hermosos versos del bardo festejado, la blonda Orosia Figueras, que brillaba entre el conjunto de bellezas en la Sala Espadero congregado, con todo el encanto indefinible de su belleza evocadora de ensueño".

Así dice, con indudable entusiasmo, aunque dudoso buen gusto, el cronista de "Figaro", con quien el poeta compartiría poco después la tarea de las "Crónicas sociales". Para celebrar el triunfo, se organizó un homenaje en los salones de "El Telégrafo". Pichardo repitió allí parte de su discurso-poema de la velada. Numerosos heptasílabos, no menos de 276, precedidos y cerrados por un mismo distico alejandrino:

Inca maravilloso, desgrana tu collar,
que será el bien más puro que nos venga del mar.

Entre la dilatada versaina, no siempre feliz, hay un fragmen-

(15) "Figaro", 12 de Julio de 1908. Los diarios de La Habana entre el 1 y el 20 de Julio están llenos de notas y alusiones de la presencia del poeta en la Isla. La prensa de provincias, especialmente la de Oriente, se refiere a él en términos encomiásticos muy singularmente entre el 13 y el 26 de Julio. Luego vuelve la actualidad entre el 1º de Agosto y el 30 de Setiembre de 1908.

(16) El programa de la recitación del 11 de Julio, que debo al mencionado señor Luis Eduardo Vera, da una idea de las costumbres literarios de la Cuba de entonces. Helo aquí: Primera parte.— I. Oberatura de Mignon (A. Thomas) a dos pianos, ocho menos, arreglo de M. Isambert, por las señoritas Ana Puig, Margarita Carrillo, Juanita Ramos, Matilde de Adriansen; II. Cuba a J. Santos Chocano: saludo por M. S. Oichardo; III. La Isla de bronce, poesía por J. S. Chocano; IV. Del libro "Fiat Lux", poesías por J. S. Chocano: Anacronismo, Fuga,

to de enumeración seudovalorativa de los poetas americanos de la época. Conviene conocerla:

En la corona lírica
de cuádruple florón,
que en la frente de América
ha colocado Dios,
es la Gracia, Darío;
la Bravura, Mirón;
la Plástica, Lugones;
Tú, la Fuerza, Señor;
Señor, te la legaron
Pizarro y Cuactemoc.
Por el Rey de la Imagen
palmas bato y tambor,
Aquí, tabaco y caña
y a vuelo mis campanas,
llaman a procesión.
Acuñas tú, monedas
con tu busto, Señor,
y añades a la lira
una octava de sol.
Tú, si, que llegar puedes
como un Conquistador!
Si te has "cansado mucho" (17)

reposo y paz te doy,
y mientras te dispongo
hamaca y mecedor,
las galas te presento
que el Hado me otorgó.
en oveja al león...
Aquí, tabaco y caña
mis predilectos son
de los nectarios jugos
que mi suelo filtró.
Ven, gózalos conmigo,
al fragante rumor
de ceibas y de palmas
y entra en mi corazón:
como la hoja, fuerte,
cual la miel, dulce soy.
Los ojos de mis hijas,
milagros que hizo Dios,
tornarán un instante
en paloma al condor,
al épico en trovero,

El arco de Ulises, El rayo, Sol y Luna, Crisol, La novia abandonada, Intima, Danza griega, Nostalgia. — Segunda parte.— I. Balada, Chopín, por el señor Hubert de Blanck; II. De "Alma América", Poesía por J. S. Chocano: Idilio tropical, En la Armería Real, Pandereta, El añol, La magnolia, Las minas de Potosí, El maíz, El ala del ñandú, Ciudad fundada, A una dama de la Corte española, El amor de las selvas, Los caballos de los conquistadores. — Tercera parte.— I. a) Canzone de Solvejg (Grieg), primera audición; b) La ardita (L. Ardit), vals brillante, por la señora Pilar M. de Blanck; II. Del libro inédito 'El Dorado. Epopeya salvaje': Prólogo interior, El sueño heroico, Visión de pesadilla, La danza del viento, El rapto de las Amazonas, Noche salvaje, El baño de los caballos, Aquella tarde, Los toros pasan, Dedicatoria el Gran Capitán; III. Mensaje a la Patria, poesía.

(17) Alusión a la composición de Chocano titulada "Nostalgia", inserta en **Fiat Lux** Madrid, 1908, que empieza:

Hace ya diez años
que recorro el mundo:
he vivido poco,
me he cansado mucho...

Sigue un largo elogio a las mujeres cubanas. Chocano acató el consejo de Pichardo, y, no sólo dejó madrigales en las hojas de album de las hijas de este, sino que inundó los de muchas señoras y señoritas habaneras. En "*Obras completas*" hemos dado pálida idea de dicha abundancia, patente también en las páginas de "*Figaro*", "*El Diario de la Marina*" y "*La discusión*" de entonces. Botón de ello es el retórico soneto dedicado la señora María Amblar de Pichardo y un leve madrigal que escribió para la niña María Matilde Pichardo:

Madre rubia, hija trigueña
ha tenido que nacer,
como de la rubia caña
sale la trigueña miel

Los albumes de la señora Tió de Sánchez Fuentes, la señorita Herminia Dolz, y otros ostentan ampulosas y retóricas endechas chocanescas. Cumplíase el vaticinio de Pichardo: se trocaban "el épico, en trovero; en oveja el león".

Inmediatamente después del memorable recital del Conservatorio, Chocano inició una gira poética por las provincias de Matanzas y Las Villas, Pichardo, que era de esta última región, presenta a Chocano en el recital realizado la noche del 16 de Julio, en el teatro "La Caridad", de Santa Clara, capital de Las Villas. Fue causi una manifestación política, por su número y fervor. (18). Después de la función, los entusiastas ofrecieron una cena al visitante en el Café Central y, desde ahí dirigieron sendos cablegramas a Rubén Darío y a Nicolás Rivero, en París y Liberty, respectivamente. Ignoramos sí hubo respuesta.

Santiago de Cuba, ciudad tan española, o, mejor, tan criolla, como las de América del Sur, fue escenario de otra apoteosis chocanesca. El clima ardiente, la encantadora posición del valle, rodeado de suaves y verdes colinas, el temperamento de los habitantes, la cercanía de las heroicas leyendas de la reciente guerra por la Independencia, la ubicua presencia de recuerdos y reliquias de Martí y los Maceo, de Estrada Palma y sus heroicos compañeros, daba a aquel lugar un tono especial, apto como pocos para recibir el ardoroso mensaje del poeta de la Naturaleza

(18) "*Figaro*", La Habana, 19 de Julio de 1908.

y la Historia americanas. Las crónicas periodísticas así lo testimonian. Una vez cubierto el programa santiaguero, Chocano se dirigió a la vecina Isla de Santo Domingo. Le acompañaba el joven escritor dominicano Rafael Galván, descendiente del famoso escritor y novelista, padre de "Enriquillo", don Manuel Jesús Galván.

Como aquella visita era sólo un breve paréntesis, Chocano no se despidió esa vez de Cuba, como él acostumbraba hacerlo de todo país que visitaba.

El 24 de Julio de 1908, desembarcaba del vapor "Julia", en la Ciudad de Santo Domingo, el infatigable y asendereado "poeta de América". He aquí como le saluda el diario principal de la capital quisqueyana:

"Conocedor de toda la América Latina, faltábale conocer Quisqueya, y ha querido hacerle una visita y conocerla no de oídas y por trasmano, sino con la conciencia que entra por los ojos, y se aposenta en el centro, de manera que los dos se orientaron en el conocimiento que desean los informes estúpidos o malévolos que, de tiempo en tiempo, hacen circular los humoristas de pacotilla" (19)

El tono de esta nota refleja un estado de espíritu muy característico. La República Dominicana había atravesado por no lejanos períodos de terrible dictadura, como la de "Lilis", que motivara el extrañamiento de don Francisco Henriquez Carvajal, su esposa doña Salomé Ureña, y sus pequeños hijos, los Henriquez-Ureña. El movimiento modernista había prendido con singular viveza, y tenía por adelantado a Tulio M. Cestero (1877-1955) quien, ya, desde su primero y juvenil libro, "Notas y escorzos" (1898), había popularizado los nombres de José Enrique Rodó, Vargas Vila, Díaz Rodríguez, Ismael Enrique Arciniegas, Pedro César Domínguez y otros. Ese año, Cestero tenía en prensa "Sangre de primavera" que había incluido en "El Jardín de los sueños" (1904), todo ello prosa poética, como la de "Las Montañas del Oro"

(19) "El Listin Diario", Santo Domingo, Viernes 24 de Julio de 1908.

de Lugones. Junto a Cestero, militaba Rafael Octavio Galván (1877-194..), autor de la novela corta "*Lidia*" (1901); Américo Lugo (1870-1952), famoso ya por la colorida prosa de "*Heliotropos*" (1904); Pedro Henriquez Ureña (1884-1946) quien ya, desde 1905, había lanzado su primer libro "*Ensayos críticos*", donde rinde pleitesía a Darío, José Joaquín Pérez (1845-1900), Fabio Fiallo (1866-1942) y, claro, a D'Annunzio, Wagner y Wilde. Fiallo, dominicano, era considerado como "el poeta del amor". Residía a la sazón en Nueva York, era grande amigo de Darío y cultivaba relaciones epistolares con Chocano. Su libro "*Primavera sentimental*" (1902) era como un breviario erótico juvenil. Otro grupo de escritores más jóvenes rodeaba a los anteriores, excepto a Henriquez Ureña, que deambulaba por Cuba, Estados Unidos, México, en su terco y fecundo peregrinaje cultural. Entre ellos, Oswaldo Bazil (1884-1946), Altagracia Saviñon (1886-1942), Apolinar Perdomo (1882-1918), Ricardo Pérez Alfonseca (1892-1951), quien intervino en uno de los homenajes a Chocano y, pasado el tiempo, tropezó con la muerte, subitamente, en Lima, poco después de presentar credenciales como embajador en el Perú.

Tuvo nuestro personaje la suerte de contar como padrinos y altos espalderos, a don Federico Henriquez Carvajal, adalid moral del país, y a Tulio Cestero, su paladín literario. Don Federico, no lo olvidemos, había sido el padrino de José Martí y de Eugenio María de Hostos, en sus arribadas a la República Dominicana: gloriosa coincidencia. (20)

El primer recital de Chocano en Santo Domingo se realizó el día del Perú, 28 de Julio, en el Casino de la Juventud. El discurso de presentación, antes de la primera parte de recitaciones, corrió a cargo de Henriquez Carvajal; el de introducción a la segunda parte, a cargo de Cestero. Figuraban como organizadores los mejores literatos del país.

Fue otra apoteosis de público y crítica. ¿Podría aquello cicatrizar la abierta herida de España? Parece que, en cierto modo, sí. Porque, en medio de los homenajes, Chocano se da tiempo y busca ambiente para escribir nuevos poemas como "*Los árboles de América*", que un periodista quisqueyano alaba al día siguiente

(20) Cfr. Max Henriquez Ureña, "Breve historia del Modernismo", México, Fondo de Cultura, 1955, Pedro Henríquez Ureña, "La Literatura dominicana", París, Revue Hispanique, 1917.

del recital (21) y que aparecerá publicado, poco después, en La Habana (22). El poeta se ha prendado del ritmo y rima de su entonces recitadísima composición "Los caballos de los conquistadores", empleando el eneasilabo, ciertos ritornellos poco sonoros pero expresivos, y multitud de imágenes no siempre tan sentidas como buscadas. (23)

Empezaba a recuperar su buen humor de antaño, su desplante. Lo revela una interviú de "El Listín Diario" (24)

"El hombre más desgraciado de toda la Isla es en el día José Santos Chocano. Están matándolo materialmente, matándolo a cariños y a literatura. Pobre joven, tan poeta y ya tan desgraciado!. —Vino, según confesión propia, a deleitarse en este preciosísimo museo histórico-arqueológico, a visitar las tumbas de Doña Salomé y de José Joaquín Pérez, a ver donde nació Galván, donde vivió Meriño, en qué lugar murió Hostos"..... (25)

La nota periodística describe a Chocano "rodeado de mosquitos, moscas y moscones".

La interviu es, desde luego, imaginaria, pero no exenta de algunos rasgos posiblemente reales. Oigamos algo:

"Otros le preguntan (a Chocano) por cuantos literatos ha habido y hay.— ¿Y Confusio?, dicele uno.— Algo confuso: creo que era modernista en su tiempo.— ¿Y Rodó? Ahí ro-

"Jorge Puccinelli Converso"

(21) Artículo de Jacinto Silvestre, en "El Listín Diario", Santo Domingo, miércoles 29 de Julio de 1908. Debo las notas de la prensa dominicana principalmente al poeta Enrique Peña Barrenechea, entonces primer secretario de la Embajada del Perú en la República Dominicana, y también a José de J. Núñez y Dominguez, embajador de México en el mismo país en 1951. Núñez acaba de fallecer: abril de 1959.

(22) "El Diario de la Marina", La Habana, 9 de agosto de 1908.

(23) La composición "Los árboles de América" tiene el título de "Arboles épicos" en el volumen respectivo de "Oro de Indias" (Santiago, Nascimento, 1941), pero fue publicada con su primer nombre en el volumen titulado "Puerto Rico lírico", San Juan, s/i, s/a (1914).

(24) "Serpentinas" en "El Listín Diario", cit., 28 de Julio de 1908.

(25) Los nombres aquí mencionados corresponden a doña Salomé Ureña de Henríquez, esposa de Henríquez Carvajal y eximia poetisa; al famoso poeta dominicano Pérez y al insigne novelista Galván. Es obvio que Hostos es el autor de "Moral social" etc., apostol de la nueva cultura de Puerto Rico, fallecido en 1903 en Santo Domingo.

dando. Es un mozo algo bolo. Gira muchísimo.— ¿Y Rueda? Idem.— ¿Y Rubén? ¡Hombre! Ese tiene nombre de judío”.

Esta es la broma, pero, el mismo diario y en el mismo número, inserta un auténtico reportaje en donde Chocano advierte con manifiesta intención:

“El patriotismo no es político tan sólo. Abarca todos los detalles de las manifestaciones vitales de los hombres. Si hay una política, si hay una economía, si hay un alma patriota, también debe haber una poesía patriótica, poesía que sin incurrir en patrioterías necias, pinta amablemente la cara nacional y contribuye al arte del mundo, a la colección de medallones tradicionales, osíquicos de la tierra, con la cara de la patria”,... “América que, en la naturaleza tiene cumbres que besan el cielo, ríos que son mares de agua dulce, vegetación no igualada en otra parte... merece que sus hijos la canten y sean literatos americanos”.

Cuando preguntan al poeta sobre las mujeres, responde: “El ideal sería una estatua de Praxiteles en la cual insuflara Dios un alma de ángel”. Todo ello es ya no premonitor, como el comentario a Darío en 1896, sino comprobatorio. Chocano quisiera definir su concepto de arte, pero no le dejan las solicitudes galantes y sociales. Se ve obligado a improvisar de continuo. El aplauso al repentista cierra las puertas de la autocrítica. Por de pronto, el album de “El Listín Diario” acoge este desabrido impromptu:

En las hojas impresas se reparte a la gente
unos mismos ensueños y unos mismos afanes,
y es así como sabe la Prensa, eternamente,
el realizar un nuevo milagro de los panes. (26)

Los halagos enardecen y abruman: también adormitan. La nómina de personajes masculinos y femeninos que asisten al recital despierta sorpresa y admiración. Entre las últimas anota el cronista de “El Listín” a famosas beldades dominicanas: las señoras Octavia G. de Vidal, Estela P. de Pelerano Alfau, Leocadia de Piedra, Peiganud de Tejera, Pou vda. de Coen, Dujaric de Mar-

(26) “El Listín diario”, cit. 28 de Julio de 1908.

chena, Soler de Peynado, Rodríguez de Gómez Alfaro, a las señoritas Consuelito Ricart, Matilde y Flérida Lamarche, Luisita Damián, Aurorita Ravelo, Luisa García Alfonseca, etc.

Todos se congregan el 28 de Julio. Dos días después, Chocano abandona Quiquey para volver a La Habana y pasar a Nueva York, donde le espera Fabio Fiallo que le ha invitado a compartir su modesta residencia de la calle Sesenta y uno, Oeste, cerca del Central Park. El poeta se despide mediante una breve nota periodística:

"José Santo Chocano agradece profundamente todas las atenciones que ha recibido, y se despide esperando órdenes en La Habana, Hotel Telégrafo. — Santo Domingo, Jueves 30 de Julio de 1908". (27)

La visita ha durado escasamente seis días: seis días de apoteosis. Recuerdo de ella será el artículo "Entre dos islas" que publicará el "Figaro" habanero (28) y que hemos reproducido en "Obras completas". El poeta dice:

"La capital (Santo Domingo) exaltada por el tumulto de las revoluciones, hizome el efecto de una caja de hierro que hubiera sido abierta por la barreta de una violación; en los muros ví los agujeros frescos aún de proyectiles; reparé que las baldosas de las aceras habían desaparecido en el andamiaje febril de las barricadas. En la atmósfera había olor a pólvora; la evocación de la conquista era completa" (29)

La gratitud de los dominicanos es tan viva que, aún el 20 de setiembre, la nueva revista "Blanco y negro" presenta un retrato de Chocano, de mostachos aguzados y chaleco muy blanco, junto a Federico Henríquez Carvajal. Este comenta la publicación de "un cuaderno fragmentario, artístico puñado de rosas... páginas de un libro en preparación "El Dorado" (30). Lamentamos no conocer esa pieza bibliográfica.

(27) "El Listén diario", 30 de Julio de 1908.

(28) El "Figaro", Habana, 23 de agosto de 1908.

(29) "El Listín diario", 14 de setiembre de 1908.

(30) "**Blanco y negro**", revista dominicana. Director propietario: Francisco A. Palau. Redactores: Apolinario Tejera, F. Henríquez y Carvajal, Manuel de J. Troncoso y de la Concha. Año I; 20 de setiembre de 1908.

Chocano se siente con nuevas fuerzas. Lo revela un párrafo de la mencionada crónica en "El Fígaro":

"Mi pluma ha rescatado su ala, el ala ha recuperado su pájaro y el pájaro ha dardeado los horizontes de una a otra Antilla, en un vuelo tan rápido que el libro de mis impresiones se ha deshojado como a la sacudida de una brisa que fuga".

Explícita declaración. Debemos tenerla muy en cuenta para el futuro.

De regreso a Santiago de Cuba, publica ahí, por primera vez su importante y bello soneto "Vida y arte". Los santiagueros organizan otra velada en honor del poeta. Chocano escribe a Pichardo, que le espera en La Habana:

"He trabajado algo: dos páginas nuevas de 'El Dorado'. Una de ellas: 'Los árboles de América' va con esta fecha al 'Diario de la Marina'. Se la recomiendo. Tengo para Ud. una noticia: he escrito la leyenda del Yumuri que le está naturalmente dedicada. Espero visitar a Matanzas para ver si tengo algo más que agregarle"

La última expresión desnuda el "método de composición" de Chocano, de que hablaremos en su lugar.

Una imprenta de Santiago de Cuba lanza una edición, a peso (dolar) ejemplar de lo hasta entonces escrito de "*El Dorado-Epopeya salvaje*", otra pieza bibliográfica que tampoco he podido conocer.

La existencia de Chocano es, en esos días, acezante. No es sólo afán de gloria, sino también, y muy destacadamente, necesidad de subsistir. Ha escogido el autor de "*Alma América*" un arduo instrumento y un camino difícil: la pluma y la literatura. A esta se debe y todo lo que le ocurre en esos momentos se lo deberá a ella.

El 13 de agosto regresa Chocano a La Habana. El 14 se presenta en Matanzas "la ciudad de los poetas", con otro recital exitoso: ahí fecha "Yumuri" y escribe "Las cuevas de Bellamar", que publicará el "Figaro", en cuyas columnas reinicia su colabo-

ración el 16 de agosto, apenas vuelve de Matanzas. Las "Crónicas líricas", como se titula su abigarrada sección, serán frecuentes. Poco después, asume la redacción de "Crónicas sociales", un tipo de gacetilla plagado de adjetivos elogiosos, según era y es deplorable moda en la Patria de Martí. El 20 de setiembre se presenta Chocano por última vez, ante el público de La Habana. Lo acompañan las palabras de Pichardo, Alfonso Hernández Catá y el "Conde Kostia". Los salones del Instituto Musical rebozaban de chocanistas entusiastas aquel domingo por largo tiempo memorable.

Entre telones, han sobrevenido incidencias respecto al proceso del Banco de España, según hemos referido en el capítulo respectivo. "El Diario de la Marina" acoge la escueta información que ya había sido desmentida y explicada por el poeta en su carta circular de enero de 1908. Se rumora que habrá extradición, lo cual, lo sabemos a ciencia cierta, nunca fue efectivo. Fabio Fiallo lo urge a visitarle en Nueva York. El día 22 de setiembre, Chocano parte hacia Nueva Orleans, de donde seguirá al norte. El "Figaro" del 27 da cuenta de la partida diciendo: "ha tomado al fin la nave que lo aleja de La Habana, nuestro inolvidable y admirado Santos Chocano". En la misma edición se publica "La noche lírica" del poeta, composición sintomática, de reversión o introversión, que destaca los valores líricos y hasta místicos de su temperamento. Pichardo publica ahí mismo "Remolinos de fondo", dedicándolo así: "a José Santos Chocano, procesado". Este replicará implícitamente, desde Nueva Orleans con un soneto que, después, tuvo una equívoca y malhadada actualidad: "La gloria del proceso".

Es evidente que tan amargos hechas han madurado —y hasta ablandado— al poeta por dentro. Por fuera es cosa distinta: prevalecen el empaque, la osadía, la sonoridad, el cascabeleo y la arrogancia. Pero, no puede negar ya que sufre, y que sufre no para destilar rimas, sino que rima porque sufre. Bastará leer su composición "Serenamente", escrita en Habana, 1908, en la cual repite frases que usó en su correspondencia con Darío, acerca de lo ocurrido en España, y en sus comunicaciones a la prensa a propósito de lo mismo. Hela aquí:

Cuantos me han calumniado
y me han encanecido

dieron tal magnitud a mi pecado
que me duele el no haberlo cometido.

Si grande es la aventura,
bendigo yo la trama
en que se urde el afán de la impostura
que sólo es el reverso de la fama.

Podré lanzar un grito
o hacer un loco alarde,
mas, bajo el peso de cualquier delito . .
¿justificarme yo? ¡Fuera cobarde!

¿Me echarán en olvido
porque mi lengua calla?
Nada importa vencer o ser vencido:
lo que importa es ser grande en la batalla.

Bajé desde las cumbres
a pastorear las greyes.
no "contra" sino "sobre" las costumbres,
que hay que violar para engendrar las leyes.

. . . Mi espíritu se ufana
porque una chispa encierra
de la luz de una estrella tan lejana
que no se puede ver desde la Tierra. (31)

Poema revelador y transido. No logra ocultar la angustia, más que la cólera del perseguido. Para corroborarlo, bastará la primera estrofa de su "Adios a Cuba":

Cuba de mis amores, no olvidaré tus brazos,
ni como te sentiste madre de mi canción,
ni como recogiste mi lira hecha pedazos,
ni como me apretaste contra tu corazón. . . (32)

Está dicho todo. De nuevo las sombras arman su irreprimible conjura contra el terco y relumbrante aventurero: nubes, siempre nubes, ocultando su sol.

(31) "Serenamente, en Chocano, "Primicias de Oro de Indias", Santiago, Ed. Siglo XX, 1934, y en "Obras completas", cit, p. 637.

(32) "El Diario de la Marina", Habana, 25 de setiembre de 1908. Reproducido en "Obras completas", p. 910-911.

Castro Alves y José Santos Chocano ¹

POR BELLA JOZEF

Cada literatura tiene un poeta épico, que cantó sus glorias, sus luchas y su naturaleza, su poeta. En Perú es José Santos Chocano, en Brasil, Castro Alves. Pertenecen cronológicamente a dos escuelas distintas, a distintas épocas: cuando Chocano nace, Castro Alves había muerto. El baiano vivió en plena fase victorhuguesa; su asunto esencial fue la libertación de los esclavos y la República. Santos Chocano fue un americanista total: ya lo afirmó otro gran americanista, Silvio Julio. Pero, si son de escuelas distintas y Chocano es un modernista con vestigios románticos mientras Castro Alves es un romántico que se anticipó a la escuela parnastana que después vendría, podemos encontrar identidad entre los dos, no sólo de temperamento como de procedimientos estilísticos (tema y forma).

Este es el estudio que presentamos. Llevados inicialmente a acercarlos por sus temperamentos idénticos, hemos descubierto notables semejanzas y diferencias, buscando sacar las conclusiones que nos parezcan necesarias. Que este ensayo represente una contribución al estudio comparativo entre las dos figuras, representativas de dos naciones vigorosas y hermanas.

Castro Alves fue el más grande representante de la tercera generación romántica brasileña y surge en una época en la cual ya estaba formada una tradición literaria por obra de sus predecesores. No es, así, un fenómeno aparte en nuestra literatura. Cual-

¹ Conferencia pronunciada en el Salón de Grados de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, durante el curso de Vacaciones de Post-Graduados; y en el Instituto Cultural Peruano-Brasileño, en febrero de 1960.

quiera de sus facetas puede ser confrontada con antecesores y contemporáneos. Los acontecimientos políticos estimulan a esta poesía, que internamente ya estaba madura. Pero Castro Alves a todos superó, aunque, poeta contradictorio, posea chispas de genio y recaídas.

Antonio de Castro Alves nació en Baía. Allí inició sus estudios y a los 16 años fue mandado a Recife para estudiar derecho. Cumplió un rápido destino: en seis años había ido a Recife, São Paulo, Baía. Río. Arrebató a las muchedumbres, propagando la Abolición y la República; había amado y entonado los más suaves cantos de amor; había llevado a la escena su drama patriótico y había impreso su libro inmortal *Espumas Flutuantes* en 1870.

A fines de 1868 se hirió el pie en un accidente casual y el debilitamiento lo conduce a la tuberculosis, muriendo en 1871. Desde el 64, en una poesía llena de presentimiento, "Mocidade e morte", esperaba el momento final: ... *Dentro em meu peito*.

*Um mal terrível me devora a vida...
Fôra louco esperar! fria rajada
Sinto que do viver me extingue a lampa...
Resta-me agora por futuro— a terra,
Por glória nada, por amor— a campa...*

En *Espumas Flutuantes* se muestra el entusiasta por las grandes empresas libertadoras, al lado del clima gracioso y sencillo de su felicidad. Sus grandes temas son las luchas por la independencia en Baía, la insurrección de los Palmares, el papel civilizador de la Imprenta. La campaña contra la esclavitud será enfocada en *Os Escravos* y *A cachoeira de Paulo Afonso*.

Con el modernismo se adopta en Hispanoamérica una actitud estética que pretende liberar a la poesía de las "impurezas" de la vida cotidiana. En José Santos Chocano, el modernismo, (que es en realidad una suma de simbolismo, parnasianismo y romanticismo), no consiguió calmar el tumulto de su alma romántica, una "caótica fuerza sudamericana", como dijo Ventura García Calderón. Se inicia en el romanticismo de fines de siglo —en el romanticismo postrero hugoniano y su persistencia romántica se aprecia en *Iras Santas*, *En la Aldea* (1895), *Azahares* (1896), *Selva Virgen* (1897) y hasta en obras posteriores. Defiende también las causas nobles, pues decía que "antes que ser poeta... hay que ser hombre" (aunque después crea superado este momento y

se considere poeta ante todo). Impresionado por Whitman, manifestó que

"Walt Whitman tiene el norte, pero yo tengo el sur", no transmitiendo un hondo mensaje intelectual como aquél.

Castro Alves se consideraba "un bravo soldado de la redención de la humanidad" y fue uno de los primeros abolicionistas a servicio de las causas nobles y generosas de su época. Gonçalves Dias es considerado el cantor del indio y Castro Alves del negro esclavo y de los oprimidos. Con sus cantos heroicos en que llega a la entonación bíblica, conmovía a la juventud que lo escuchaba y lo seguía:

*Senhor Deus dos desgraçados!
Dizei-me, vós, Senhor Deus!
Se é loucura... se é verdade
Tanto horror perante os céus?*

Y apela para su tierra y para toda América:

*... Da etérea plaga
Levantai-vos heróis do Novo Mundo!
Andradal arranca êsse pendão dos ares!
Colombol fecha a porta dos teus mares!*

Alberto de Oliveira decía que "con excepción de algunas estrofas camonianas no conozco en nuestra lengua otros versos tan vibrantes". En esta apóstrofa que continúa fresca, pura y resonante como cristal, después de tantas citas, sentimos una contención sorda de ciertos grandes diálogos de la poesía con el misterio del destino y el crítico Antônio Cândido lo compara a Villon.

*Nostre Seigneur se tient tout coi,
Car au tancer il le perdrott.*

Los jóvenes de su tiempo, en los cuales él creía y que llamaba "sol brilhante do céu da liberdade", han formado dos décadas después la generación de los libertadores.

Castro Alves no siguió solamente las corrientes de sensibilidad de su tiempo y en una época en la cual los motivos de arte eran una idealización del salvaje primitivo, impuso sus pensamientos a su pueblo. Para resolver el problema de la esclavitud apela para la revolución con la República. Los versos heroicos

con hipérbolos e imágenes audaces se mezclan con las notas de ternura por los esclavos. Son estos conceptos nuevos en su época.

Su lirismo, llamado por Afranio Peicoto, cósmico, emplea metáforas —relámpagos, que resumen cielos, mundos, auroras, crepúsculos:

Calcinado aos relâmpagos da glória.

Son frecuentes las alusiones a la amplitud, el infinito, la inmensidad, notándose en ambos poetas el empleo de substantivos y adjetivos semejantes e idénticos. Dirá Castro Alves:

Cúpula imensa de um sepulcro enorme...

o: *Desperta o infinito...*

Y Chocano: *Cuando las carabelas voladoras
al fin trazaron sobre el mar sus huellas,
fueron rasgando por delante dellas
la inmensidad con sus tremantes proras.*

De ahí las imágenes hiperbólicas, grandiosas:

*Cabelos esparsos ao sopro dos ventos
Olhar desvairado, sinistro, fatal,
Dirieis estátua roçando nas nuvens
Pra qual a montanha se fez pedestal
... Dois infinitos
Ali se estreitam num abraço insano.*

El peruano J. S. Chocano usa procedimientos semejantes cuando dice:

*es un conjunto que se mueve con la armonía pintoresca
de un ajedrez que se jugase sobre un tablero colosal.*
(La caravana del Sultán).

Su manía de grandiosidad hiperbólica es expresada también en números:

*Tres millones de insectos
formaban una como rabiosa inarmonía.*

Son ambos, usando una expresión del poeta Salazar Bondy "retóricos y detonantes" pero no siempre falsos. Hay una cierta

embriaguez verbal, un desencadenar de metáforas, lenguaje fuerte, apostólico y vibrante, al cual se debe el gran poder de comunicabilidad.

La naturaleza aparece en ambos en toda su magia, belleza y misterioso encanto. Con gran vigor de sugestión, sin huir por veces a un pintoresquismo, ella vibra y palpita, a través de las imágenes, y personificaciones. En Castro Alves es el paisaje serrianejo, en una fresca acuarela:

*Era a hora em que a tarde se debruça
Lá da crista das serras mais remotas*

de preferencia en el crepúsculo, cuando se acerca la noche, "a tenda azul de Deus", siempre "plácida y divina", "lánguida y sentida", "mansa y calma", frecuentemente comparada a los cabellos de su amada:

*"As trevas rolam como as tranças negras
Como um negro e sombrio firmamento
Sobre mim desenrola o teu cabelo*

Lo que ve en la noche no es solamente la molicie y placidez, la colorea también.

*Do céu azul na profundez escura
Brilhava a estréla como um fruto louro
Brinca o luar— dourada borboleta*

La noche aparece real, se dirige con calor y ternura a ella, personificando muchas veces los astros, el rayo de luna que juega o el mismo crepúsculo que anuncia la noche:

*.....Iam caindo
Dos dedos do crepúsculo os véus de sombra*

Es una naturaleza que vive y palpita y Eça de Queiroz dijo: "He ahí en dos versos toda la poesía de los trópicos", refiriéndose a:

*Às vêzes quando o sol nas matas virgens
Às foqueiras das tardes acendia."*

José Santos Chocano también posee un sentimiento penetrante de la naturaleza, en lo que es romántico todavía y lo que no

se había dado en el romanticismo peruano. La expresa con luz, calor y color. Dió categoría poética al paisaje peruano, transmitiendo dinamismo a todo.

*Copia el lago en sus vidrios palpitantes
cuando se asoma en su contorno vago*

o: *Cada volcán levanta su figura,
Cual si de pronto, ante la faz del cielo,
suspendiesen el ángulo de un velo
dos dedos invisibles de la altura.*

en donde vemos elementos idénticos a los de Castro Alves en una cita anterior: "dedos" y "velo". Chocano, aún en su fase moderna, propiamente dicha, no se aleja de la búsqueda del paisaje americano. Esta tendencia, al lado de la búsqueda del espíritu americano, será permanente en él. Varían los procedimientos. También la noche tiene colores para él:

*Sobre el luto de la noche que envolvía la montaña
una roja medialuna levantaba su cuchilla.*

También personifica los elementos de la naturaleza humanizándola:

*La luna dormía;
los astros temblaban
y una risa materna y celeste
corría por sobre la vieja montaña.*

*tal se desmaya una estrella
sobre un jirón de la aurora.*

El mar, inspirador de poetas, por su grandiosidad, por su apariencia mutable, por su inmensidad, significando todo lo que es grande, infinito, es un elemento común a los dos poetas y les sugiere imágenes semejantes.

Para Castro Alves:

*O mar se atira de bruços
com a barba pelo areal*

y para Chocano:

*el mar tiene cabellos de rizada espuma y
...el mar, cual cabellera
de un filósofo anciano de la clásica Era
sacudía los bucles de sus olas.*

Para Castro Alves:

o mar— corcel que espuma ao látego do vento

y Chocano da la misma idea de movimiento al río:

*que galopa
como un titán que empuña la cola de un dragón.*

En Santos Chocano:

*porque así son, en la montaña andina,
el río una serpiente que camina
y el lago una serpiente que se enrosca.*

En Castro Alves:

*A meus pés a onda mansa
Por entre os juncos s'entrança
Como uma cobra a fugir.*

Castro Alves emplea el mar en comparaciones para dar idea de inmensidad:

*Aquelas terras tão grandes
Tão compridas como o mar*

o el mismo cielo se compara al mar:

Ouçõ os astros cantar no mar do firmamento

y el pecho de la amada es:

mar de amor onde vogam meus desejos.

Santos Chocano personifica el mar, refiriéndose a Núñez de Balboa:

...el mismo mar... te dió un abrazol

Ambos poseen un sentido plástico de la naturaleza, envolviéndola en el torbellino de la metáfora, empleando los más va-

riados recursos expresionistas, en los cuales el lenguaje se liberta de la rutina para adecuarse al sentimiento individualista, intransferible.

Compárese los cuadros de una caravana y las imágenes visuales que sugiere en ambos:

*Por la monótona llanura/ se va tendiendo largamente la
caravana del sultán/ En la llanura hace un instante/ que
hasta un millar/ de blancas tiendas se plegaron/ como en
un haz/ a la manera de una banda/ de albas palomas que
se lanzasen a volar... (Chocano)*

*De Tebas nas colunas derrocadas/ as cegonhas espiam de-
bruçadas/ O horizonte sem fim.../ Onde branqueja a ca-
ravana errante/ E o camelo monótono, arquejante/ que
desce de Efraim... (Castro Alves).*

Hemos visto, en relación al tema de la noche, que Castro Alves era un visual y auditivo. En sus poemas, "todo é luz, aroma e murmúrio". En "A queimada", vemos los colores rojos del incendio

*Eis súbito, da barra do ocidente,
Doudo, rubro, veloz, incandescente,
O incêndio que acordou!*

y oímos:

*O estampido estupendo das queimadas
Se enrola de quebradas em quebradas
Galopando no ar.*

Antecede en esto a la poesía de Verlaine y los simbolistas. Es visual, como los parnasianos, aunque no frío e impassible como ellos.

También hay cruces de sensaciones en algunos poemas:

*Ontem à tarde quando o sol morria
Larga harmonia embalsamava os ares*

o:

Ao túbio clarão da lua.

Hubiera llegado a la perfección formal, pues ya demuestra por veces el culto por la forma que será característica de la época posterior, disciplinando su verbalismo con arte. Se anticipa tam-

bién en cuestiones estéticas a su época, verdadero trazo de unión entre las generaciones de Alvares de Azevedo y Fagundes Varela por un lado y la de Olavo Bilac y Alberto de Oliveira por otro.

En Chocano, que es de época posterior, es el procedimiento de las sinestesias muy empleado:

*derramando la alegre frescura
que tiene el plateado sonido del agua*

...las brisas en que viaja el lúbrico olor de la selva

En el romanticismo brasileño se defrontan dos características: por un lado, el sentimiento nacionalista, la valorización de lo autóctono, del tema local, que es a su vez uno de los aspectos de la estética romántica. Por otro lado, el miraje de Europa y sus románticos Byron, Musset, Espronceda.

Castro Alves y José Santos Chocano toman el primer aspecto: Castro Alves fue un poeta brasileño, como Santos Chocano fue poeta peruano. Es sumamente importante este aspecto en ellos no por sí mismo, pero sí por lo transcendental. Castro Alves fue uno de los precursores de nuestra independencia literaria que llevaría a una expresión propia y original. José de Alencar en la prosa y Castro Alves en la poesía son los precursores de un "brasileirismo" intencional, significando con esto nuestra independencia literaria. Ya lo dijo André Gide, que es nacionalizándose que una literatura toma lugar en la humanidad y significación en el concierto del mundo". Lo universal y lo nacional no se contraponen, se complementan. Hay intercomunicación entre nación y universo, nacionalismo y universalismo. Y José Oiticica dijo que Castro Alves creó tres cosas que no existían en la poética nacional antes de él: el paisaje, el estilo y el tema social brasileño.

En el aspecto americano son varias las notas que los distinguen. Aunque Castro Alves cante el continente en su totalidad en "O livro e a América", no adivinó, como dijo el maestro Silvio Julio, el mundonovismo complejo e integral de que Santos Chocano tejió su filosofía estética. Chocano siempre buscó el tono continentalista para sus rimas impetuosas:

*América es mi sola fuente de poesía
y América es pujante, montañosa y radiante;
tal en el verso mío se incrusta el consonante
como en sortija pétrea firmísimo diamante.*

Al mismo tiempo exalta a América en conjunción de lo español y lo indio:

*Soy el cantor de América autóctono y salvaje
mi lira tiene un alma, mi canto un ideal.
Mi verso no se mece colgado de un ramaje,
Con un vaivén pausado de hamaca tropical...*

El indianismo ha servido en Brasil no sólo como pasado mítico y legendario, como lo acentuó Antonio Cándido, sino como pasado histórico, a la manera de la Edad Media. Leyenda e historia se han fundido en la poesía de Gonçalves Dias y más aún en la novela de Alencar, por el esfuerzo de suscitar un mundo poético digno del europeo. Chocano, con su *Alma América* marca el pleno retorno a los temas nativos en la poesía hispanoamericana. Tras los contados alegatos en favor del indio que periódicamente se dieron en la literatura hispanoamericana a lo largo del siglo XIX, sólo con la Revolución Mejicana de 1910 tomó cuerpo política y literariamente. Su primera página importante fue el poema "¿Quién sabe?" de Santos Chocano escrito en 1913.

Castro Alves, como lírico, tuvo sensibilidad, originalidad y llegaría a alcanzar la impecabilidad parnasiana; como épico, propagó la causa humanitaria de la esclavitud, precursor de muchas utopías liberales y Manuel Bandeira pudo decir que "fue la más grande fuerza verbal y la inspiración más generosa de toda la poesía brasileña".

De Santos Chocano, yo encuentro en común a Castro Alves la poderosa fuerza verbal, lo épico, los procedimientos estilísticos que traté de demostrar como formación de imágenes dotadas de plasticidad, comparaciones y metáforas y señalo, con Porras Barrenechea, las tres direcciones de su poesía: la épica, ungida de "emoción histórica, verbal y tribunicia"; la bucólica, donde expande su "vigoroso poder descriptivo y de gran sensitivo dominador de todas las percepciones de olor, color y sonido" y la autobiográfica.

Valdelomar, viajero

POR ESTUARDO NÚÑEZ

Valdelomar representa, con sus preclaros méritos y aún con sus limitaciones, esa etapa de la literatura continental que señala con el tramonto del Modernismo, el advenimiento de nuevas corrientes que forman la producción literaria actual. Su extraordinaria capacidad creadora hace que Valdelomar inscriba su nombre en alto sitio, no obstante las imperfecciones y contingencias de una obra en gran parte fragmentaria y destinada al periodismo, desarrollada en sólo 31 años de vida, o sea en sus escasos 15 años útiles de creación. Pocos escritores del Perú, de América o del mundo han podido realizar en lapso semejante, una obra literaria tan estimable en cantidad y calidad. Pensemos por un momento en lo que había producido a dicha edad Palma (en 1864), González Prada (en 1879) o José Santos Chocano (en 1902). El primero comenzaba a escribir, un tanto inseguro, algunas tradiciones y sólo había publicado una colección de poemas; el segundo no había escrito ninguno de sus libros salvo *Minúsculas*, todavía inédito, y el tercero no había ofrecido aún a la publicidad su primer libro definitivo: *Alma América*, aparecido sólo en 1906. Esta comparación de fechas no es, sin embargo, un recurso para regatear el mérito a nadie en beneficio de alguien, pero sirve de referencia para ayudar a la imaginación a reconstruir el concepto de la valoración de un autor prematuramente desaparecido, como Valdelomar.

Trayectoria

Valdelomar tuvo el reiterado presentimiento de su pronto y precoz final. Por ello se justifica su prisa y su infatigable laborio-

sidad y hasta su despreocupación por pulir sus relatos. A cambio de la limitación del tiempo, parece haber mediado como compensación, la multiplicidad de su inquietud, su fervor en la producción y su febril versatilidad. Espigó en casi todos los campos de la actividad intelectual. Desde las aulas escolares, como "guadalupano" insigne, ya esgrime la pluma o el pincel antes de los 15 años, para aparecer luego como dibujante de excelente factura, al lado de Málaga Grenet, en *Monos y Monadas* y antes en *Aplausos y Silbidos*. Hasta agosto de 1913 en que Valdelomar emprende el viaje a Italia, había ya colaborado en las revistas más estimables de Lima: *Actualidades*, *Letras*, *Gil Blas*, *Ilustración Peruana*, *Varietades* y en un semanario de modestísima factura pero de inolvidable inquietud, *Balnearios*, que dirigía Alfredo Muñoz, en Barranco. Su colaboración se prodigaba en poesías, en crónicas como las que tituló "Con la argelina al viento" —en que vuelca su experiencia de soldado durante la movilización de 1910, junto con la de otros intelectuales— y hasta en algún ensayo de novela como "La ciudad de los tísicos", desconcertante trama dannunziana, con insinuaciones de decadentistas a lo Lorraine, que publicó en 1911, en varios números de *Varietades*. Además dió a luz una novela corta "La Ciudad Muerta" y empezó a revelarse cuentista excelente desde 1910. La política lo sugestiona con pasión e inquietud social y lo beneficia temporalmente. Vinculado a la candidatura presidencial que triunfa en 1912, Valdelomar emprende al año siguiente el viaje a Europa. A su regreso comienza la nueva etapa y la definitiva en su vida, aquella que, al decir de César Vallejo, "apunta una nueva época en la literatura peruana". Comienza su colaboración asidua y trascendente en *La Prensa* de Lima, en secciones que no deja envejecer ni en el título ni en la forma. El lector común de entonces busca insistentemente sus "Comentarios" o sus "Palabras", las *Crónicas Frágiles*", sus "Impresiones", los "Fuegos fatuos", los "Diálogos Máximos" o la sección "Al Margen del Cable". Su actividad es múltiple. Ejerce el periodismo pero al mismo tiempo revela un escritor de calidad, que colabora en las mejores revistas del continente, que dirige una revista memorable, *Colónida*, en 1916, y que empieza publicar libros.

Colónida, que da nombre a la generación que recoge en sus páginas y que tiene por líder a Valdelomar, constituye un momento trascendental en la literatura peruana. "Representó, —ha dicho

Mariátegui, precisamente uno de sus colaboradores y exégetas— una insurrección contra el academismo y sus oligarquías, su énfasis, su gusto conservador, su galantería dieciochesca y su melancolía mediocre y ojerosa. No fué un grupo, no fué un cenáculo, no fué una escuela, sino un movimiento, una actitud, un estado de ánimo". *Colónida* concretó y definió el ideal perseguido y realizado sólo en parte de dos importantes revistas literarias anteriores, editadas por Enrique Bustamante y Ballivián: *Contemporáneos*, en 1909, y *Cultura* en 1915.

Puede decirse que en *Colónida* nace la nueva literatura del Perú. En ella empieza a torcerse el cuello al modernismo, colocada la revista en la encrucijada entre lo viejo y lo nuevo. Acoge todo lo anterior que algo representaba y que debía quedar para la posterioridad. No excluye lo que tiene valor permanente. Pero al mismo tiempo intuye el futuro y promueve y estimula lo que ha de venir, exaltando a los valores que en tiempos venideros han de ganar la fama, pese a la incomprensión de los críticos oficiales. Tal es el caso de José María Eguren, cuyo nombre es proclamado por vez primera como la más auténtica realidad poética de los últimos tiempos. Entre tanto, Valdelomar publica su primer libro *La Mariscal* (1915) que es la insinuación de una biografía novelada, tal vez poematizada, de una mujer de la historia, doña Francisca Zubiaga esposa del General Agustín Gamarra, dos veces presidente del Perú. Le sigue otro volumen, *El Caballero Carmelo*, en 1918, en el que reúne bajo el título ya conocido, una colección de sus cuentos, con prólogo de Alberto Ulloa y un apéndice crítico. Allí figuran sus cuentos de ambiente costeño, los cuentos yanquis, los cuentos chinos y los cuentos incaicos, en sucesivas secciones. Poco después aparece *Belmonte, el trágico* (1918), ensayo de una estética futura a través de un arte nuevo.

Probablemente si revisamos nuestra literatura posterior, encontraremos libros mejor escritos pero no libros que signifiquen como los pocos que nos legó Valdelomar en lapso muy breve e intenso, tan grande inquietud ni tan grande reacción contra la estulticia y el desdén generalizado por la actividad artística ni que entrañen tan formidable esfuerzo por desechar lo anecdótico, en pos del alma colectiva nacional, y lo cursi y retórico, en pos de lo selecto y refinado.

Pero su trayectoria de creador habría de ser prematuramente interrumpida por una muerte accidental y absurda, ocurrida en

Ayacucho, el dos de noviembre de 1919. El caudal de su producción quedó trunco y disperso. Por sobre todo sentimiento de escuela o tendencia literaria, por sobre las influencias europeas que en una época lo embargaron, Valdelomar vió y vivió siempre al Perú su tierra y su hombre.

Concibió y sintió el concepto de patria como una continuidad en el tiempo y una totalidad en el espacio, tuvo el orgullo de ser peruano al par que también, y sin resentimiento alguno, tenía a honra proclamar su origen modesto y su pobreza familiar. Su aristocraticismo era formal y convencional. Era siempre recurso para anonadar a los "burgueses", mas no para engañar al prójimo. Cuantas veces pudo, solía aproximarse al pueblo y dejarse comprender por el pueblo.

Si en alguna ocasión dijo: "La función del artista, y en este caso del poeta, es descubrir por el sentimiento lo que la naturaleza tiene de eterno y esquivo", había de practicar este principio lealmente con respecto a su propia tierra; para él, la naturaleza era la que había vivido y había nutrido sus años infantiles y de adolescencia, la costa y el mar peruanos, y también los Andes y todo su Perú, en fin, sin recurrir a paisajes artificiales o extraños, sin tratar nunca de descastarse.

Es mérito perdurable de Valdelomar no sólo haber multiplicado su actividad periodística y en general dignificado literariamente el periodismo en todas las formas posibles sino también haber mantenido una alta calidad de selección artística en todos sus escritos y logrado grabar el sentido de lo eterno en la fugacidad de la crónica, lo esencial en medio de la levedad.

Es también mérito notorio haber insurgido contra lo adocenado y lo yerto, rompiendo cánones falsos y fustigando valores sin sustento, y no obstante la exigencia de su gusto estético, poner su arte al servicio de los más, con sentido popular y democrático. Por que Valdelomar supo hacer arte sin melodrama, sin complicación innecesaria, sin retorcimiento alguno, con los medios más sencillos, logrando la calidad selecta sin enrevesamiento.

Puede ser revelador— y merece hacerlo con detenimiento para juzgar el proceso de su creación literaria, insistir en la experiencia viajera de Valdelomar, así como reconstruir el itinerario de un viaje (que fue el único en su vida y que definió su destino literario) por Europa y por América del Norte. Los últimos escritos suyos, un

tanto desconocidos, que se vienen publicando desde hace poco (1) dan mucha luz sobre ello y podemos avanzar en el desbrozamiento del tópico. Es trascendente su residencia en Roma, en el desempeño de un cargo diplomático, cuyo nombramiento le fue concedido en mayo de 1913, y que desempeñó desde agosto de dicho año hasta febrero de 1914, en que renunció con dignidad ejemplar, al perder el poder el caudillo que lo nombró. Pero no sólo es de interés el punto de destino, Roma, sino también el trayecto, por los estímulos creativos que va recogiendo en las escalas. Son apenas 10 meses de viaje los que vive Valdelomar con una intensidad excepcional. Zarpa del Callao en junio de 1913, hace escala en Panamá (cuando todavía el canal no estaba concluído) y trasborda a otro barco después de visitar Antigua, navega en el Atlántico y desembarca en Nueva York a comienzos de julio. Sus poemas últimamente publicados nos dan fechas y puntos del itinerario pero no hay impresiones de ese trayecto, salvo rápidas referencias en su prólogo a *El Alma Encantada*. En cambio, va forjando obra de creación literaria. De la breve estancia en Nueva York emergerán poemas y sobre todo la textura interesante de algunos de sus "Cuentos yanquis". La travesía es fructuosa en nuevas imágenes y observación psicológica de gentes racialmente diferentes o de usos de vida extraños que llaman a la ironía o a la emoción lírica. Un transatlántico moderno lo traslada de Nueva York a Génova.

El itinerario europeo. Se instala en Roma y en los seis meses escasos de vida en la ciudad eterna, su actividad se multiplica. Allí encuentra la disposición espiritual requerida para redactar uno de sus mejores relatos, "El Caballero Carmelo", para dar forma definitiva a sus "Cuentos yanquis"; dirige preciosas cartas a sus amigos y familiares; escribe sus finas "Crónicas de Roma" que sólo fueron cinco, además del prólogo autobiográfico de su proyectado libro *La Aldea Encantada* que pensaba editar en España y algunos poemas como "Luna Park" y traduce algunas poesías italianas, entre ellas "Ultima rosa" de Fogazzaro. Se ha dicho equi-

(1) A. Valdelomar, **Obra poética**, prologada, compilada y anotada por J(avier) C(heesman), Proemio de Luis Alberto Sánchez, Lima, Asociación Peruana por la Libertad de la Cultura, 1958, 127 p.

A. Valdelomar, **Cuento y Poesía**, prólogo, selección y notas por Augusto Tamayo Vargas, Lima, Patronato del Libro Universitario. Imp. de la Universidad de San Marcos, 1959, 233 p.

vocadamente que en Italia, Valdelomar se empapó de la influencia de D' Annunzio, cuya obra pudo conocer de cerca, y de toda la literatura que le era afín. Pero lo evidente es que en Roma precisamente se despojó de esa influencia d'annunziana y afirmó su sentido de escritor americano. Así fue en efecto, al revés de lo sucedido con tanto escritor desarraigado. Los escritos de Valdelomar que acusan influjo d'annunziano son de fecha anterior al viaje, como "La ciudad de los Tísicos" o "La ciudad muerta" (de 1910 u 1911) y justamente los relatos de más sentido americano y menos finiseculares que salen de su pluma, se escriben a partir de la estada romana. A punto de dejar el cargo que desempeñaba, a comienzos de 1914, Valdelomar visita Florencia y Milán y produce su renuncia, inicia el regreso por la ruta de Marsella. Encuentra allí a su compatriota Riva Agüero, también afirmando su peruanidad en Europa, en vísperas de componer su famoso ensayo sobre Garcilaso, el Inca. Sigue a París a mediados de marzo de 1914, cuando ya se hace tensa la política europea. Su intención más personal era seguir a España y no lo hizo lamentablemente por escasez de recursos, y por atender a sus familiares dejados en el Perú con quienes se sentía moralmente obligado. Visita París, de paso, pero vive intensamente los días que le dedica. Muestra de su experiencia parisina es la estrofa siguiente:

En París, una noche, una dama, el Destino
y mi sudamericana curiosidad
lleváronme hacia la maravilla
deslumbrante y sonora de Luna Park

Allí en París, en Luna-Park, entre la alegría de turistas mediocres encuentra Valdelomar un grupo de cafres salvajes, negros de algún perdido rincón de Africa, llevados para saciar el ansia de exotismo. El poeta se conmueve y siente que aquellos desventurados han podido serlo también sus amados indios o "cholos" peruanos:

Y pienso: pobres salvajes míos
¿qué cosa haceis en Luna-Park?
Estas gentes, hermanitos incautos,
después de compraros os venderán
y os harán el gran daño
de quererlos en pago civilizar.

¡Infelices salvajes!, no más bosques ni ríos,
No más valles fecundos, no más asar
cabritillos silvestres en las fogatas rojas
ni vencer la furia del brutal elefante,
ni del inquieto tigre, ni del león iracundo
¡Os van a civilizar!

El poeta vuelve y se afirma a lo suyo, incrementando su fuerza creadora, en medio de esa experiencia europea. Francia no tuvo el efecto de superfluo deslumbramiento en su alma. Por el contrario se afirmó y perfiló allí su personalidad fulgurante y extraordinaria, al contacto de esa Francia de pre-guerra, despreocupada e incrédula, lánguidamente sensual y frívola, ávida lectora de Maupassant y de Barrés, de Maeterlinck y de Lorraine,— como antes y después en la eterna Italia y sobre todo en esa Roma "triste y melancólica" afirmada en un pasado de ruinas y en las explosiones materialistas del futurismo de Marinetti—, y adquirió un enfocamiento realista del arte y una aproximación constructiva a la naturaleza americana, viviente en sus paisajes de la costa peruana y en el alma de sus habitantes nativos, móviles de toda su creación literaria posterior. Fenómeno semejante iba a operarse once años después, desde 1920, en otro gran escritor peruano, José Carlos Mariátegui, quien emerge con un sentido positivo y realista de su viaje y estada en el Viejo Mundo, abandonando ingeniosos pero vacuos idealismos de juventud.

Valdelomar en Nueva York

Vale la pena detenerse en su breve experiencia norteamericana. Valdelomar arribó a Nueva York a fines de junio de 1913 y reside allí varias semanas en espera del barco de conexión para Europa. Un escrito suyo recientemente revelado, el prólogo a un libro que nunca se publicó, *El Alma Encantada*, recoge impresiones muy vivas de la gran ciudad de los rascacielos:

"Vi casas tan altas que se perdían en la celeste vaguedad. Por el aire curvábese la serpiente de un ferrocarril; en la tierra, enormes bocas abiertas atraían y se tragaban a infinidad de gente que por otras bocas salían, como por encanto de una extraña digestión. Un lenguaje de jotas y de kaes, mezclado con negras nubes

de humo, vomitado por invisibles chimeneas, me robaba el oxígeno. En amplias calles atropellábanse millones de seres apurados, y aquel río humano, interminable, sonoro, obsesionante y dantesco, en medio de máquinas, sobre puentes, bajo alambres, hundiéndose ora en la tierra, elevándose luego en el espacio, rodó, rodó todo el día, fatigante y mortal, hasta que llegó el luminoso prodigio de la noche.

¡Oh, mis nervios! ¡Oh aquel mar de fuego, en medio del cual como náufragos, se debatían funambulescamente mis semejantes! Cruzaban como flechas fugaces y veloces, los autos, los motos, los tranways, los taxis, los ómnibus, las mujeres y los hombres. Tales mariposas de luz. En los enormes muros la luz hacía prodigios fantásticos. Veíanse en el cielo, sobre la ciudad o en medio de ella, en luces, caprichosas danzantes, hombres que boxeaban, botellas estallando en precioso licor, y letras, letras grandes, chicas, gruesas, delgados, redondas, góticas, griegas, en luces rojas, azules, verdes, amarillas, moradas, lilas, violáceas y rosas; y zapatos, caballos, mujeres, botellas, violines, fonógrafos, naipes, dientes, corsés, estómagos, monturas, cruces, sombreros, maletas y cigarrillos. Todo en luz! Todo en luz! Todo en luz! ...

Un joven amigo, que nos acompañaba, llevóme de la mano como Virgilio al Dante, en medio de ese infierno luminoso que mi imaginación jamás soñara, y me dijo en la confluencia de dos de esos ríos desbordantes, señalando con el brazo extendido:

— Esto, esto es Broadway —y girando un poco agregó— y esto de acá es la Quinta Avenida. Estamos pues en el cruce. Este es el Centro del Mundo.

Palpábame yo para estar seguro de que aquello era real, mientras pasaba la humanidad como un río que arrastra sus piedras, y de repente aquel mundo incontenible que rodaba, que parecía incapaz de detenerse ante nada, avasallador, monstruoso, atilino, quedóse inmóvil como congelado en un movimiento sorpreso.

— Qué pasa, qué pasa? —interrogué, preveyendo no sé qué extrañas catástrofes.

¿Qué poderosa fuerza extraterrestre había podido inmovilizar a aquella humanidad hormigueante?

— Mira —me respondió mi amigo, señalándome a un hombre colosal, que se erguía en el centro matemático, con una pequeña vara en la mano— mira, aquí no es como *allá* ...

El hombre que había levantado la varita era el *policeman*. Bajóla luego serenamente y el mundo siguió su curso normal y cotidiano... Tuve una sensación de tornillo".

Esta es la sensación directa y vivida que contrasta con algunos rastros de impresiones que se recogen en sus obras, de la etapa anterior o posterior a su estada en Nueva York. Hay impresiones imaginarias previas a su encuentro con la gran ciudad, ficticias, intelectuales, como aquella de "El beso de Evans" (publicado en *Balnearios, Barranco*, 13 de agosto de 1911 y corregido después del viaje para la edición en volumen de 1918): "Lady Alice piensa en América. Fantásticamente hace surgir del nebuloso horizonte el continente de los hombres rudos... Casas inmensas. En estatua colosal, una mujer extiende el brazo, coronada, y señala el camino entre el océano agitado: Nueva York".

Exactamente como en el prólogo recientemente publicado: "vi casas tan altas que se perdían en la celeste vaguedad". Pero aparte de esa impresión que fue ficticia, Valdelomar recoge toda la sensación del ambiente cosmopolita de la gran ciudad en sus llamados "Cuentos yanquis". Xammar ha hecho referencia al "criterio deportivo" que norma estos cuentos y a su condición de "capítulos episódicos en el destino de su obra", ... y que ... son irónicos y revelan ingenio, despreocupación, intrascendencia".

No participo en toda de estas afirmaciones un tanto desdeñosas. Como veremos en seguida, esos cuentos de ambiente norteamericano adquieren una especial significación como relatos de honda elaboración y en cuanto constituyen documentos de captación de otras realidades vividas, a la inversa de lo que implican por ejemplo, sus "cuentos chinos", pura expresión de fantasía decadentista y exótica "con finalidad política, y que desmerecen, más que acreditan, el balance de la obra". (Xammar).

Llegado al lugar de su destino, Roma, Valdelomar escribe con la experiencia tenida en el puerto de Nueva York, y fechado en julio de 1913, su segundo cuento "yanqui" titulado "Tres senas; dos ases" (publicado en *La Prensa*, Lima, julio de 1915). El primero había sido "El suicidio de Richard Tennyson", publicado a comienzos de 1910 en *Varietades* (números 100 y 101, Lima 29 de enero y 5 de febrero de 1910, págs. 145-146 y 183-186, dedicado a Manuel Beingolea), y no mencionado en ninguna de sus bibliografías. Este cuento tiene además la característica de ser su primer escrito en prosa —y su primer cuento— aparecido en revistas, ya que hasta

entonces (o sea hasta 1909) sólo había publicado poemas o ilustrado periódicos diversos con sus caricaturas. Este cuento "yanqui" fue corregido y ampliado en Roma, valiéndose ya de su reciente experiencia neoyorquina, y rebautizado con el título "El Círculo de la Muerte", nombre con el cual se publicó nuevamente el año subsiguiente en *Colónida* (Nº 2, Lima, 1º de febrero de 1916) y se incorporó después dentro de la recopilación de su obra cuentística en el volumen *El Caballero Carmelo*, Lima, Imp. de la Penitenciaría, 1918). Así pues, de sus cuentos con ambiente foráneo, aunque anteriores al viaje, como "El beso de Evans" (de 1911) y "El suicidio de Richard Tennyson" (de 1911) Valdelomar modificó muchas referencias ambientales, adicionándoles nuevos elementos de paisaje captados en el viaje o corrigiendo inexactitudes. Resultaría muy ilustrativo y provechoso en la estimativa de Valdelomar, estudiar las variantes introducidas.

En el otro cuento yanqui, "Tres senas; dos ases" (aparecido en *La Prensa*, Lima, julio 7 de 1915) y que corresponde a la etapa posterior al viaje, está descrito el ambiente con delicada fidelidad: "Invité a almorzar a Irving para el día siguiente, en Coney Island. Iríamos en auto. Nos despedimos. En efecto, a la hora precisa, el auto de Irving se detenía en el Wotham Hotel, y juntos nos dirigimos hacia Coney Island. Atravesamos las avenidas congestionadas, los edificios colosales huían a nuestro paso, y por fin, pasado el puente de Brooklyn, entramos en aquella maravillosa avenida de abetos que sombrean la asfaltada carretera que conduce a la playa infantil de Coney Island. Allí elegimos un hotel que da al mar, y en una especie de recodo conversamos largamente..."

Los apuntes descriptivos no son frecuentes, pero sí ajustados en presentar lo particular del medio en que se desenvuelve la narración. Sin embargo, parece preocuparlo más el lograr la caracterización típica de los personajes: los dos amigos y la amante de uno de ellos, perfilados con maestría de cuentista, logrados con acierto en sus actitudes, en sus reacciones y en su mentalidad típica de norteamericanos.

Vividas o no vividas, las impresiones norteamericanas de Valdelomar resultan justas y exactas, al menos para su momento. Con ligeros recortes aún hoy lo serían también. Enfoca desde luego al norteamericano común, no al hombre selecto o de "elite". Para él, el yanqui es un individuo que persigue siempre el enriquecimiento por medios inverosímiles, sin traicionar su practicismo innato,

Demuestra siempre su eficiencia en sacar partido material de los más absurdos planes y existe en él cierto estoicismo y frialdad para afrontar tranquilamente la muerte o para llevar adelante su decisión de convertir en bienes económicos y tangibles elementos que pertenecen al mundo espiritual.

Le sirven de base para su creación imaginativa algunos factores estadísticos bastante realistas y verdaderos: el alto porcentaje de los suicidios, el desarrollo numérico de los seguros de vida, la afluencia de grandes multitudes a los espectáculos, el auge multitudinario del sensacionalismo, la ausencia de emotividad para afrontar los problemas de la vida y la ingenuidad en las relaciones de los hombres.

Si comparamos la concepción norteamericana de Valdelomar con la de Juan Manuel Polar, el celebrado autor de "Don Quijote en Yanquilandia", podemos concluir que el primero cala en lo fundamental mientras el segundo utiliza un método simplista de mera exposición imaginaria y creacionista, contraria a todo verismo. Valdelomar no ha trastocado la realidad viviente del mundo norteamericano, y tanto su concepto realista como la insinuante y exótica realidad que capta, muy siglo XX, podría decirse que se encuentran actualmente vigentes. Sin duda, el cuadro de Polar responde a un concepto ya caduco en América Latina de lo que son sus vecinos del norte, por lo general prendido a la imagen idealista y errada de Rodó. Sólo habría que reprochar a Valdelomar su insistencia, algo maniática, en vincular siempre su escenario yanqui a las situaciones macabras y a la temática monótona del suicidio especulativo. Todo ello sin desmerecer desde luego su alta calidad literaria.

* * *

Como alcance a dos recientes publicaciones que ofrecen nueva luz sobre la vida y la obra de Valdelomar y compilan algunos textos suyos por primera vez revelados y recogidos en volumen (2) damos publicidad a un conjunto de escritos en prosa del mismo autor producidos entre 1911 y 1913, en época anterior o coetánea con su única experiencia de viaje al extranjero (Estados Unidos y Europa) entre agosto de 1913 y marzo de 1914. Ellos son "La ciudad

(2) Los textos recientes son los mencionados en la nota anterior.

muerta", novela corta, de título e inspiración d'annunzianos, publicada en *Ilustración Peruana*, números 80 y siguientes (Lima, 12, 19 y 26 de abril y 3 y 17 de mayo de 1911) y las cinco "Crónicas de Roma", enviadas como correspondencia de viaje desde la Ciudad Eterna al diario *La Nación* de Lima, (que las publicó en sus números del 21 de noviembre y 23 de diciembre de 1913 y 21, 24 y 30 de enero de 1914). Aunque de género distinto y de actitud diferente, corresponden a la misma etapa de la transformación espiritual de Valdelomar. Mientras en "La Ciudad Muerta", novela corta, se anota inevitable y notoria influencia foránea, en las crónicas romanas puede advertirse ya el cambio favorable que el impacto del viaje ejercerá en un temperamento exquisito como el de Valdelomar, esto es, que la realidad europea sirve al autor para afirmar su sentido americano y una original concepción literaria, despojada en la propia Italia, del influjo arrollador del autor de *Las vírgenes de las Rocas* y en la propia Francia, de la sugestión que sobre él ejercía el decadentismo de Lorraine y Huysman. Esas crónicas muestran un cercano parentesco con algunas de las posteriores crónicas de viaje de José Carlos Mariátegui y con los artículos y breves ensayos en prosa de José María Eguren que hace poco he publicado (3).

De otro lado, las recientes publicaciones a que he aludido y la presente, demuestran un hecho muy singular: que Valdelomar suele viajar de dos maneras, o sea en forma ficticia, en alas de la imaginación, o en forma real, incorporando sus propias y vividas experiencias del viaje cierto. Al parecer "La Ciudad Muerta" sería el producto de un viaje a Río de Janeiro, que nunca hizo y donde nunca estuvo. Otro cuento suyo "El beso de Evans", ambientado en Marsella y París, (publicado en *Balnearios* el 13 de agosto de 1911) se escribió mucho antes de su estada en Francia en donde estuvo precisamente dos años más tarde, en Marsella y París y por dos veces (julio o agosto de 1913 y febrero de 1914).

Por lo tanto, participa de la misma característica de relato ficticio que tiene "La ciudad muerta", aunque posteriormente sufrió variantes provenientes del viaje real.

En Brasil nunca estuvo Valdelomar, y por la época de com-

(3) José María Eguren, **Motivos estéticos**, recopilación, prólogo y notas por Estuardo Núñez, Lima, Patronato del Libro Universitario. Imp. de la Universidad de San Marcos, 1959, 228 p.

posición de "La Ciudad Muerta" (febrero de 1911), el autor, universitario de San Marcos, se dedicaba a la campaña política de su caudillo predilecto, el futuro Presidente del Perú don Guillermo E. Billinghurst. Este le dió desde el poder, la oportunidad de viajar como diplomático, a Europa, mas por la vía de New York, entre mediados de 1913 y comienzos de 1914. Si bien Río de Janeiro no estuvo en su itinerario, el destino lo llevó realmente a Norteamérica y a Europa, en donde se opera con las nuevas vivencias y el impacto del conocimiento de medios extraños, una honda transformación de su sensibilidad, la liberación de influjos juveniles y el descubrimiento de su auténtico destino de creador americano.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

La Ciudad Muerta

POR QUE NO ME CASE CON FRANCINETTE

POR ABRAHAM VALDELOMAR



A Don Juan Bautista de Lavalle, enamorado de las glorias viejas, intérprete de los lienzos antiguos, admirador religioso de todo lo que el tiempo ha deshojado y ha tornado triste y marchito, dedico estas páginas escritas sobre una ciudad en ruinas. Sea bondadoso con ellas.

A. V.

Le passé c'est un second coeur qui
(bat en nous...)

Il bat. Quand le silence en nous se
(fait plus fort,

cette pulsation mysterieuse est là
qui continue... et quand en rêve il

(bat encor,
et quand en souffre il bat, et quand

(en aime il bat
toujours... C' est un prolongement

(de notre vie...
Henry Bataille

I

En el "Atica", sobre el mar de Río Janeiro, Brasil, febrero 12 de 1911.

Adorable Francy:

Todavía me arrepiento de haber dejado bajar á tierra á ese hombre, pero le echo la culpa a la luna. Es ella la cómplice de todos los crímenes y, en muchos casos, la instigadora. Está usted

segura, mi adorable Francinette, que cuando ella tiene esas notas de luz casi verdes como si se copiara á través de una falsa esmeralda, algo extraño está pasando sobre la tierra. Yo soy médico y he podido observar el efecto de esas nubes de luna en esos enfermos de locura y en los alucinados, en los criminales, en los neuróticos, en los artistas. En los artistas sobre todo.

La luna de Pierrot es una luna blanca y redonda, vulgar y buena, pero Pierrot no mata. La luna de Salomé, la luna bíblica, es misteriosamente bella y bajo su luz pecadora besa los labios ensangrentados de Jokanahan. A veces creo, encantadora amiga, que la luna que brillaba sobre C" " no era la luna que iluminó los caminos del Señor, ni la que bañó de plata los trigales del Egipto, ni la que se copiaba en el lago cuando se forjó la leyenda sublime del Imperio del Sol. Esa luna ha debido ser la luna de Venecia de los Dux, la que alumbró á los fundadores de Inglaterra, la que dió su color á Catalina II y guía hacia el amor al barco nacarado de Marco Antonio. Cómo me vienen a la memoria los versos de este admirable espíritu:

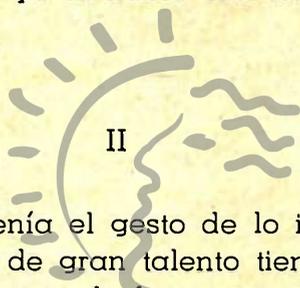
*"Dime oh reina de la noche si en tu lánguido semblante
palideces hoy de vicios o blancuras de inocencia".*

Si Ud. —¿se acuerda?— en el saloncito del Continental, cuando estábamos de novios, no me hubiera contado el motivo de su viaje á América, yo me habría casado amiga mía, porque la amaba entrañablemente, la amo aún. Mi amor, Francy, ha salido de una tonalidad infinita y única. ¿Por qué me lo dijo usted en vísperas de casarnos, cuando hacía ya quince meses que nos conocíamos? Después de aquella noche no debíamos vernos más. Entre nosotros se elevaba sombría, siniestra la figura de Henri. Y usted que ignoraba, que ignora todavía la hora negra.

Es necesario que conozca esta horrible verdad para que disculpe mi conducta que á no escribirla esta carta no sería la de un caballero y crea usted Francinette que lo he sido y lo seré siempre. Aquella noche —¿se acuerda?— la luna estaba casi verde también. Usted quiso hacerme una confidencia á la que tenía derecho porque debíamos casarnos ocho días más tarde y empezó a contarme cómo había usted conocido a Henri desde niño, cómo habían crecido casi juntos y cómo, antes de casarse, Henri pensó en su viaje á América rentado por su editor después de su novela "Misterio" y cómo al volver a Francia debían ustedes casarse y pasar la temporada en Ostende.

Luego se ensombreció su rostro y dolorida me dijo usted que Henri no volvió nunca a Francia, que su última carta la recibió usted fechada en C''', donde yo viví tanto tiempo, sin saberlo usted, y que abandoné para radicarme en M'''' donde nos conocimos. Es, concluyó usted, el motivo de mi viaje; pero estoy segura que yo no encontraré jamás á Henri en el mundo, lo he perdido para siempre. Después —no me olvidaré nunca— nos despedimos. Eran más de las once y yo tomé el barco aquella misma noche para viajar siempre, viajar eternamente, lejos de la paz de las poblaciones que me recuerdan á Henri y de los puertos encantadores que me la evocan á usted, Francinette.

Ahora le escribo desde la alta mar que baña Río Janeiro. Pronto llegaremos al puerto donde dejaré esta carta. Llegará?... No llegará. Por lo menos yo la habré escrito. Ahora haga ánimo y escuche mi relato.



Henri D' Herauville tenía el gesto de lo insondable. Usted lo sabe: todos los hombres de gran talento tienen un gesto particularísimo. Hugo tenía un gesto de fiera acorralada: en él eran los ojos de Byron, el del insaciable, el gesto de los golosos de amor no satisfechos nunca. Sarah, el gesto de toda su raza en éxodo, una mirada nómada, casi bíblica. Mendelssohn, el de la pavora. Cervantes, el de la seguridad. D'Annunzio, el del convencimiento.

Henri había venido á C'''' el puerto, por conocer la ciudad vieja que se extiende detrás, á tres kilómetros del mar. Yo era médico en C'''' y tenía que recibir el barco. El "Jeroboam" llegó á la bahía á las doce en plena noche, con un mar agitadísimo y con una patente sucia. Opté por no recibirlo y dejar en cuarentena el barco. Estaba en el camarote del piloto, habiendo salido éste, cuando se acerca á mí un caballero y me dice en español con marcado acento francés;

—Es usted, señor, el médico que debe recibir el barco...?

—Si, caballero, pero pienso no recibirlo. Trae sucio el patente...

—Necesito bajar a tierra esta misma noche, doctor. Debemos estar pocos días —tres o cuatro— y si estos los gastamos en arreglar el patente, no podré conocer la ciudad vieja ni los subterrá-

neos; y créame que me mortificaría mucho haber dejado mi partida de poker en el Jockey Club y mis sesiones frente á la columna Vendome para conocer los subterráneos de una ciudad colonial de América y no poder llegar á ellos...

—Usted es parisién?

—Francés, pero no parisién. Ha debido usted alguna vez leer mi nombre —agregó el caballero sonriendo—. Me llamó Henri D' Herauville.

—D' Herauville?... Oh, si he leído sus libros...

—Bajaremos, doctor?... (¿y la patente sucia?).

—Bajaremos, caballero.

Y esa noche ocupaba tranquilamente un departamento del Insular-Hotel, después de haberme invitado á cenar. En la cena se limitó á pedirme ciertos datos y concluyó aquella dándome un apretón de manos:

—Espero á usted mañana á la hora del desayuno... ¿vendrá usted?...

—Vendré, señor D' Herauville...

Aquella noche saqué del armario "Misterios" de mi nuevo amigo y leí casualmente la página del silencio. Aquel hermoso capítulo que usted conocerá, Francinette; ese artículo de las perspectivas, de las proporciones y de los gestos; aquella pintura de Little Tich tan intensa y tan gráfica del silencio, que el autor de "El Cuervo" no la habría soñado mejor. Usted sabe las imágenes macabras, lorrenescas que provoca el libro de Henri; los locos serían capaces de volver á la razón con sus narraciones.

Al día siguiente, viernes, fuí al Hotel Insular. Ya Henri me esperaba, pero aún estaba en cama. Me hizo entrar. Se despe rezaba en el lecho pero bien se conocía en sus ojos que no había dormido tranquilamente.

—Coja usted un cigarro de la petaca, —me dijo— son egipcios auténticos. Estoy seguro que no los ha fumado mejores. Entre tanto yo me levantaré; el baño me espera en la otra habitación. Usted proceda como en su casa.

Se había colocado un kimono de seda gris y unas pantuflas bordadas. Sacó de la maleta abierta sobre el sofá, polvos, frascos y cepillos y haciendo una graciosa reverencia se perdió en la habitación contigua:

Entonces junto a la maleta vi varios libros y encima de las ropas un dije raro y curioso. Un esqueleto de marfil viejísimo que

tenía sobre la cabeza una antorcha ardiendo. El fuego eran varios rubíes que rodeaban á uno de gran tamaño ¿Conoció usted este dije, Francinette?... Poco después regresaba Henri.

—Qué tal el baño, señor mío, le dije.

—Agradable. La luz del cuarto mala. Pero hablemos de C'''' y de la ciudad vieja mientras hago mi toilette.

— Con una condición.

— Cuál?

— Que desista usted de ir á conocerla...

— Pero cree usted en todo lo que se dice de la ciudad?...

— Si le refiero lo que sé de ella, me permite usted no ir?

— Según lo que usted me refiera, doctor.

— Creo que le convenceré.

III

LA CIUDAD COLONIAL

Yo le dije:

— Campo de gules. Tres estrellas y en el centro una corona real. El escudo es de forma romana y termina en un penacho de tres plumas doradas y la leyenda "Hic est Stella regis". Esta es la estrella del rey. Como usted sabe fue una poderosa ciudad tan orgullosa y celebrada que se diría que el tiempo ha querido castigar su orgullo como á una mujer coqueta...

— Cuando cayó?...

— Estas ciudades, amigo mío, se fueron con la dominación hispana. Estas ciudades netamente españolas no podían vivir la delictuosa época de la República. Eran como esos nobles arruinados que, perdida la hacienda, se pegan un pistolazo sobre el mismo tapete, antes que hacer una vida humilde. Nobles sin hacienda o damas aristocráticas que se niegan a lucir pobres en los sacros los restos de su pasada grandeza.

La independencia, palabra inventada para matar reyes y destruir recuerdos, mató á muchas de esas ciudades coloniales nobles y florecientes. Algunas dejaron que los mulatos independizados, los soldados ensoberbecidos, los criollos opulentos, pisotearan sus escudos, hollaran sus blasones y deshojaran sus lises de oro, mas esta que á nuestros pies duerme el sueño de la muerte perteneció á las rebeldes, á aquellas que como Saúl se arrojaron

sobre el filo de su espada antes que ver la humillante sonrisa del vencedor...

— Luego es una ciudad que murió íntegramente colonial?...

— Sí. El hálito de la república, que estallaba como un fermento, no logró invadirla. Tal es hoy, como fue con el último virrey y con el último prelado que visaron las armas reales. Verdad que hoy sólo queda de tanta gloria el cadáver de la ciudad y uno que otro apellido ilustre rodando por el mundo...

Entre esos muros terrosos y caídos, entre esas palideces de polvo, bajo esos techos derruidos, se dieron un día las fiestas más espléndidas. Por esas escalas que hoy nadie transita, ascendieron cortes de virreyes con capas bermejas, espadas de oro y damas blancas como lirios. Por sus calles silenciosas y despedradas hoy, pasaron los caballeros y las calesas; éstas con su tren dorado, sus caballos forzosos y sus portezuelas selladas, aquellos con sus sombreros de picos, sus enredadas largas piernas y su trenzada cabellera rubia, mientras á través de los biseles transparentes se esfuma el rosa de las mejillas empolvadas sobre el terciopelo, como un desmayo de colores.

Conoce usted esta evocación de la ciudad?...

Escuche:

Biblioteca de Letras
LA EVOCACION DE LA CIUDAD DORMIDA...
«Jorge Puccinelli Converso»

Por la ciudad en ruinas todo invita al olvido...
los viejos portales y la plaza desierta,
el templo abandonado... La ciudad se ha dormido...
¡No hagáis ruido!... parece como que se despierta.

Una sombra se esfuma bajo los portales
y se pierde en el templo donde ha muerto el sonido
de los lánguidos kyries y de las oraciones,
y en medio del silencio de sus meditaciones,
la ciudad se ha dormido...

Las escalas de mármol que ascendieran antaño
los nobles con escudos de lysés y de estrellas,
ocultas desde entonces tienen cada peldaño
y ahora ¡pobres escalas! nadie sube por ellas.

Las sombras de las damas de las venas azules
y manos transparentes, cuando agoniza el día,
lloran entre la sala donde rieron sus tules
la tristeza infinita de la sala vacía.

Y quedan los recuerdos que son como trofeos
sedosos miriñaques y mitones bordados,
calados abanicos y griegos camafeos
que plegaban las telas en los hombros rosados.

Y los trajes sedosos brillantes, como soles,
que las damas lucieran en noches virreynales
enhebrados en perlas, con luces tornasoles,
largos como las colas de los pavos reales.

Pasa sin hacer polvo llevando á un caballero
bajo el arco que forman los frisos de la puerta
la calesa que guía el viejo calesero
en la empolvada ruta de la calle desierta.

Todo marcha en silencio con la luna de estío
hacia el viejo palacio de los inquisidores.
La luna castamente se copia sobre el río
y se disipan estos cuadros evocadores...

«Jorge Puccinelli Converso»

Por la ciudad en ruinas todo invita al olvido...
los viejos portalones y la plaza desierta,
el templo abandonado,... La ciudad se ha dormido...
¡No hagáis ruido!... parece como que se despierta...

— Sí, si señor D' Herauville, por allí, por las calles de esa ciudad
muerta pasaron los soldados del rey, las músicas de los clarines,
los caballos espumosos y violentos, de largas crines y serenas co-
las; los pregoneros de dulces de azúcares blancos y de almen-
dras y de frutos de nogal almibarados y tiernos; las tapadas de
ojos incendiarios, las damas de la corte, las criollas riquísimas
que hacían de sus trajes obras de arte y de tiempo y los severos
administradores de justicia, los reales oidores, los guardadores
del tesoro.

Y en esas noches de luna que hoy ven la ciudad muerta co-
mo el cuerpo abandonado de una amante en desgracia, cuántas

citas de amor tras de las rejas, cuántos caballeros caídos de una estocada, cuántos virreyes disfrazados salvando muros, atravesando frondas de granados en flor y de naranjeros y jazmines para llegar á la ventana estreabierta ó á la celosía de una noble Julieta.

Esos palacios, que no otra cosa eran, y en los que bajo el estucado de los techos ó las alegrías de los cielo rasos pendían arañas monumentales con bujías rosadas, en esos salones donde habían amorcillos, marquesas y nobles perfiles en relieves dorados, vitrinas que encerraban San José y baratijas, vírgenes y amuletos, frutas maduras enhebradas en hilos de oro, nísperos forrados en papeles de plata y negritos vestidos de boda.

Aquella noche no se por qué, Francy, venían a mí los recuerdos con más claridad y firmeza. Mi imaginación evocaba mejor que nunca la ciudad colonial y le seguía contando a Henri:

— Hay un arco truncado, le decía, donde termina la población. Era el arco triunfal bajo el que entraban á la ciudad sobre ladrillos de plata maciza y hierbas aromosas los virreyes y su corte, los arzobispos y sus morados familiares. Las damas aristocrática les arrojaban flores y hacían pender de los barandales de sus balcones tapices finísimos y mantones bordados.

Y los trajes. Sedas purísimas, velos transparentes hoy descoloridos por el tiempo, con piedras incrustadas en derroche como en los modernos cuadros de Mancini, que son verdaderos joyeles. Gorgueras impecables, mitones de hilos inverosímiles, miriñaques, abanicos de marfil y gasa con amorcillos y mariposas, camafeos que juntaban pliegues sobre hombros de rosa, peinetas monumentales del color de las cabelleras y, sobre todo aquello, un par de ojos con visiones de Versalles y un par de labios con sentencias horacianas.

Imagínese usted D' Herauville la ciudad viva. Son las cuatro. En casa de los marqueses se toma la comida de la tarde. La vajilla de plata, signada con escudos reales, ofrece en sus fruteros manzanas pudorosas, melocotones aterciopelados, nísperos rojos, lúcumas como yemas de huevos y granadas reventando como cofres de rubíes. Las granadas maduras! Joyeles de vinos de las piedras sangre, las piedras labios, las piedras herida!

¿Conoce usted la evocación de las granadas. Ahora están descoloridas, pero en un tiempo fueron rojas.

LA EVOCACION DE LAS GRANADAS

Orgullosas y frescas se elevan juntas
sus coronas, coronas de cinco puntas
que va á ofrecer abril,
cúpulas en que rojas flores marchitas
duermen; y que se elevan como mezquitas
por donde el fruto se va á abrir...

Las Granadas redondas como joyeles
son ánforas que ocultan líquidas mieles,
como la sangre del rubí,
y ofrecen á los ojos formas poliedras
talladas y bermejas, líquidas piedras
en rota esfera de marfil...

Triunfando en el tranquilo follaje espeso
cada fruto es un labio que ofrece un beso
bajo la sombra del jardín.

Y las que aún no maduras crecen cerradas
son los redondos pechos de las amadas
que nos reserva el porvenir...

Ahora, amigo mío, me imagino ver llegar á los saraos á los nobles en sus caleas doradas y desfilar ante los cuadros de Rubens.

Los cuadros de Rubens que tienen el claroscuro de esas épocas lejanas que se ensombrecen con los tiempos inquisitoriales y lucen por las épocas de fasto, de boato y de grandeza, por esas fiestas que no volverá á ver la historia.

En el centro se eleva el Tribunal caído de la Santa Inquisición. No es verdad que había mucho de justicia en aquellos santos oficios? Quemar á los infieles, á los herejes, á los hechiceros! Había á través de esas crueldades un profundo amor á la Historia y al Pasado. Los severos inquisidores amaban, más que nosotros, aquellas cosas. Para ellos deshojar el encanto de las creencias, deshacer el pasado con un estudio arqueológico, quitar la gloria á un personaje de otros siglos porque se hubiese descubierto una nueva verdad, eran crímenes horribles. Ni la verdad valía tanto para ellos como el Pasado, archivo de recuerdos de esta vieja Humanidad.

Y en verdad señor D'Heraville bien vale que queden las cosas como están, como hablaron á nuestros padres y á nuestros abuelos. Amar el pasado es como alargarnos más la vida... Qué importa que Homero no sea el cantor heleno, el aeda ciego y errante?... Llamemos Homero al que haya sido el cantor. Ya el poeta no es el hombre que se arrastraba en Grecia sino al símbolo de una música sublime que se eleva sobre el mundo, sobre la Raza y sobre el Tiempo.

Dejemos al heleno poeta, al sajón filósofo y al Inca de las narraciones. Garcilaso, Shakespeare, Homero. Qué importa que se llamasen Valera, Bacon, Kalikrates...?

¡Y si usted señor D'Heraville viera los cuadros! Allí hubo Murillos de formas celestiales, Velásquez de caballos panzudos triunfadores, Riveras. Pero esos cuadros quedan como cadáveres que han vivido la misma vida de esas damas jóvenes y lindas que después, al casarse, alfombraban la calle desde sus señoriales mansiones hasta la puerta del templo, de esas damas que después fueron abuelas y que ya viejas se entregaron en cuerpo y alma al pincel de un gran evocador Ignacio de Merino. Estos versos son casi lienzos robados al gran pintor!

LA EVOCACION DE LAS ABUELAS

Yo vi entre la negra sombra de las telas
cual suave conjuro de Hada Melisanda
entre terciopelos, las nobles abuelas
reir en sus golas de telas de Holanda.

Sus labios el fino divino Merino
pintó con la sangre bermeja de bueyes
en tono tan suave, tan rosa, tan fino...
¡Oh aquellas abuelas de rostro divino
que eran el encanto de los visorreyes!

Las manos exangües que besan los velos
son el fiel transunto de las regias manos
que entre las caricias de los terciopelos
pintaron las tintas de los castellanos
al pintar las manos de reyes abuelos.

El oro amarilla los viejos blasones
y en los pechos graves insignias de reyes
y orla ricamente los decamerones
de los finos lienzos cuyas gradaciones
eran el encanto de los visorreyes.

Los pies hebillados, los hilos del pelo
contarse pudieran besando las golas
y el sedoso regio y azul terciopelo
que aristocratizan en el lienzo abuelo
aquellas liliales damas españolas.

Líneas azulinas que en sus manos finas
proclaman augusta prosapia de reyes,
las sangres bermejas, las bocas divinas,
los pies hebillados de aquellas meninas
que eran el encanto de los visorreyes.

Los ví entre la negra sombra de las telas
cual suave conjuro de Hada Melisanda.
¡Que nobles reían aquellas abuelas
en sus golas blancas de telas de Holanda!

D' Herauville me escuchaba con esa religiosidad que después vi en él cuando bajaba el subterráneo y que usted, Francinette, le había conocido.

Tomamos el desayuno hablando de cosas diversas. En seguida invité á Henri á dar un paseo por los malecones y los muelles y á almorzar en mi casa. Henri accedió á mi invitación y ella se cumplió íntegramente. Era el viernes doce de Febrero. Después de almorzar debía yo ir á despachar y recibir un barco mercante y sólo podía estar con él á las cinco. Así se convino y que Henri se quedaría en casa leyendo o escribiendo en la biblioteca.

Todavía después del almuerzo charlamos bastante en el mirador de casa. Desde allí se veía el mar inmenso, la bahía llena de mástiles y la población a la que el calor intensísimo daba un ambiente de ensueño. D' Herauville me hizo repetir algunos versos...

A lo lejos se balanceaba rítmico el "Joroboam". Reinaba en el puerto un profundo silencio y las olas lamían la orilla produciendo un manso ruido de sedas. Entonces bajé en la paz inmensa de la tarde y á poco surcaba el mar en dirección al barco mercante.

IV

LA HISTORIA DEL ROSSO

Comimos en el Insular frente á unas mejicanas bellísimas. Después de la comida les ofrecimos un coche y un paseo en la ciudad por el barrio de los extranjeros. Aceptaron. Nos fuimos deslizando entre alamedas que parecían litografiadas y entre mujeres elegantes con esa elegancia de los grabados de Gosé. En el puerto se come á las cinco de la tarde. Después del paseo, á las seis, dejamos á nuestras amigas y Henri quiso dar un paseo á pie.

— Vamos hasta la portada del norte —me dijo.

— Vamos; estoy á su disposición.

Y caminamos charlando de la ciudad en ruinas.

— ¿Insiste usted en visitar las ruinas, señor mío? —le dije.

— Es mi único objeto. No siempre se puede hacer un viaje á América. No creo, por otra parte, que sea cierto lo que se dice. Los fantasmas americanos respetan á un francés... Pero se dirían que tiene usted miedo, doctor...

— Tal vez... Y esto me presenta ante usted como un mal médico y un vulgar hombre. No es tolerable, piensa usted, que un hombre que se ha pasado la vida entre libros científicos tenga miedo de aparecidos. Bien está; pero hay casos innegables. Son varios los que se han quedado en esos subterráneos: todos los que han bajado.

— ¿No han vuelto más?...

— ¡No!. El señor Lawrence, jefe de los ferrocarriles del sur, bajó con su esposa en 1890. Un pintor saboyano, Rosso Benedetti en 1898. La baronesa Misrahael, compatriota de usted y un señor Berthiel ó Bertleliel, no recuerdo bien, en 1899. Desde esa fecha sólo se sabe del hijo del gobernador civil, Eleo Sans. Todos han desaparecido y nadie ha podido dar con rastro alguno. Ya antes de ahora se hablaba de otros casos y se citaba á un fraile franciscano, á un judío y á un viajero francés...

— Pero eso es demasiado concreto... ¿Usted que los conoce de cerca, ha visto algo?...

— Conozco el caso de Rosso Benedetti. Es la historia más original y la he visto tan de cerca que le suplico señor D' Herauville que no baje...

— Cuente usted el caso.

— Escuche. Rosso Benedetti, pintor de la nueva escuela, pasó casualmente por C' ". Quiso conocer las ruinas de esta ciudad, y aquí, en el puerto, encontró uno de los murillos extraídos de las ruinas, hace muchísimos años. Rosso se hizo grande amigo mío. Tengo, bien escondido por cierto, el boceto que me pintó en casa, es una joya que nunca mostraré y que á usted sólo D' Herauville enseñaré.

Rosso tenía predilección, adoración, por un idolito de palo santo, modelado, según él, por Torcuato Pini, escultor florentino de las Borgias. El ídolo representaba una virgen con el niño en los brazos, todo en un solo trozo de madera de doce pulgadas. Efectivamente la escultura era un prodigio. Rosso la llevaba consigo y jamás se había separado de ella desde que su madre se la puso en las manos. El creía que cuando se separaba de ella, algo malo le pasaba.

Una tarde Rosso quiso ir á las ruinas y, como usted, bajar á los subterráneos. Hice lo posible por disuadirlo de su empeño.

— Vamos — me dijo — me deja usted en el cerro.

Yo consentí. Desde el cerro que divide la ciudad del puerto se domina perfectamente las ruinas con su anteojo. Así pues le acompañé. Subimos el médano y al doblar sobre él para descender á la ciudad, me dijo:

— Espéreme hasta las cinco. Son las cuatro apenas. Si no regreso hasta esa hora puede usted hacer como quiera, mas — dijo sonriendo — si como dicen no se está allí muy á gusto, daré golpes en los muros hasta que venga usted por mí. Adiós.

Y se fue Rosso tranquilo hacia las ruinas mientras yo le veía alejarse claramente desde el cerrito de arena con mi anteojo.

Pronto llega. Examina una construcción, pasa por un templo, se interna, luego sale y se dirige al centro. Ahora se pierde de vista en unas callejuelas pero reaparece por el lado del río, pasa el puente y ya lejos, más pequeño, llego á mirar cómo saca un papel del bolsillo, lo consulta, lo guarda, destapa en la plaza la entrada del subterráneo, me mira desde allí, y me hace un saludo con el pañuelo. Le contesto y luego principia á bajar un escalón... otro, luego otro, otro, otro... y desaparece en el suelo.

Entonces principio á esperar. Son las cuatro y veinte minutos. Espero, espero. Ya me parece que va á asomar la cabeza rubia del buen Rosso, ya pienso que se ha perdido en la obscuridad.

Las cinco! Rosso no ha vuelto... Principio á temer... Dudo. ¿Se habrá perdido Rosso?... Espero. Las cinco y cuarto. Rosso no ha salido aún. Entonces verdaderamente nervioso me decido a bajar e ir acercándome prudentemente en la ciudad en un indescriptible estado de ánimo. Bajo. Principio á entrar en las ruinas. Aquí pasa algo horrible, D'Heraville. No puedo dudar que lo sentí aunque pudo ser resultado de mis nervios excitados. En una piedra enorme cerca de una casa caída me siento a descansar, á limpiarme el sudor de la cara pero ¡oh, que impresión! saco mi pañuelo cuando ¿qué cree Ud. que sentí?. Los golpes, señor D'Heraville, los golpes, Los golpes de Rosso abajo, profundamente abajo, en el seno de la tierra. Un frío intenso me bañó. Créame usted, tenía miedo. ¿Debía avanzar para buscar al amigo?... Debía arriesgarme en un misterio insondable y negro para buscar á Rosso?... Tal vez si; pero yo no tuve valor para hacerlo.

Por otra parte ya eran las seis, el cielo, como ahora, enrojecía, y yo, sin discutirlo, tomé el camino de vuelta. Llegué a mi casa jadeante, delirando; estuve doce días en cama con fiebre alta y sintiendo por todas partes los golpes de Rosso sobre el muro. Entonces cambié de casa y me vine á vivir al hotelito que usted conoce donde traté, viviendo acompañado de una linda muchacha, de olvidar. No podía estar tranquilo, mis recuerdos y mis nervios eran mis peores enemigos. Por fin curé un poco, cuando supe, un año más tarde el caso de la señora Misrahael y del señor Bertleliel o Berthiel, entonces, no sé porque me sentí más tranquilo; tal vez, si fue, porque el caso de estos hacía olvidar y evitaba comentarios sobre la desaparición de Rosso.

Pero no había de terminar aquí mi mortificación. Una mañana, seis años más tarde, amanezco neurótico. Un temor de algo que no conocía me invade. Todo me da recelo. Pienso como si, de una habitación oscura fuese á salir un hombre para asesinar-me. Salgo de mi casa. Voy al Insular y encuentro á la señora Bre-tigne con sus dos niñas: Claudine y Fiorenze.

— ¡Oh señor doctor, llevadnos a la playa! Queremos coger conchas! Llevadnos doctor, seremos buenos, ¿verdad Claudine?

— ¡Oh si! Llevadnos, dile Fiorenze, que nos lleve!

Las rubias chiquillas me ofrecían una ocasión para disiparme.

— ¡Bien! iremos; pedid permiso y dad un beso a mamá.

Bajamos, yo entre las dos y cogiéndolas de las manos, las escaleras de madera del Insular, que dan a la playa, y nos alejamos sobre el arenado húmedo que besaban las olas desmayándose. Pronto nos alejamos del hotel y yo me eché sobre la arena mientras las chiquillas jugaban. Me había abstraído completamente. Detrás de mí, yo miraba hacia el mar, se elevaban las rocas musgosas que sangraban agua cristalina, Claudina hacía un castillo de arena húmeda y lo reconstruía cuando la ola se acercaba á sus frágiles muros, mientras Fiorenze, cerca de las rocas, cogía conchitas, huesos blancos de aves marinas, plumas, y formaba un montón de deshechos sobre su mandil.

Yo pensaba. Dejaba correr mis ideas sobre el mar inmenso y oraba con la naturaleza con toda tranquilidad que solo dan las playas solas y abandonadas. Apenas se veían lejanos mástiles de los barcos mercantes en la bahía. De pronto un grito estridente, extraño, horrible, suena á unos treinta metros, y la niña Fiorenze que lo había proferido, se lanza hacia mí, despavorida y blanca.

— ¡Señor doctor! Allí hay un horrible animal! Le he visto, señor doctor, un animal, ven Claudine. Y la niña casi loca me apretaba las piernas dejando caer sus objetos. Yo, de pie, estaba absorto. La cosa era tan imprevista que no dije nada. La niña lloraba desesperadamente. Yo pensé en un ataque nervioso, por un exceso de dulces; un mal frecuente de los niños, la examiné, y al tomar el pulso de la niña ¿qué cree usted Henri que tenía en la mano? Es horrible. ¡Tenía la virgencita en madera de Rosso!...

— ¿Dónde has cogido esto?... ¿dí Fiorenze, dónde lo has cogido?...

— Allí, entre las piedras. ¡Allí hay un animal, señor! Yo quiero ir con mamá y Claudine...

— Iremos. Dónde está el animal? —le dije pálido— llévame donde está!

— ¡No, no! No vayamos señor, y ante la idea de volver á aquel sitio, la niña sufrió un ataque de pavor horrible.

No quedaba más remedio que volver y volvimos. La niña se enfermó y mucho costó curarla. Ahora, señor D' Herauville ¿quiere usted ir á las ruinas?...

La tarde había terminado y apenas quedaba sobre el mar un poco de la sangre del Sol. Yo estaba tan nervioso que se me notaba en la cara, pues Henri, regresando de la portada del nor-

te, donde hacía rato descansábamos, —me dijo— levantándose pensativo y tomándome del brazo:

— ¿Hay luna esta noche?

— Si.

— ¿A qué hora alumbra?

— A las doce más ó menos.

— Entonces regresemos; lo he pensado mejor.

— ¡Oh! Cuanto le agradezco que no baje! En fin, otro día, cuando se conozca el misterio.

— No. Bajaré.

— ¿Cuándo?

— Esta noche. Usted vendrá conmigo. Pero como me hacen falta algunas cosas, es necesario comprar en el puerto dos o tres kilómetros de cuerda, para bajar. Y sin querer darle mayor importancia, me propuso tomar un coche, ir por nuestras amigas, invitarlas á un té en el Insular o en el barrio de los extranjeros y terminó cantando su canzoneta favorita.

¡Oh láu— lá, las jovencitas!

Es al baile donde vamos

a bailar bellas cuadrillas,

con los chicardos que amamos

¡Oh láu— lá, las jovencitas!

es el baile donde vamos!

Biblioteca de Letras
"Jorge Puccinelli Converso"

V

LAS LOCALIZACIONES CEREBRALES

A las once y media habíamos terminado nuestra invitación con las mexicanas. Ellas se fueron al "Caffe Romain, baile y música" y yo y el ilustre pasajero del "Jeroboam", tomamos por la recta de la portada del norte, donde se inicia el camino á las ruinas. ¿De dónde saqué valor aquella noche para hacer tal excursión? No lo sé, Francinette. Aquel hombre tenía un dominio inexplicable sobre mí, además, la brisa del mar, la comodidad del coche que corría veloz entre las alamedas, la misteriosa silenciosidad de la hora y las bebidas de la tarde, todo tenía no sé qué de encantador y sugestivo.

Henri, sin que yo me hubiera dado cuenta llevaba en el coche unos grandes ovillos de hilo de Coquimbo, que es delgado y fuerte, y los había arreglado de tal manera que no gastásemos tiempo al llegar al subterráneo. Yo estaba pensativo. Henry lo conoció y trató de distraerme:

— Pero usted, doctor, cree que puede haber peligro o secreto alguno en bajar a esos subterráneos? —y luego sonriendo— en verdad, científicamente, me parece un disparate...

— Científicamente es posible, le dije. He estudiado mucho el asunto. Esto se aplica por medio de las localizaciones cerebrales. Al bajar al subterráneo se efectúa un verdadero proceso mental. Usted sabe que las localizaciones cerebrales tienen "relaciones e influencias entre sí". Por ejemplo: la orientación y la visión, son dos sentidos que en cerebro se relacionan íntimamente. Usted experimentelo. Al cerrar los ojos se despierta el sentido de la orientación. Se imagina usted, cuando cierra la vista, donde está tal objeto; "vé usted en su imaginación" la puerta por donde quiere salir y se dirige á ella. En este caso la orientación ha suplido á la visión y, unidos ambos fenómenos han dado el resultado que usted deseaba.

Observe usted, le decía á D' Herauville, que un ciego de nacimiento no se podría orientar en una habitación, lo mismo que un hombre que entra á ella con los ojos abiertos y es vendado luego. Además hay otra localización que influye poderosamente sobre la de la luz; la del olfato.

Esta es una facultad un poco confusa aún pero que se estudia de la siguiente manera: Usted siente olor á violetas y se imagina usted las violetas azules, del mismo modo que ve usted sales tartáricas y se le "hace agua en la boca".

— Esto no me prueba, doctor, —me dijo D' Herauville— porque no puedo bajar...

— Voy á concluir. He aquí la razón científica por la cual, usted al bajar al subterráneo no volverá más. Es una opinión de médico, pero una opinión privadísima...

(El coche se detuvo junto á la portada que da al cerrito, D' Herauville bajó primero, cogió sus masas de cuerda y enseguida bajé yó. La luna se había nublado un poco. El coche volvió hacia la población y nosotros principiamos á ascender).

— Continúe usted, doctor, me dijo Henry.

— Bien... Decía que al bajar usted al subterráneo, deja de percibir la influencia de la luz y como es natural, no habiendo luz que impresione sus ojos, el órgano no funciona y la localización cesa de trabajar, quedando á merced de cualquier acción refleja de las otras, pero al desaparecer la luz, el órgano de la orientación se despierta y entra en un período de gran actividad, porque usted cuando se encuentra á oscuras lo primero que hace en el subterráneo es tratar de orientarse. Tiene usted ya pues, un órgano, el de la vista, inerte y un órgano, el de la orientación, activo; es decir una localización, la de la vista, presionada por otra, la de orientarse. Ya éste es todo un sistema, un sistema casi gráfico.

El olfato, al entrar usted al subterráneo, trabaja poderosamente, á consecuencia de los olores especialísimos de ese lugar. Estas vibraciones de la pituitaria se reflejan en su lóbulo correspondiente y presionan al lóbulo inerte de la vista. Hay pues ya dos fuerzas activas actuando sobre una materia en reposo, que por esta influencia pierde su virtud, tal y como pierde su poder atractivo el imán calentado. Entonces á la necesidad natural de la luz sucede, por oposición, la necesidad de la obscuridad.

Porque si estando el sistema lobular en condiciones naturales, la luz necesita actuar para sostener el sistema; estando el sistema en un equilibrio invertido, á consecuencia de fuerzas extrañas, necesita actuar la obscuridad para sostener este equilibrio. Es por esto que el hombre, que no es sino un ejecutante de lo que pasa en su cerebro, una vez que baja al subterráneo, lejos de salir á la luz, tiende á perderse en la obscuridad voluntaria, consciente, imperiosamente...

— ¿Y si de pronto volviera la luz?...

— Provocaría un desequilibrio que traería la locura. Esto que pasa, más ó menos, con las personas que reciben en condiciones delicadas una fuerte impresión, una noticia agradable ó dolorosa, pero intensa. Su sistema "psico-lobular" se desequilibra y la locura viene inmediatamente...

— Si eso fuera cierto, arguyó Henri, todas las personas que bajan á un sótano se perderían...

— No, porque este subterráneo tiene algo sobre los demás; sus olores peculiarísimos, que yo atribuyo á la cercanía del mar y á la gran extensión de las galerías...

— Bajaré sin embargo...

— Piense usted, Henri, que nadie que haya bajado ha vuelto á subir jamás, piense usted en el Rosso, recuerde usted el pavor de Fiorenzi, sea usted cuerdo, no baje. Henri no contestó.

VI

Habíamos llegado á lo alto del cerro. La Luna, Francinette, tenía ese color verde horrible y sugestionador. Color de alucinación, de fiebre, de sueño, de éter. Yo pienso que sólo allí tenía ese tono la luna. ¡Y qué bellissimo era! Decididamente tenemos una fibra especial, un sentido determinado para la luz de los astros, y un sentimiento para cada tonalidad de ellos. Bien sabe usted que el rojo provoca la ira; el azul provoca el reposo; el amarillo, el temor; el negro, el misterio. Pero estas sensaciones son vulgarísimas y ya usted sabe que se perciben por la vista.

Mas estas luces de la luna no entran por la vista, van más allá, se meten en los nervios, en las fibras, en la sangre, en los huesos. Creo que no obran como color sino como atracción y el color que tenía la luna aquella noche era un color verde metálico que inducía, no me cabe la menor duda, á lo insondable, á lo misterioso, á lo horrible. Entonces yo sentí la necesidad, hasta el deseo de que Henri bajase y sin decir más le acompañé en silencio.

La ciudad se extendía blanca á nuestros pies en un silencio religioso. Henri recuerda la frase de Albert Samain:

... "dans la lenteur douee d' un soir des derniers jours".

Avanzamos en silencio, entramos en la ciudad y estábamos pálidos y trágicos. Tal vez no teníamos miedo sino el presentimiento de algo horrible. Estábamos atentos al menor ruido y no nos atrevíamos voltear la cara. La luna nos bañaba de blanco y así fuimos atravesando las calles empedradas, los portales derruídos y llegamos por fin á la piedra donde yo oí los golpes de Rosso. ¡Tal vez teníamos miedo! Nos detuvimos y nos pusimos a escuchar. De pronto se le abren á Henri los ojos, esos ojos de gato, claros y pavorosos, y me toma del brazo oprimiéndome fuertemente. Se inclina y me dice al oído débil, muy debilmente:

— ¿Siente usted?... Esos golpes...

— Sí siento, Henri— ¡Los golpes de Rosso!...

— ¡Pero son ligerísimos!...

Entonces sentí íntegra, palpitante, fiel la escena de Rosso. ¿Por qué grande locura había consentido en volver á este lugar? Un temblor nervioso me poseyó. Sentí que el alma se me escapaba. Henri me dijo como consultándome:

— ¿Qué piensa usted que hagamos?...

Maquinalmente le dije:

— Seguir...

Y seguimos. Pasamos por unos portales, luego por unas escaleras enormes y entramos á una plazuela: Entonces me di cuenta. Aquella era la plaza de la Santa Inquisición. En los restos del edificio había aún santos en los nichos de los muros. La puerta entreabierta y despedazada dejaba entrar rayos de luna y en la serenidad de su secular abandono, las cornisas, las torres, los ornamentos de los capiteles, proyectaban sobre el piso sombras que daban miedo.

D'Heraultville rezó los versos de Samain:

L' ame fatigué aux siecles lui répond
dans cette lasitude indecible de l'heure"...

Yo no le interrumpí y seguimos avanzando. Pasamos muchas callejuelas y salimos á una esplanada donde había muchos huecos que debieron ser hechos por árboles —ahora no había ninguno en la ciudad— y seguimos hasta llegar al río que desliza sus aguas mansamente, casi sin hacer ruido. La luna se copiaba íntegramente en el agua. Llegamos al puente. ¡Qué encantadora y amarga noche, Francinette! Llegaba hasta nosotros el vaho fresco del río, el aire terroso, de las cosas olvidadas de esa ciudad muerta, y la luz divina y verde de la luna que dibujaba esa arquitectura colonial, encantadora, vieja y rica entre la que éramos como dos almas de esos tiempos.

— ¡El río!, —dijo Henri— ¡Debe ser profundo!...

— ¡El río! —dije yó como un eco— Es lo único que aún no ha muerto.

Y seguimos, seguimos silenciosos sobre la ciudad callada, sobre esa gran ciudad en ruinas donde no había flores ni árboles, ni buhos ni habitantes. Sólo había la luna acompañándonos y provocando en nosotros ese estado de alma en el que uno se olvida de lo real y sigue como un sonámbulo las órdenes de un interior misterioso que nos induce.

Henri volvió á musitar como una oración el verso, evocador y divino:

"I' ecoute... et peu à peu, voicí, sur les flosi bruns,
vers les grands ponts dressés lábás comme des portes,
que des barques de songe, oú sommeillent des mortes,
s' éloignent dans la nuit sur des anciens parfums"

Por fin hemos llegado á la plazuela donde debe hallarse la entrada á los subterráneos. Efectivamente, Francinette, allí está la gran boca abierta, tal y como la dejara Rosso hace dos años. Llegamos. Entonces comienza la operación. Henri silencioso saca sus ovillos de hilo, la anuda y se amarra la cintura. Me ofrece el resto del hilo y los ovillos que debo ir desenvolviendo á medida que él baje.

No cabe duda, si yo me presto á esa operación voy a ser más que su cómplice, su asesino. Yo sé, yo sabía Francinette, que si Henri entraba no saldría jamás. Yo estaba convenido de que iba á perder á mi amigo y que de mí dependía su vida, debí oponerme, negarme, luchar á viva fuerza, —pero— ¡Oh momento!— La luna estaba verde, más verde que nunca. Su luz me ofuscaba, me obsesionaba. Entre mi espíritu nervioso había algo que no puedo describir, pero que, á fuerza de darme miedo, me daba una sensación tan agradable, una fruición tan íntima, una corriente que iba desde mi corazón hacia todo mi cuerpo como una cullebrilla, deliciosamente. ¡Y la luna incitándome! Verde, divinamente verde, criminal, pero encantadoramente verde.

Henri pisó el primer escalón. Sacó el reloj y bajando hasta que su pecho estuvo al nivel del piso me dijo:

— Son las doce y media. Espéreme hasta la una.—y me dió la mano.

Yo me arrodillé para estrecharla y un vaho horrible salió del pozo. No tuve fuerzas para decir nada á Henri. Lo vi bajar un escalón, otro, y otro y lejos de gritar, de llamarle, de salvarlo, lo dejé irse hundiéndose, poco a poco y ví perderse su sombra en el fondo de aquel pozo siniestro y maldito. Cuando ví que se había perdido, cuando me sentí solo en la ciudad muerta, un frío intenso se apoderó de mí. Me di cuenta de todo como si saliera de un sueño profundo, me acerqué más al agujero, me incliné sobre él y casi metiendo la cabeza, empecé á dar gritos horriblemente, con todas mis fuerzas:

— ¡Henri!... ¡Henri!... ¡Henri!...

Mi voz se perdió en las galerías y el eco fue repitiéndose de muro en muro, bajo la tierra.

— Perdóneme usted, Francinette, culpe usted a la luna; Henri D' Herauville, su amigo de la infancia, su novio, mi compañero, mi queridísimo Henri, había desaparecido para siempre.

VII

LA HORA NEGRA, FRANCINETTE

Por un momento estuve atento al menor ruido. El cordel corría entre mis manos á medida que Henri avanzaba en el corazón de la tierra. Yo sabía que cada vuelta de ovillo era una nueva distancia que me separaba de él para siempre. ¡Estaba tan convencido de que Henri no volvería á luz!

Sin embargo esperé unos minutos más. Ya mi naturaleza iba á estallar. Tenía el hilo entre los dedos, puesta toda mi alma en el tacto, para percibir cualquier señal de aviso, pues habíamos acordado con Henri que, si se sentía mal ó se perdía, tiraría de la cuerda para avisarme.

Pero el hilo corría, corría hacia el fondo negro del pozo. Corría, corría y Henri no volvía á salir. Quise volver a llamarlo, me acerqué cuanto pude al pozo y, al meter en él la cabeza para gritar su nombre sentí —al menos he creído sentirlo— que tiraban de la cuerda con insistencia.

Tiraba no había duda y yo seguía dando cuerda, pero —¡oh qué impresión, Francinette!— cuando voltée la cara para destorcer el hilo que se había enredado, me encontré que el hilo se concluía. Tres metros más y yo no habría tenido ya ninguna comunicación, habría perdido para siempre sobre la tierra á Henri. Antes, hasta ese momento, yo estaba con él moralmente, porque mi imaginación corría sobre el hilo e iba a perderse en el fondo misterioso del subterráneo donde me imaginaba á mi amigo; pero cuando se concluyese la cuerda ¿qué lazo nos uniría?

Volví a sentir que tiraban de la cuerda nerviosamente y, con el tirón se gastaron dos metros más. No cabía duda: yo debía dejar y socorrer á mi amigo. Cualquier otra persona habría bajado, tal vez, teniendo la cuerda aún entre las manos; pero yo no

me resolví. Pensé que siguiendo la cuerda, llegaría á donde estaba Henri y ¿quién sabía si lo encontraba? Quise todavía esperar y por fin, un tirón más débil, me arrebató la cuerda de las manos y yo ví cómo se fue resbalando el hilo, cómo se acababa el último metro, como si verdaderamente, estuviera asistiendo a las agonías de mi amigo.

Al concluirse la cuerda pensé aún en entrar, tal vez era tiempo para salvarle, pero la luna caía de lleno sobre la ciudad, y en el subterráneo iba á seguir un misterio, una locura, una cosa que me arrebataba, sombras indecisas, animales, huesos; riquezas tal vez. Abajo se extendía un mundo de locos, de seres extraños que ya no conocían la luz, de seres que se reproducían tal vez en el misterio insondable de una noche eterna. Habría corrientes de agua tumultunas que arrastraban a los exploradores, vapores malsanos que los enloquecerían, quién sabe si había allí debajo animales monstruosos que chupaban la sangre.

Todo esto me venía á la memoria atropelladamente, mientras el extremo de la cuerda entraba y se perdía en el pozo. En tanto, arriba, sobre la tierra se notaba la luna con su encantadora luz verde, bañando esa ciudad misteriosa. Arriba, sobre la tierra estaba el río, los antiguos palacios, los monasterios derruidos, los lienzos, los dorados vestigios de una muerta civilización, pero detrás de todo esto estaba el mar inmenso sembrando de barcos, estaba la ciudad nueva con sus malecones, sus muelles, sus avenidas, sus hoteles y sus mujeres, su barrio de extranjeros y sus salones de música y baile.

¡Piensa demasiado! Mi imaginación iba á estallar. Tuve miedo. Miedo de todo, de mí mismo, miedo de cosas invisibles.

Dudé un momento todavía y quise bajar pero no tuve bastante valor. Entonces vi de nuevo la luna, verde, verde, verde. El cielo de un azul clarísimo se había coloreado como el agua de mar vista en un vaso. Debía ser ya muy tarde y yo, poseído de horror indecible volté la cara sin mirar el pozo y regresé, de prisa, apuradísimo, como un criminal por el centro de las calles y de las plazuelas, temiendo acercarme demasiado á los edificios y atisbando las sombras de estos que proyectaba la luna.

Quise dar la vuelta para no tocar con la piedra del Rosso y me perdí en un laberinto de callejuelas. No volveré á sufrir más que aquella noche. Cuando creía haber encontrado el camino me hallaba en un patio inmenso, especie de caballeriza. Quise sa-

lir de él y me interné en el resto del edificio arruinado. Como un poseído subí á una escalera de piedra y no le podría decir Francinette, cómo bajé. Estaba casi loco y así corrí por las calles, me perdí por las plazuelas, torcí por las esquinas, y, ya cansado, sin esfuerzo, febril, sudoroso, en un estado de incapacidad física y mental, me dejé caer, sin ver nada, en el suelo.

Cuando me serené un poco examiné el lugar: estaba en la plaza del subterráneo. Otra vez, como si Henri me hubiere atraído. Sin darme cuenta había pasado el puente y había tornado á la plazuela. Ya la luna declinaba: media hora más y yo me habría quedado á oscuras en aquel infernal laberinto. Rápidamente tomé una decisión: salir por el camino que conocía. Así lo hice. Tomé mucha prisa temeroso de que me dejase la luna y volviendo á cada diez pasos la cara para convencerme de que todavía me alumbraba.

Así llegué hasta la piedra del Rosso y aquí, otra vez, Francy, los golpes fatales sonaban, lejos, pero muy lejos. Entonces no pude más. Tuve miedo y eché á correr con todas mis fuerzas, subí al cerro casi arrastrándome, y antes de emprender la bajada me aterroricé. La luna ya no alumbraba y la ciudad estaba envuelta en una sombra total. Nada se veía. Entonces no tuve miedo, porque, al otro lado del mar, bajando el cerro, la ciudad nueva alumbraba y el puerto, lleno de luces, me acompañaban. Allí estuve gozando no se por qué, alegrándome no se de que, pero yó, Francinette, me alegraba en ese momento.

Empecé a bajar. El aire del mar me daba de lleno en la cara y, sereno, —sereno en medio de esas horas funámbulas— me acordé de Henri, pensé en la responsabilidad que tenía yo sobre mí, como médico, como amigo íntimo de él. Aquella tarde nos habían visto juntos y usted comprende que mi condición era delicadísima respecto a los demás, y, fuera de eso, yo mismo, íntimamente, me acusaba: si yo le hubiera impedido, Henri no habría bajado á las ruinas. Estaba pensando en esto cuando veo que un hombre, ya en la población, se acerca y me reconoce. Un frío intenso baña todo mi cuerpo. Me dice:

— Doctor, casi lo he desconocido. ¿Qué se hace usted a estas horas?... — Le hemos buscado desde las cinco para que despache usted un barco y he tenido que hacerlo yó. — Mejor así, si le he evitado una molestia porque ya sale el "Jeroboam"...

— ¿Cómo? — le interrumpí — ¿Han depedido el "Jeroboam?"...

— A las siete de la tarde... Hubo un pequeño inconveniente: faltaba un pasajero francés, M. de D'Heraville, pero, naturalmente se cree que ha querido quedarse en el puerto...

Llegué á casa y me arrojé desesperado sobre la cama. Allí estaba, sobre el velador, desde la víspera, el libro de Henri abierto en la página del silencio. Maquinalmente, fastidiado, cerré el libro que lució su carátula en la cual aparecía el título mundial de la novela "Misterio". Por la ventana entreabierta que daba hacia el mar ví la bahía lejana y pude notar tres luces que en triángulo se perdían sobre la curva inmensa del mar.

— El "Jeroboam", pensé.

Voltée la cara y no me acuerdo más de aquella noche.

VIII

¡...LA LUNA!

Al día siguiente —Francinette, encantadora amiga— tomé el barco que me condujo adonde nos conocimos y donde nos habríamos casado, á no haber yo sabido ocho días antes, que usted era prometida de Henri y que yo tuve la culpa de esa gran desgracia.

Yo sé que él me perdonará —donde esté— el haberle dejado bajar a los subterráneos, perdóneme usted también porque yo quería á Henri. Fue un buen amigo para mí, tenía un gran corazón y un gran talento, pero ¡la luna!...

¡Oh Francinette! Desconfíe usted de las noches de luna, no busque nunca las ciudades viejas, ambas cosas conducen al misterio, á la locura, al crimen, a la fatalidad. La luna es la virgen de los alucinados, de los poetas, de los neurasténicos, de los locos y de los criminales. Su mismo espíritu es dudoso y ambiguo, "dime ¡Oh reina de la noche si en tu lánguido semblante —palideces hay de vicios ó blancuras de inocencia".

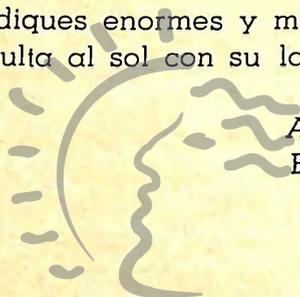
— La luna es de todos aquellos seres que no tienen en la vida sino su alma incomprensible, soñadora y grande como las horas de la luna, como el misterio blanco de la luna, como la luz verde, criminal y lujuriosa de la luna...

IX

LA CARTA

Ya nos acercamos á Río de Janeiro.

Pronto anclará el barco y podré enviar á usted mi correspondencia. También le envié la maleta de Henri que pude sacar del "Insular" y que he guardado religiosamente. Ya es la hora. Diviso desde el barco los muelles y los malecones de este gran puerto muy parecido aunque enormemente más grande que el de C" ". Yo no bajaré á tierra. Ahora cierro la carta y me voy a popa de donde veo las hélices que mueven las entrañas del mar, mientras el "Atica" se desliza, esbelto y poderoso, entre los barcos anclados, los diques enormes y mohosos, y una barquilla de pescadores que oculta al sol con su latina y blanca vela...



Abraham Valdelomar
En xx, febrero de 1911

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

Crónicas de Roma

POR ABRAHAM VALDELOMAR

I LAS SOMBRAS DEL ESPIRITU

Hay dos Romas: La Roma del Baedeker, donde los turistas hacen sus apuntaciones, miden el Colosseum, fotografían las Termas, deducen con números la energía gastada en traer de Egipto los catorce obeliscos, constatan la existencia de los monumentos, donde indican las guías, dan propinas, y creen en la locuaz sabiduría de los cicerones; esa Roma que comienza en la Estación, pasa en cinematográfico desfile ante automóviles veloces; y otra, la Roma del alma, como la llamó aquel admirable Lord cojo, que está fuera del alcance del Baedeker y de los viajeros fugaces.

Esta Roma espiritual casi incorpórea, que tiene la rara virtud de la melancolía, que hace evocar remotas sensaciones, es como un filtro sutil y mágico que vamos bebiendo lentamente. Es el alma insepulta de la ciudad antigua que vuela entre los arcos rotos, los muros carcomidos, en los yacentes mármoles, en las estatuas mutiladas, en las tortuosas callejuelas del Imperio y de la república llenas de mendigos, de niños traposos y longevos harapientos que arrastran penosamente su miseria; es el espíritu de los siglos que resucita en las horas de luna sobre el Tévere, en los sangrientos crepúsculos, en la neblina que envuelve la ciudad como un velo, en las galerías penumbrosas, las catacumbas de los cristianos, Lylenas de leyenda y de heroísmo. Esta Roma, triste, misteriosa, pensativa, dulce y evocadora, es la que más atrae á los que venimos de la tierra de Santa Rosa y de Baltazar Gavilán.

Hoy, cuando el aire de la campiña romana envolvía suavemente la ciudad Eterna, mientras el Tévere se deslizaba ante sus

muros seculares y el tiempo deshacía grano a grano las horas, he recibido una carta de mi madre. Todo me parecía alegre y bueno, la vida me era propicia y los árboles me sonreían al pasar. Banales afectos y rencores leves se han esfumado de mi corazón y ha vuelto a nacer mi alma nueva y plácida. Hoy la Tierra es más blanda bajo mis pies, el cielo más azul sobre mis hombros; hoy es día de perdonar. He buscado á un buen amigo el Dr. Rada y Gamio:

— Hoy quiero ver a los pobres á los que no tengan nada en la vida ni esperanzas; a los más tristes, a los más infortunados. Vamos a buscar á los viejos que se arrastran entre los despojos...

Y hemos ido. Un coche nos ha llevado á través de la ciudad, por avenidas amplias y verdes, por arcos legendarios de glorioso recuerdo, por estrechas callejuelas junto á las fontanas, donde musgosos tritones soplan cilíndricos chorros, y hemos llegado al Asilo de los anormales, célebre en Italia y en Europa, creado hace veinte años por un joven médico Sante de Sanctis, con el objeto de curar y salvar á los niños que por su constitución física y moral están condenados por la naturaleza á la locura y el crimen.

Entramos al salón donde se ofrece á nuestra vista el primer grupo de niños.

¡Ah, el espectáculo de estos inocentes condenados por una oculta mano trágica á una dolorosa vida! Imaginaos la infancia de una de estas criaturas nacidas con una cruel enfermedad. Pensad en la tragedia de estos niños sin infancia, sin alegría, tristes, abismados en sombrías meditaciones, atormentados continuamente por visiones inquietantes, luchando segundo a segundo con el torrente de sus pasiones crueles. Los hay de todas las psicologías. Ahora cantan un himno sagrado. Unos escuchan atentamente y vibran lleno de entusiasmo ante la música, con sus ojos grandes y morenos se elevan al cielo, en éxtasis dulce, y parece que gozara con la casta caricia musical; las grandes pestañas negras, los carrillos rosados y pelo sedoso, los ojos húmedos; no se dan cuenta de nada de lo que pasa á su alrededor y parece que su almita volara detrás de cada nota.

— Es todo un soñador, nos dice el Dr., una almita perdida para todo esfuerzo, sin voluntad sin carácter y sin acción precisa de nada, no sabe el valor de las monedas, las bota, no puede abrocharse el vestido; es un contemplativo...

— Este otro, de pequeños ojos y fugaces miradas, es un inquieto. No puede estar tranquilo un segundo. Se fatiga de cantar, abre y cierra los ojos a cada instante, no puede fijar la atención un minuto seguido, parece que algo le falta, que busca una cosa desconocida y remota que sus ojos no ven ni su razón conoce. Este otro debilucho, de ojos salientes, miope algo encorvado, de mirada vaga. Aquel niño de cara de viejo, de dedos cortos y llenos de arrugas que los mira desde un rincón de reojo, con duro gesto. Y el triste, este niño de mirada desolada y pensativa que parece que se diera cuenta de su desdicha que nos mira dulcemente; no canta, no sonríe, no dice una sola palabra y ahora baja los ojos y mira sin ver en un punto fijo, como si se abismara en profundas reflexiones sombrías. Su carita obalada de gastado aspecto, reposa en la mano en actitud resignada. He aquí un niño cansado de la vida, desengañado sin saber por qué, que no juega, que no ríe, a quien nada entusiasmo ni despierta de su largo sueño trágico...

— Aquella niña de once años, coja, de encendido cabellos hirsuto, este pequeño de frente deprimida; aquella idiota que sonríe de todo, y a veces se queda mirando un punto desconocido del espacio y, por fin, este pobrecito que mira desde el rincón prevenido, acechando como si temiera un ataque sorpresivo y como si preparara un golpe de manos.

— Salimos de allí y pasamos a un salón donde los niños aprenden á hacer labor. Reúnense todos para recibir un pequeño obsequio y entonces les digo acariciando la cabecita morena del triste de esta almita pensativa y desengañada, que sufre de dolor desconocido, que busca algo que sus ojos no encuentran y se abisma en la sombra de su espíritu.

— *In nome de la mia mamma vi prego di ricevere questo piccolo regalo...* (1)

— Grazie, signorino, grazie...

Y los demás;

— ¡Grazie!... ¡Grazie!...

Uno recibe el paquete y lo abre otro lo mira y lo oculta enseguida; aquel lo deja displicente, otro, sonríe; esta niña me mira agradecida é idiota, y el Triste, mi almita predilecta me mira

(1) En nombre de mi madre os suplicó recibir este pequeño regalo.

dulcemente con una mirada que parece sabia, profunda, desolada, y triste; luego baja los ojos y sigue meditando.

—Addio —le digo—. —Addio poverno, caro ragazzo, anima triste, addio... (2)

En Villa Amalia.

Villa Amalia es una casa de salud donde se curan a los niños anormales distinguidos; allí hay condes, marqueses, hijos de banqueros y de artistas. Llegamos al salón donde entre otros enfermitos, se encuentra el joven marqués de X. Tiene diez y siete años; alto, delgado, idiota, de vago mirar, sonrisa inexpressiva, labios caídos, ojos pequeños y estrecha frente tersa...

—¿Cómo está el Sr. marqués?... le dice uno de los médicos.

—Estos señores han venido a hacerles una visita...

—¡Ah, sí!... los señores... una visita...

—¿Como se siente Sr. marqués, está contento?...

—Bien... usted tiene un diente de oro...

Pasamos á otro salón donde una institutriz se empeña en hacer escribir á un niño de nueve años, enfermo de un horrible mal hereditario, inteligente, despierto, alegre, sano, se diría; y sin embargo, no puede hacer obedecer á su mano sobre la pizarra. El lo ignoran y nosotros lo miramos como se mira á los que se van se trágicamente pero no puede trazar una línea.

Es el Oswaldo de los espectros. Sólo que este no llegará á la juventud. Aquí parece estar hablando con los muertos. Porque todos estos pobrecitos son muertos insepultos. Ya el médico sabe cual llegará al invierno y cual se quedará en el otoño. Ellos lo ignoran y nosotros lo miramos como se mira a los que se van a internar en el abismo misterioso, sombríos de la muerte, a los que van á resolver el problema pavoroso muy pronto, á los que nos van á preceder en la ruta solitaria. Los vemos marchar de prisa, los seguimos con la imaginación, los vemos perderse por el camino ignoto por donde hemos de pasar en breve y lo saludamos antes de su partida para la Ciudad Fatal.

— ¡Adios, señor marqués, hasta muy pronto!...

(2) ¡Adiós, pobrecito, querido muchacho, alma triste, adiós!

El Apóstol.

He aquí un gran cristiano, alto, fuerte, generoso, alegre, lleno de fé en medio de una humanidad de niños, donde todos luchamos por no perderla, paternal con todos estos infelices á los que ha dedicado toda su juventud y su vida, amoroso hasta la ternura, el profesor Sante de Sanctis ejerce un apostolado conmovedor y cristiano. Cuántos desdichados ha librado de la cárcel, cuántos puñales han sido arrebatados de esas manos, cuantas pasiones sombrías han sido esterilizadas al nacer. ¿Y sabéis el método que se emplea, principalmente para desarmar a estos infelices de los terribles males del espíritu? ¡El amor!

Amarlos, hacerles agradables la vida tratarlos como a hijos darles un confite un cariñoso consejo, un beso; llevarlos de la mano al campo; decirle cuan buena es la naturaleza cuan buenos son los hombres; cuan buena es la sociedad, decirles que todos deben ser buenos por que en el mundo no hay nada malo; en suma engañarlos piadosamente. A fuerza de amor y de consejos los niños sienten una especie de sugestión. A cada instante el médico les dice:

— Tú eres bueno, Guido, tú lo eres. Yo sé que tú quieres á todos, verdad?...

— Sí, si yo soy bueno... soy bueno.

— A ver Carlo, dile al Sr. gracias...

— Graz..... "Jorge Puccinelli Converso"

el niño que padece de mutismo se esfuerza por complacer al profesor que lo acaricia;

— ¡Ahl No quieres decirlo; si tú sabes; si yo te he oído decir gracias... gracias...

—Graz... gra

— ¡Ahl, tú eres malo. Carlo; tú no me quieres; dí: gracias...

— ¡Graz... ziel!

¡Cuanto se ha debatido, como habría los ojos, como se mesaba desesperadamente, como sufría para que su memoria le dictara la banal palabra.

El profesor de Sanctis, es una de las más gloriosas figuras del pensamiento italiano. Sicólogo, siquiatra, escritor pedagogo, esclarecido espíritu, alma generosa. Nacido en Umbría en 1863, fundó el asilo para niños anormales y deficientes, con la generosa ayuda de distinguidas damas italianas, en 1899. Desde en-

tonces su vida ha sido dedicada á los niños y hoy tiene fundados tres establecimientos que forman su gran obra de redención. Ha publicado alrededor de ciento cuarenta trabajos notables sobre medicina, psicología y enfermedades mentales. Es infatigable, tiene una fe ciega en su obra, y en medio de la amargura que ha dejado en su espíritu y el dolor de aquel mundo de inocentes condenados al mal, sonríe siempre y siempre espera y cada nuevo caso le da un nuevo esfuerzo. Compañero y amigo íntimo de Lombroso y de Ferri. Italia debe estar orgullosa de poseerlo. De todas partes del mundo llega el peregrinaje infinito de sus admiradores. Hombres de ciencia, artistas y escritores lo buscan. Y él con su modestia sonriente, con su alma italiana, abierta siempre al bien con su generoso espíritu dispuesto á salvar una nueva víctima. Su figura venerable se mueve en un ambiente de bondad infinita. Y se sale de su escritorio con la sensación plácida que se tiene cuando se ha estado al lado de un santo varón, de un hombre bueno y sabio, de esos que ennoblecen la especie y deben ser el orgullo de nuestra raza que como dijo alguien: "Un corazón latino vale más que un cerebro sajón".

Los colaboradores del Profesor de Sanctis.

El asilo para niños deficientes y anormales, está bajo la dirección inmediata del profesor Toscano, notable pedagogo, que acompaña al maestro desde el primer día. Como creo haber dejado entender para este difícil apostolado, á más de conocimientos profundos, de psicología pedagogía e higiene, se necesita un espíritu especial, para educar a los niños.

Sobresalen en este sentido dos médicos, uno italiano, el doctor Lanfranco Ciampi, muy joven, que empezó a hacer sus estudios médicos en el asilo, al lado del profesor, y que graduado jamás se quiso separar de él. Ciampi ama a los enfermitos como á sus verdaderos hijos, entra al asilo como el padre que vuelve al hogar, después de su trabajo. Los chiquillos lo abrazan, se cuelgan de sus piernas, le besan las manos. El los coge, los carga, los besa. Los domingos los lleva de la mano a través de avenidas y paseos y el reputado médico que debía emplear su tiempo y su renta en llevar una vida más de acuerdo con su juventud, goza con sus cojitos y sus idiotas y los ama y los mimaba como un padre.

— El otro médico es —admiraos— un médico peruano. Es un joven enviado á Europa hace cerca de tres años por la Facultad de Medicina de Lima. Sus compañeros de mi tierra lo conocen y las gentes de letras lo aplaudieron siempre. Se acuerdan ustedes de Juan Serrano, que escribía crónicas del terruño, suaves, con aroma de un olor a tierra madura y fecunda, con una tristeza profunda, con una dulce ironía apacible? Juan Serrano es hoy uno de los médicos del Asilo y de La Villa Amalia trabaja al lado del maestro de Sanctis y ha conseguido triunfos en Europa que nos enaltece. Es Hermilio Valdizán, raro caso del carácter y de constancia, de entusiasmo y de fe. Es el engreído del doctor de Sanctis y el mimado por sus compañeros de trabajo. Laborioso hasta el sacrificio, modesto hasta la temeridad, yo se que le voy a dar un disgusto con este artículo.

Ha publicado en Europa los siguientes trabajos: *El Problema de los anormales.*— *Los Problemas Médicos del Matrimonio.*— *El Cocainismo y la Raza Indígena.*— *La Sicosis Daturínica.*— *Perversiones Sexuales de los Primitivos Peruanos.*— *Los Anatomistas de la Colonia.*— *Martín de Porras, Cirujano.*— *Para la Historia de la Quinoa.*— *La Meteoscopia.*— *Un Psiquiatra del Secolo VI.*— (en italiano); actualmente prepara en colaboración con el doctor Ciampi un importante trabajo para los anales de la Universidad de Roma.

Salimos del Asilo. Los enfermitos se quedaban. Los pobres niños nos ven salir, con mirada triste. Nosotros volvemos al mundo, á la alegría de la vida sana, á la paz del espíritu, al lugar donde ya no vemos sus caras angustiadas ni sus cuerpecitos deformes. Entraremos, de nuevo á Roma por las frescas avenidas. Automóviles cargados de belleza se cruzarán á nuestro paso, otros niños robustos sonreirán bajo las arboledas ebrios de vida y de felicidad; pero ninguno serán para mí tan amados como estos que deíjo, estos tristes, los solitarios, los condenados en inocencia, los que viven en un mundo atormentado é inquieto, llenos de ensueños pavorosos, de pesadillas trágicas, de visiones horribles, de presentimientos lúgubres, estos desganados de la vida sin haberla vivido, para los cuales el breve paso por el sendero no ha tenido el casto regocijo de un juguete ni la llama luminosa de un espíritu; estos que morirán sin haber vivido, que no podrán recordar que nunca fueron niños, castigados por un delito que no cometieron y para quienes todo es sombra, sombra y dolor.

Aquí se comprende en toda su grandeza la frase del Divino Maestro Nazareno, ¡Cristo amoroso, dulcísimo Cristo! ¿Qué reino les reservará á estos niños?

Ve aquí á las que tú amaste tanto arrastrándose en las sombras de una noche eterna, condenados á una vida de dolor irreparable; ve a tus almas electas, a los que besaron los pliegues de tu túnica, en el martirio! Pensando en el Pastor, hemos salido con un dolor inmenso, pero con el consuelo de haber llevado a los desgraciados un beso, un caramelo y una lágrima. Al salir aún resonaban en nuestros oídos las palabras de los niños:

— ¡Grazie, grazie! . . .

Addio, poverini, caro ragazzi, anime dolore e tragiche, addio. . .

Roma, 8 de Octubre de 1913.

(Publicado en *La Nación* de Lima, 21 de noviembre de 1913).

II. "LAS FONTANAS"

El agua es uno de los mayores encantos de Roma. Los siglos, por boca de las fuentes, que ponen su melancólica nota en casi todas las plazas, cantan la interminable historia de los días sepultos. Enormes borbotones surgen de mármoreos conductos y esparcen en el aire transparente la fina y leve brillantez de un casto rocío. Hay fuentes de todas las épocas. Mármoles viejos situados entre el Colosseum y el arco de Constantino señalan el lugar donde se alojaron los gladiadores sedientos después de recibir en el circo la palma de la victoria sobre el inanimado cuerpo del vencido, sobre otras fuentes se elevan obeliscos de triunfo traídos de Egipto, que se elevan altivos con la muda majestad de faraones. En unas vibró la sátira pasquiniana, en otras se han secado los surtidores. Muchos vieron deslizarse las plácidas ó tormentosas horas papalíceas y no faltan cuáles, ya secas, recuerdan todavía el lugar donde patricios deshonestos hacían bañar á damas complacientes en la Roma Neroniana, mientras sonaban los exóticos versos de Ovidio. Sobre éstas, el tiempo ha puesto el piadoso sello del olvido.

Cuentan quienes pueden saberlo, que Sixto V, Rey de Roma, tuvo la afortunada idea, en el año seiscientos de embellecer la

Ciudad Eterna con fuentes que dieran un nuevo encanto á su reino aprovechando para ello el agua que el sutil refinamiento pagano había encausado hacia las termas. Los manantiales que sirvieron para limpiar los pecadores cuerpos de los romanos que se desviaron, y el agua que había lavado los aceites perfumados y disipados los vapores de fiestas, vino, casta de contactos, á cantar sus canciones entre los mármoles nuevos; así los chorros que alegraran los jardines en el Palatino fueron á, entonar su plegaria monótona en las plazas, á manera de licenciosos metidos á monjes; secáronse las termas de Tito y Diocleciano y ornáronse las plazas de Roma, ya cristiana.

Nacieron entonces desde las fuentes humildes que se incrustan en derruidos muros, hasta las monumentales que enorgullecen las urbes, Tritones gordos y ninfas desnudas, se retuercen, soplando incansables los cilíndricos chorros; leones sedientos copian sus melenas de mármol en el espejo de las verdes aguas; gráciles náyades exhiben su blanca desnudez bajo los surtidores; caballos marinos en actitud violenta, bajo el verde musgo nadan en cóncavas tazas. Pasquino, que ya no insulta, vive frío en su actitud secular. Lutero, encarnado por la fantasía del pueblo, en un *fachino* viejo vacía su barril en marmórea concha, y sarcófagos que guardaron nobles restos de patricios, yacen abandonados...

Todas estas fuentes que embellecen la ciudad inmortal y le dan ese sello característico, tan pensativo y tan amado, que vibran en los mármoles patinados que humedecen melancólicos chorros, elevan su canción al pasado y relatan, como centenarias abuelas, las cosas que viera la blancura de sus mármoles y que se retrataron en sus aguas tranquilas. A la hora del crepúsculo mézclanse los susurros de las fuentes con el lejano tañir de las esquilas cristianas, y es al conjuro de esta música suave que nos asaltan los recuerdos insepultos que vagan en el espíritu en busca de reposo, los dolores recientes y las muertas alegrías.

Artistas de todas las épocas contribuyeron á dar á esta ciudad la gracia pensativa de sus fontanas. Della Porta puso el sello de su alma florentina á la Tartarugha, Giovanni Fontana ideó los dos surtidores que se cruzan como dos brazos tranquilos en la fuente de Sixto; Próspero Breciano elevó su Moisés en la del Acqua Felice; Carlo Maderno realizó la serena y majestuosa pareja de la Piazza de San Pietro; Bernini creó la monumental de

la Navona, aquella admirable fuente de los cuatro ríos, hecha en tiempo de ignorantes geógrafos; y Salvi, Ruttelli, y tantos dejaron un recuerdo, una idea, o un mármol en las innumerables que elegantizan la ciudad cesárea.

Roma tiene una psicología extraña. Su alma vive en todas las cosas, en todas partes y en todas las horas. Por la mañana es agitación, vida y trabajo; al mediodía, languidez, sopor y cansancio; en la tarde, alegría, entusiasmo, y fiesta. Pero las horas en que el alma de la ciudad antigua sale, se pasea y vuela, al rededor de los que van a buscarla, es la hora del crepúsculo y las noches de luna. Al crepúsculo se hermanan maravillosamente el alma de las ruinas yacentes, al tañer de los bronce cristianos y la rumorosa canción de las fontanas. Quien desea sentir el espíritu de Roma, encamínase, á la caída del sol, á los barrios antiguos. En las callejuelas estrechas de muros paganos, se encaraman pequeñas ramas verdes; las ventas esperan con sus mesitas de pino á los parroquianos que luego se instalan delante del frasco de vino rojo y echan en silencio las cartas, mientras un organillo desgrana sus notas al contacto de la leve mano de un ciego, cuyo lazarillo, paliducho y esmirriado, acompaña en el violín la napolitana canción y sus ojos miran dolorosos y tristes la vida que pasa; aquella música mal tocada llega al espíritu y se filtra dulcemente; el alma se embriaga de tristeza. Una fuente vieja, verde y pobre, dice cosas lentas, monótonas y extrañas, y pasan las mozas sonriendo; los muchachos alegres y viriles; los viejos de cuarteada faz cansados, los extranjeritos enfermos del incurable mal de la nostalgia. El cielo se enrojece dolorosamente y en el silencio de la naturaleza el verso de Leopardi vibra:

quando novellamente
nasce nel cor profondo
un amoroso affetto
languido e stanco insiem, con
esso in petto,
un desiderio de morir si sente...

Y un gran deseo de morir se siente... Las fuentes tienen su alma como los hombres. La Tartarugha parece una chiquilla coqueta. El agua vibra allí con extraño rumor, los surtidores al caer dicen cosas banales, y su eco parece el alegre hablar de las cua-

tro muchachas que sostienen la pompa de su taza redonda. Otras, como la del *Fachino* á quienes los antepasados dieron el nombre de Lutero, está mutilada y cansados cristianos llegan hasta ella á beber el agua cristalina y fresca que escancia desde hace siglos en su muro, el reformador, que en tiempos pasados interviera en los deliciosos diálogos de Pasquino y Marforio. Otras humildísimas fuentes ofrecen su linfa para que se sacien los caballos cansados ó los obreros que van á la labor de prisa. La menos frecuentada es la de la "Boca de la Verita" que se eleva delante del templo de Vesta.

Los hombres de ahora no quieren saber nada de la Boca de la Verdad, y la pobre fuente se envejece sin que nadie llegue hasta sus aguas transparentes. La de los caballos marinos tiene la gracia encantadora de sus jardines. Las de San Pedro son majestuosas, nobles y austeras y una de las más seductoras es la de la Náyades; ninguna tiene más arte ni más espiritual movimiento.

Pero entre todas, ninguna dice más que la fuente del palacio Spada, hecha sobre un sarcófago en el cual reposaron algún día los restos humanos de algún noble patricio. Su cadáver fue devuelto seguramente á la tierra fecundo ó al polvo fugaz, y sobre él cayó el surtidor de una fuente tranquila, como una lágrima perenne; pero también esta lagrimita le negó su caricia y la fuente secose un día. Sobre esa tumba profanada por los hombres que luego fuera secada por el tiempo, cayó piadosamente la tierra de los años. Murióse el musgo verde de su mármol, y dejó de beber la humanidad sedienta de sus surtidores. Ya la estéril fuente no da de beber á los mortales los que antes llegaron hasta ella á satisfacer su sed intensa, pasan ahora indiferentes junto á sus restos, y los cansados caminantes que se inclinaban ante el chorro que humedecía el sarcófago, van hoy en busca de más pródiga fuente...

Porque los hombres, como sugiere Kempis, cuando sienten sed van a las fuentes que tienen agua; y siguen a Cristo hasta la distribución de los panes, pero no hasta beber el cáliz de la Pasión.

Roma, 20 de Octubre de 1913.

(Publicado en el diario "La Nación" de Lima, 22 de Diciembre de 1913).

III. EL ALMA EN LAS SOMBRAS

El Arte de G. Bonaventura.

El "doble" egipcio y el parecido.

Si fué San Agustín quien afirmó que en la naturaleza no hay nada inútil he aquí un artículo para desmentir al sabio doctor de Ipponna. Porque muchos lectores encontrarán que hablar de este arte fotográfico es como discurrir sobre futurismo del señor Marinetti ó de las virtudes teologales. Sin embargo, yo creo que en todo hay un misterio por revelarse, y en cada objeto una verdad palpitante; de manera que cada hombre discreto debe hacer un juicio de lo que ven sus ojos. En este sentido la vida no es sino un comentario de la naturaleza, más ó menos breve, más ó menos acertado y más ó menos lógico, pero casi siempre interesado.

La fotografía que es una acusación en papel Velox sobre la vanidad universal ha dejado de ser una distracción para convertirse en un arte siendo siempre un negocio. Hasta hace poco era un comprobante simple sobre la belleza fugaz de las damas, la majestad de los señores, exhibición de trajes bien hechos y de actitudes románticas; hoy es un arte profundo, noble y pensativo. En su pasado, ninguno había sido más vulgar, ni más convencional ni más ridículo que este arte de la fotografía. Las poses de los fotógrafos eran como las frases hechas de los periodistas. A una dama se le retrataba siempre con unas flores de trapo ó con un abanico, á un escritor con un libro y a un fraile con crucifijo. En el fondo, el papel citrato tenía cierta lógico y cierta síntesis de expresión, porque muchas damas no son más que flores de trapo y muchos escritores un libro. De manera que para saber á qué clases de especulaciones se dedicaba un retratado, bastaba al ojo experto pasar una mirada por la imprescindible mesa de la fotografía.

Incapaces los fotógrafos de comprender entonces —y muchos ahora mismo— que el alma no depende de los muebles, empeñábanse en amontonar objetos, cortinas y tapices, sacrificando á la persona; daban más importancia á la raya del pantalón que á las arrugas de la frente y observaban más las luces del flore-

ro que las de las miradas. Sacrificaban la expresión por el parecido; y en las planchas, las últimas tonalidades espirituales desaparecían ante el verdugo lápiz del "retocador" quien no comprendía la belleza de un rostro por expresivo que fuera, si no tenía nariz griega, boca Luis XV y ojos rasgados. Pero por fin vinieron los revolucionarios y tras ellos los verdaderos artistas, gracias á los cuales, después de la historia lamentable de la fotografía, encontramos en ella un arte sutil, lógico, sugerente y sabio; estilo, y artistas que se hacen pagar una copia en cien francos.

Uno de estos innovadores se encuentra en Roma: Gustavo Bonaventura, a quien en un principio se discutió tanto como á Marinetti, aunque con menos lógica y con más ignorancia. El mismo me ha contado de la génesis y peregrinación de su arte: —Soy de Venecia, me ha dicho. Venecia es una ciudad llena de almas insepultas que vagan sobre las aguas verdes de los canales. Tengo un gran amor á la naturaleza. Me pasaba las horas en la ciudad encantada, mirando los mármoles viejos que miraban las aguas, sintiendo los crepúsculos y oyendo las mandolinatas. Pero en Venecia los contemplativos acaban siempre en gondoleros, y, la verdad, esto no es un porvenir. Había estado en la academia, había conocido la línea, el color la sombra y el escorzo, pero las cosas iban mal y un día dejé las artes para estudiar algo más difícil: el carácter de mis jefes en una oficina del Estado. Allí estuve un poco, pero eso no podía seguir así. Usted no sabe cuán brutos eran los jefes. La oficina era estrecha, sucia y maloliente. Mis compañeros de labor eran muy buenos pero muy bestias, y yo resolví dejar por otro la pequeña suma con la cual el Estado indemnizaba mis incomodidades en la oficina. Eran las cinco. Ese crepúsculo, aún entraba en el sueldo y resolví robárselo al Estado. Me fui y compré una maquinita leal...

Entonces ya Bonaventura había ganado un premio en un concurso fotográfico. Se dedicó con entusiasmo á este arte que le atraía y en el cual encontraba algo que los otros no habían visto. Durante mucho tiempo estudió la luz, persiguió al Sol, vagó por los campos en el crepúsculo y en las noches de luna perdíase en la campiña romana escrutando al cielo desde los troncos viejos; hacía largas excursiones á la orilla del Tiber, buscando un reflejo, un paisaje misterioso, una serenidad... Sus amigos llegaron á inquietarse. Veíanlo por los puentes y decían:

— ¿Querrá arrojarse al Tiber?...

— ¿Se habrá vuelto loco?...

— ¿Se habrá hecho astrónomo?...

Pero un día el artista gritó: Eureka! Como Franklin, le había robado una verdad á la naturaleza. Sus paisajes aparecieron en un ángulo del corso Humberto. Exhibió sus primeros retratos. Los diarios empezaron a discutirlo acalorados, los pintores lo miraban de reojo y los fotógrafos gritaban á voz en cuello que se había vuelto loco. Pero la gente de buen gusto corrió a sus estudio, las revistas de arte le publicaron sus obras con grandes elogios, y la aristocracia romana corrió a sus taller. Bonaventura fue consagrado.

En qué consiste el arte del veneciano?. Sería difícil precisarlo. Hay tanta melancolía en sus paisajes, tanta alma en sus retratos, tantas ideas en sus claroscuro!. La naturaleza en sus cuadros, piensa; las personas en sus retratos, piensan; las sombras se esfuman dialogando en voz baja; se ignora el tiempo; las manos que él sabe retratar se pierden en un ambiente donde las sombras se mueven; nada hay banal, breve á pasajero, todo es grave, perenne, perdurable. Silencio, misterio, calma, espíritu. Y siempre una alma que mira desde el fondo ó una alma que se duerme ó una alma que piensa. A veces es sólo un perfil oscuro que se esfuma, otros, dos ojos que miran; una mano abandonada, una frente luminosa, una sonrisa imperceptible.

Según su estética, cada hombre tiene dos almas. Una alma irretratable, íntima, y otra alma que vaga entre las facciones, alma retratable. La diferencia y la existencia de estas dos almas las comprueba diciendo:

— Si el hombre no tuviera una alma íntima; la suya y la otra para los demás, no podrían explicarse que haya criminales de tan simpático espíritu y dulce aspecto, personas en las cuales toda manifestación espiritual acusa una alma sana y santa.

— ¿De manera que una fotografía no da el retrato del alma.

— Para hablar de retrato hay que hablar de parecido.

— El parecido no existe. El parecido depende de tres cosas esenciales: la luz, las facciones y el alma visible. Tres cosas que varían constantemente. Si entendemos por parecido el parecido fotográfico, la reproducción exacta de un sujeto hay que declarar de antemano que un sujeto nunca se parece así mismo, podría parecerse el retrato á la persona si la persona siguiera teniendo la idéntica expresión que cuando se retrato y esto es im-

posible, porque en cada segundo vivimos un nuevo estado, cambia la luz que recibimos, las facciones tienen una expresión en cada tono de luz; y en cuanto al espíritu, usted lo sabe, el espíritu visible, no es más que el juguete de la naturaleza; y el espíritu interno, el pensamiento el estado del alma, la imaginación, cambia tan velozmente, que tan pronto se posa en la tierra, como en una flor en un coche en una nube... En el alma lo que hay de inmutable no lo ven los otros, y lo que vemos es voluble, tornadizo y breve... De manera...

— ¡Que el hombre no se parece nunca a si mismo!

— No es dos veces el mismo.

Un segundo basta para cambiar al hombre y para que cambie todo lo que le rodea. En suma se retrata de una persona; el momento en que expresa su fisonomía lo que vaga de su alma visible, cuando esa alma se concreta en una expresión. Yo lo que hago es tratar de que la luz, armonice con el momento psicológico del retratado. Así fijo el momento, pero no el alma del sujeto. Platón decía que el hombre era un cuerpo al servicio del alma. Nosotros conocemos al patrón por las órdenes que le impartimos al criado... Y esas cosas son las que no podemos conocer, ni los fotógrafos ni los hombres...

En el arte de este gentil, original y habilísimo artista, pleno de juventud, ebrio de amor á la naturaleza, llama la atención una técnica misteriosa y una visión siempre triste. Todas sus obras acusan melancolía, honda, dolor mal disimulado, misterio, silencio, serenidad que invita la contemplación pensativa, á la inmovilidad penumbrosa de sus paisajes, la crueldad de sus noches de luna; como pintor se habría parecido á Rembrandt aunque á veces tiene la grácil coquetería de Wateau donde hojas largas y finas caen amorosamente sobre sus cuerpos joviales, pero más que todo sus visiones del campo crepuscular semejan á Meissonnier, la ruda sencillez de sus labradores, la mansedumbre de sus bueyes, al crepúsculo, bajo los rayos oblicuos del sol, la encantadora poesía virgiliana, la serena majestad de la noche, él ha sabido ponerlas en sus copias.

Donde se puede encontrar algo de su espíritu es en la fotografía al monumento de Garibaldi. Allí ha interpretado la epopeya del siciliano, la grandeza de su genio avasallador y pujante, la rudeza de su carácter convicto, todo vibra en esta fotografía expresiva y marmórea como un verso de D'Annunzio. En ne-

gro dibújase la silueta del monumento con la severidad de las clásicas líneas; sobre él, como sobre un molde, yérguese el luchador, cabalgando el audaz caballo de pecho duro, pasan nubes tormentosas como detenidas ante su grandeza. En sus fotografías no se sabe si se adivina la hora. Hay un misterio del tiempo. Los personajes de Bonaventura viven en un ambiente donde el reloj de la arena no se deja sentir. Sus almas "visibles" como él las llama, no se sabe si han sido o si serán. Son almas solamente que se pierden en la eternidad.

Después de amena charla con el artista, salgo de su estudio, de un exquisito buen gusto, mientras los retratos acechan entre los marcos y luego me pierdo en las calles de Roma, donde la humanidad se agita entre las sombras a manera de ideas en un cerebro que pensara. Rumio aún la frase: el hombre es un cuerpo al servicio de una alma, la mástico de mal humor, y la trago, por no hacer al señor Platón el grave desaire de desmentirlo...

Roma, Octubre 29 de 1913.

(Publicado en "La Nación" de Lima, 21 de enero de 1914)

Biblioteca de Letras
IV EL VIAJE DE LA GIOCONDA.— LA TRISTEZA DE UNA
"Jorge Puccinelli Converso"
VIDA TRUNCA

Para "La Nación"

París estaba, artísticamente, bajo la advocación de dos mujeres á cuya sombra se acogía su espíritu tranquilo como Cartago al velo de Tamí. Aquellas dos divinidades eran el símbolo de ese pueblo sabio y sensible: la forma armoniosa é inmaculada de Afrodita y el espíritu insondable y plácido de Mona Lisa; el mundo desfilaba en el Louvre ante el pedestal de Venus y comulgaba luego en el Altar de la Gioconda. Estas dos hermanas armoniosas eran la carne y el espíritu, la forma y la idea, el cuerpo y el alma, y formaban una sóla vida artística que protegía desde las orillas del Sena a la humanidad que se purificaba en la eucaristía del arte, de las cosas intangibles y hondas, por encima de la torpe miseria de la vida.

Extranjeras, ambas habían llegado á ser parisienses. En su altar educáronse las generaciones y la religión de su belleza difundida llegó á ser universal. Ellas vieron pasar el innúmero peregrinaje de los hombres, sintieron las miradas de todos los ojos y las fiebres de todos los entusiasmos. Mas un día truncóse el paralelismo de esas vidas y una de las dos hermanas desapareció, la Gioconda no volvió á sonreír y París vistió luto por mucho tiempo.

La divinidad había abandonado su trono y en la tortuosa ruta de un viaje desconocido, perdióse en alas de un misterio impenetrable. Sólo quedaba el cuerpo frío, el rostro sin pupilas, la pagana forma de la manca inconsolable. Venus quedóse dueña de París. Desde aquél día algo faltó á la ciudad encantada y al espíritu francés faltaba una de sus más dulces complacencias; porque para aquella ciudad inquieta, la mirada de la Mona Lisa era como un refugio de espiritualismo en medio del cotidiano tormentoso. Los visitantes del Louvre, al salir ya no tenían ese gesto de peregrinos que han bebido en la fuente fresca y tranquila; ya en el templo de las bellezas no existía la sonrisa inefable, la gracia encantadora, la mirada profunda, las manos mórbidas, la paz misteriosa del paisaje florentino. Y notábase en los que salían un vago gesto de melancólico desencanto.

De vez en cuando aparecían en los diarios una vaga esperanza a dos columnas, más al día siguiente se callaban, y como nadie sabía el paradero, todos señalaban algún nuevo camino.

Por fin calláronse los diarios, enmudecieron los artistas y se buscó algo que hiciera desaparecer el recuerdo lacerante. Todo París se echó en brazo del tango argentino en medio de cuyas rítmicas volutas, los más horribles recuerdos se disipaban. Los que no estaban á la altura del tango se dedicaron á inventar pistas y á imaginarse al ladrón. Se creó una literatura giocondinesca. D'Annunzio empezó á escribir un libro: El hombre que ha robado la Gioconda...

El ladrón en la fantasía parisién.

Siendo la Gioconda una obra "invendible", creíase que el ladrón no fuese un pobre diablo. Se decía que la obra había sido robada por algún "ser superior", por algún artista, un excéntrico

ó un desequilibrado. Para unos, el ladrón era una especie de *Monsieur de Phocas*, que obsesionado por la sonrisa de la obra Leonardesca, la había robado para contemplarla solo y en paz. Se habló de un lord inglés, uno de esos antiguos personajes de Oscar Wilde, morfinómano y splinático. Dijeron algunos que un millonario yanqui la había llevado a su país; otros hablaron de un pintor francés y quienes de un iconoclasta judío. Para éstos el ladrón era blanco, rubio, depilado; para aquellos, moreno, pálido, de barbas; para algunos era un hindú; pero todos estaban de acuerdo en que no era un hombre vulgar sino un espíritu exquisito y refinado, capaz de comprender la maravilla de Leonardo. Era un "caso" de sentimentalismo artístico, de neurastenia aguda, de monomanía, de alguna de esas enfermedades que lo ponían muy por encima, moralmente de los cleptómanos de oficio, de los apaches de boulevard, o de los monederos falsos. Por eso cuando se tuvo la confirmación del hallazgo todos se preguntaron: —¿Quién es el ladrón?....

Pequeños comentarios sobre el ladrón de la Gioconda, o sea sobre Vicente Peruggia.

Oh, desencanto, oh, ilusiones rotas de la vida, oh, duro choque de la realidad que nos sorprende. Lords que caen del encumbrado sitial de la fantasía, obsesionados que no existen, neurasténicos que no roban, iconoclastas que no destruyen, *Monsieur de Phocas* que duerme en los anaqueles terrosos de alguna librería. Ninguno de esos señores ha robado la divina obra de Vinci. El ladrón... es un hombre. Un hombre como cualquier otro. Bajito, metido en carnes, sucio, cursi, estúpido, necio y bellaco. Vulgar en el tamaño que no es ni alto ni bajo. De una mediocrecidad repugnante. De una imbecilidad ofensiva. Ni abiertamente lombrosiano, ni claramente normal; ni tan bruto como para dejarse coger al cometer el robo, ni tan hábil para librarse de la cárcel con una respuesta atinada. Carece de todas las agravantes morales que le pudieran disculpar el robo, no es poeta, ni pintor, ni periodista. ¿Con qué derecho se robó la Gioconda?. En fin, es un cretino, que no merecía haber tenido entre los muros húmedos de su buhardilla, y bajo las telarañas de su colchón, la obra maestra de los siglos, la imagen de aquella mujer á la cual el divino Leonardo no le fué dado tocar con sus sabias y expertas manos.

De las torturas y malandanzas de la Gioconda durante los dos años de su ausencia, y al lado del cretino.

El ser innoble, catalogado ya en la cárcel de Florencia y que en trato de gentes de bien, llamóse Vicente Peruggia, ha narrado la historia de su robo: él era empleado en el Louvre, y aunque de arte no sabe absolutamente nada, indignábase siempre de que los extranjeros aplaudieran las obras más celebradas del Museo, entre las cuales habían muchas italianas. A él le habían dicho que Napoleón había sido un señor muy poderoso pero muy ladrón, que no se ocupaba de otra cosa que de robarse cuadros, y que muchos, todos los del Louvre, eran robados a Italia por Napoleón. Entonces nació en él el deseo de venganza. Concibió el robo, una mañana, aprovechándose de que no le veían, descolgó del muro la divina tela y se la ocultó bajo la blusa, como quién se roba un par de zapatos. Mona Lisa, bajo la blusa de Vicente, atravesó las calles de París para ir a alojarse debajo de una cama inmundada. Y allí ha estado la divina mujer, durante dos años, en la innoble compañía de ratas, arañas, humedad y mal olor. Un día emprendió viaje á su tierra. Iba en una caja de humildísimo abeto, junto con la ropa sucia del patriota que la conducía, sobre ella había zapatos rotos, calcetines usados y otras prendas de vestir de más interioridad. De allí pasó á la Prefectura y recuperada por las autoridades policiales y artistas, pudo ver la luz en la Galería de los Uffici, en Florencia, aquella patria de genios, de donde saliera en un lejano día. Florencia envió aquél mismo día al Palacio a unos cincuenta mil florentinos que desfilaron ante el cuadro, en desfile caballeresco, en homenaje a la obra y al genio italiano que le diera vida. Aquella sola manifestación, de tan delicada cortesanía, sería suficiente para desagraviar a Mona Lisa de los vejámenes sufridos en poder del Peruggia. La obra vendrá en breve a Roma y se exhibirá en la Villa de Médici. Toda la ciudad se prepara a recibirla y a rendirle pleitesía, en tanto en París se organizan grandes fiestas para celebrar su vuelta, el día que atraviere de nuevo los pasillos del Louvre, el día en que su hermana Afrodita la vea pasar, en cortejo triunfal, por el mismo sitio por el cual, en una mañana trágica, sus ojos sin pupilas no la descubrieron bajo la blusa azul de aquel bellaco...

Los honores en Roma.

Periodistas, universitarios, hombres de fama e ingenio, han pedido al Ministerio de Relaciones que la Gioconda sea expuesta en esta ciudad. El sábado aparecerá la obra en Villa Medici. Sabido es que Leonardo de Vinci dió sus últimos toques al lienzo, en Roma. Aquí, pues, donde por primera vez se insinuara su sonrisa, va a ser admirada, aquí, en la paz de la ciudad antigua, donde Leonardo fijara la dulce placidez, la casta mirada, aquel ensueño cándido, el espíritu inmutable, lo que hay de más puro y divino en una alma selecta, la suave insinuación de una sonrisa...

Roma, 1913.

(Publicado en el diario "La Nación" de Lima, sábado 24 de enero de 1914).

V. EL ESPIRITU DE ROMA.— LA EXPOSICION DE FLORES

Para La "Nación"

Biblioteca de Letras

En las tardes de otoño romano, llenas de nubarrones sombríos y de tempestades en gestación, en la obscuridad sinestra del invierno que se avecina, cuando las tardes mueren jóvenes y las estufas dan el calor que la naturaleza niega, mientras noviembre hace pensar en los muertos y a la lluvia enciende en el cementerio los primeros fuegos fatuos, abre sus puertas el Palacio de Bellas Artes, para exhibir las flores más bellas de la estación. Muchas gentes que se dedican a este romántico apostolado de las flores, eligen las más hermosas y las envían al torneo sentimental. Y así han ido a reunirse democráticamente, en los espléndidos salones del palacio, las más raras y delicadas flores. Finas florecillas raquílicas de conservatorio, anémicas, como damas enfermas a las cuales el menor airecillo hace morir; enormes y sangrientas, conservadas a pleno sol; minúsculas y celestes, enviadas de la campiña; aristocráticas, traídas de las mansiones de los príncipes; cuales arañas rojas, de cinco pétalos, acechan como manos iracundas; otras, del obscuro color y misterioso aspecto,

como viejas brujas; éstas, sencillas y apacibles, como niñas castas; algunas, blancas y buenas, como santísimas hostias; cándida y polícromas, rebosantes de vulgaridad; pensamientos en forma de calavera desdentada; violetas de Parma, que parecen hechas con viejas y descoloridas sedas celestes; y no pocas de colores vivos y chillones como banderas de países remotos. Las hay lánguidas, como una canción, puras y marmóreas como un verso, y gráciles como una onda serena. Todas esperan en los salones, donde un jurado, sabio en perfumes, en colores y en abonos, las consagrará como reinas de una fiesta quimérica.

El tiempo ha sido espléndido, la numerosa concurrencia, los premios sugestivos. Pielés, plumas, monóculos, humo de cigarrillos orientales, calorcito de estufa estimulante de las amenas charlas, nada ha faltado en el certamen. Sin embargo, la exposición ha tenido una vida breve y fugaz, ha sido como una vanal fiesta de sociedad. No parecía que se tratara de flores, sino de mujeres frívolas y mundanas. Se puede decir que la exposición ha fracasado. ¿A qué se debe este fracaso?... Ni a los organizadores ni a los concurrentes, ni al clima, ni al público. Se debe a las mismas flores. A la tristeza de las flores. Porque en Roma las flores son tristes, como las personas. No podría precisarse donde reside esa tristeza pero es evidente que hay algo muy sutil en las flores, que escapa a nuestras miradas torpes. Ya a alguien se le ocurrió decir que las flores tenían alma, pero fue una idea de poeta y estos señores están muy desprestigiados como sicólogos. Los claveles romanos son tan bellos como los de España, pero los claveles andaluces son alegres, y estos son melancólicos. Las rosas de Roma son tan hermosas como todas, pero son tristes. Los crisantemos, de tan exótica belleza, no son bien queridos por los habitantes de la ciudad augusta, y muchas familias no se atreven a comprarlos porque traen desgracia. Aquí las flores parecen flores de cementerio, melancolía, frialdad de muerte, perfume lánguido de tumbas, vaga entre los pétalos. Se cree que una flor debe cubrir siempre una tumba recién abierta, o morir entre las manos de un cadáver tibio. Y sea por el prejuicio el poco uso que las dan, estas flores son tan desoladas, que parece que nunca hubieran visto un cielo descubierto y azul, ni recibido la alegre caricia de un rayo de sol, ni el beso de una gota de rocío, cristalina y fresca. Ya no existe la guirnalda pagana ni los romanos se coronan de rosas.

Y hay una estrecha relación entre las flores de Roma y los romanos. Dijo Anatole France que Roma era tan alegre que hasta la muerte reía. No lo creo. La alegría de los verdaderos romanos, sus canciones, la voz doliente de sus organillos, el cantar de los ciegos, por las tardes, mientras muere el crepúsculo, no es sino una mueca de dolor disfrazada. Y no puede ser alegre un pueblo sobre el cual pesa tanto la Historia. Ya he dicho que hay dos Romas. Una Roma moderna, con tranvías eléctricos, fábricas y automóviles, cabarets, teatros y cinematógrafos, y otra, la Roma antigua, la verdadera, la que conserva su alma y su carácter inmutable y eterno. Y esa Roma verdadera es triste, con desoladora tristeza. Entre las ruinas terrosas que rastreras hiedras lamen y arbustillos circundan, entre las columnas rotas, los derruidos palacios imperialicios, y las soberbias mansiones desplomadas, se vive una vida de ensueño perenne y fantástico. La constante evocación del Pasado, el hálito de las cosas sepultadas, las glorias conquistadas, las decapitadas columnas gigantescas, el susurrar monótono de las fuentes y el Tíber que se desliza sin ruidos, todo induce a la melancolía y al dulce evocar. Entre todas estas cosas, los verdaderos tipos de romanos, muchos de los cuales conservan aún un perfil latino, un gesto de patricios, una frente de filósofos o un cuerpo de atletas, pasan cantando, cantan siempre, pero su cantar no es expresión de alegría, sino lenitivo de dolor. Para ellos el cantar es una droga, el placer un remedio y el sueño un bien.

Todo habla en esta ciudad maravillosa de la muerte. En los antiguos palacios patricios, viven modernas generaciones de sencillas gentes. Lo que fuera tumba de unos es hoy cuna de los otros. Sarcófagos de mármol sirven de lecho a muchas fuentes sobre las cuales escancian el agua, las generaciones que se levantan. Los templos son verdaderos cementerios. Es difícil encontrar un templo de Roma que no tenga diez o veinte cadáveres de papas o de personajes célebres, cuyos restos guarda y decora el mármol frío. La cruz con sus brazos abiertos corona casi todos los obeliscos y así, el arte mismo no puede liberarse de una marcadísima tendencia a lo pasado, limitando el vuelo de muchas almas jóvenes, que antes de desenvolverse, ya están aprisionadas por el hálito de un arte sepultado, e inadaptable a los tiempos que corren. Y es tan grande el atractivo que tiene la Roma antigua, es tan dulce pensar en los pasados tiempos de esta cuna

de civilizaciones, es tan adorable ver deslizarse el Tíber, bajo los puentes seculares, imaginando a las enormes manadas de esclavos etíopes, o egipcios que las construyeron, es tan maravillosa una noche de luna en el Colosseum, sentado en la arena que regaran los cristianos, bajo las garras afiladas de los leones de Libia, pasar por los mismos mármoles escalinados por donde pasaron los Césares en aquellos días de fiesta de sangre, tan amados y lejanos!

Todo esto me sugieren las rosas de la campiña y los crisantemos que esperan el premio del concurso. Paso delante de todas estas flores tristes, enfermas, no sé de qué mal, sin perfume y sin alegría. Desfilamos delante de flores blancas y leves; moradas, como sangre que se coagula; amarillas, como rostros de tuberculosos; más allá se alargan sobre sus gentiles tallos claveles encendidos, a su lado, violetas de Parma de sucio color celeste y rosas arrogantes y finas, y las palmeras de América, llenas de salvaje majestad, cobijan a las pequeñas flores, como madres cariñosas que acojen a sus hijos bajo sus brazos fuertes. Y salí desconsolado, porque las flores tristes y sin perfume son como "alma sin amores", como mañanas sin sol, como hogares sin niños...

Roma, 1º de Noviembre de 1913.

(Publicado en diario "La Nación", Lima, 30 de Enero de 1914.)

«Jorge Puccinelli Converso»

Tendencias de las Clases hacia el Poder, la Ideología y los Prejuicios

JOSÉ MEJÍA VALERA

El presente trabajo es un intento de integración sistemática de algunas hipótesis, empíricamente comprobadas en la realidad social de los Estados Unidos de Norte América, con el objeto de formar una teoría derivada de la investigación, que pueda servir de base para una ulterior confrontación en el ámbito latinoamericano y especialmente en la sociedad global peruana.

La enorme cantidad de investigaciones aisladas que se llevan a cabo en los Estados Unidos aún no ha sido recogida en un cuerpo teórico sistemático. Es necesario que los especialistas afronten de inmediato la riquísima veta de los trabajos empíricos que se han acumulado en cantidades insospechadas, a fin de encontrar los factores que juegan dentro de una problemática determinada, aprovechando que la metodología empleada nos garantiza la confiabilidad necesaria para la construcción científica.

Las hipótesis referidas han partido del supuesto que la distinción de la sociedad en clases se ordena en un continuo, en cuya parte superior están las clases altas y en la inferior las bajas, sin que pueda establecerse límites precisos entre ellas, quedando así amplias zonas marginales en donde los sujetos participan de las características de las clases colindantes. La diferenciación entre una y otra categoría se hace sobre la base del "status", o sea de las posiciones y prestigios que los individuos ocupan y adquieren en la sociedad, cuyo conjunto es lo que constituye la clase. (14)

Otro supuesto importante, dentro de tal sistema teórico, es que los individuos se encuentran constantemente redistribuyéndose

se en la escala de la estratificación y, por consiguiente, en los distintos status sociales.

En los Estados Unidos, muy especialmente, la conquista de la frontera terminó sólo en la primera década del presente siglo, lo que, unido a la ausencia de antecedentes estamentales, como lo señala Carlos H. Page (1), determinó un aumento en la intensidad de la movilidad social, generalizándose la convicción que era posible ascender desde los más bajos estratos hasta las posiciones elevadas. Cuando posteriormente apareció la gran empresa burocratizada se produjo mayor ansiedad en las aspiraciones, pues fué posible observar en los hechos un elevador que funcionaba eficazmente.

Es posible que estas circunstancias hayan favorecido una configuración especial de la realidad estadounidense.

Si recogemos la tesis de Richard Centers (2), quien afirma que la clase de un sujeto es una parte de su ego, un sentimiento de pertenencia a algo, una identificación con algo mayor que él mismo, y que existen diferencias entre la posición objetiva del sujeto en una clase determinada y su auto clasificación o identificación de clase; y la reinterpretemos, puede concluirse que en ciertos sectores existe conflicto entre los "grupos de pertenencia" y los "grupos de referencia". (12) Conforme a sus investigaciones, los individuos, en un alto porcentaje, a pesar de pertenecer a una clase que pudo ser objetivamente determinada por el investigador, se identificaron con otra, diferente. Esto no quiere decir, como lo piensa Centers, que la clase no sea, ni más ni menos, sino lo que la gente colectivamente piensa que es. Mas bien significa que en los estratos en que no había correspondencia entre la identificación objetiva con la subjetiva, se habían desarrollado fuertes sentimientos de ansiedad que condujeron a aquel conflicto entre grupos de referencia y pertenencia, ansiedad que, por otra parte, tiende a producir inseguridad de status y frustraciones que repercuten en la conducta de las clases.

Conforme a las investigaciones de J. Greenblum y L. I. Pearlman (3), se puede distinguir los siguientes grupos que reciben la influencia de estos factores: a) grupo móvil, aquel que se encuentra en proceso de cambio, que puede ser una mudanza súbita o una modificación gradual en el curso de toda la vida del individuo; b) grupo estacionario, formado por personas que han variado de status, de una generación a otra; y c) grupo marginal, in-

tegrado por los recién llegados o advenedizos a cierta categoría social.

Como puede apreciarse, los tres tipos de grupos se encuentran referidos a los límites de las clases. El grupo en movimiento se compone de personas que están en proceso de ascenso o descenso; el marginal por individuos que recién han terminado su movilidad, y el estacionario por quienes no han cambiado de status, por lo menos de una generación a otra.

Gracias a la movilidad ascendente, los grupos que están en proceso de ocupar posiciones en los status altos se muestran inseguros. Por el contrario, los cambios sociales lentos, determinantes de la agrupación estacionaria, dan más tiempo para los ajustes sociales, y dirigen la lenta acumulación de las frustraciones hacia canales socialmente aceptables. Por último, la movilidad descendente produce un grupo marginal que ha asimilado valores de una clase más alta, a la que toma como punto de referencia para su conducta, o grupo de referencia, y en la cual desearía asegurar su calidad de miembro.

Correlacionados con estos factores subjetivos se encuentran los siguientes hechos: a) tendencia a la afirmación de las posiciones; b) tendencia a la justificación de las mismas, y c) tendencia a los prejuicios.

La tendencia a la afirmación de las posiciones no figura, expresamente, en las investigaciones empíricas que sirven de base a este trabajo, aunque sí lo está implícitamente. Puede afirmarse, con alto grado de certeza, que los grupos estacionarios tienden a desarrollar actitudes que refuercen su posición. Su comportamiento importa la defensa de un status que de momento no se encuentra en peligro, pero que puede verse amagado por las corrientes competitivas de las demás clases. Es dentro de la clase alta donde la tendencia merece especial estudio, por las importantes derivaciones que de ella se desprende. Es evidente que esta clase, como grupo estacionario, no tiene sentimientos de inseguridad, pero en cambio puede sentirse amenazada, lo que también conduce a fenómenos de afianzamiento.

Los grupos que mantienen el monopolio de las grandes empresas, dentro de un complejo de otros factores, tienden a asegurar su posición mediante el manejo del poder político. De ahí que el concepto de clase no pueda tratarse desvinculado de los fenómenos de poder. Es obvio que no sólo el afán de afirma-

ción juega en este caso, ya que también los procesos de una economía de mercado y la concentración de la riqueza tienen su parte importante en la producción de la tendencia.

Es significativa la tesis de Robert A. Brady (4), quien afirma que después de la gran guerra de 1914, surgieron en todas partes "asociaciones centrales" que agrupaban a toda una línea comercial o industrial, lo que dió ocasión a que los gigantes de los negocios fueran tomando las redes de control, de tal manera que en algunos casos llegaron a adquirir las características de grupos unificados. Este control de los negocios —continúa— ha ido estrechándose hasta el extremo que ahora lo detentan determinadas camarillas directivas y administrativas, y en esta forma las asociaciones comerciales adquirieron una significación nueva: se transformaron en entidades de poder. Según este criterio, el gobierno se convierte en un auxiliar o aliado para llevar a la práctica los deseos de este nuevo sistema de pirámides de control entrelazadas, así como en el recurso indispensable para eliminar las formas nacionales e ideológicas de sus detractores.

Un factor que ayuda a la estabilización del poder político podría encontrarse en los desarrollos empíricos de Heins Elau (5), quien afirma que la forma como las clases son experimentadas o concebidas, determinan una diferencia significativa en la conducta política. En efecto, las personas que integran tanto los grupos móviles como los marginales, orientan su actuación no por la situación objetiva en la cual se encuentran, sino por los grupos de referencia que han tomado como modelo para su conducta, adoptando tanto sus actitudes como sus papeles políticos. La gran masa de personas en proceso de ascenso y marginales que tratan de ganar status, tienden, en virtud de su orientación por los grupos de referencia, a adoptar actitudes y roles propios de las clases altas, lo que favorece o incrementa el poder electoral de éstas. Además, según la investigación a que me estoy refiriendo, la identificación de clase, que no es sino la orientación por los grupos de referencia, es un continuo que tiene dos polos: uno es la actitud y el otro el papel social. Ambos tipos de identificación operan simultáneamente, con más o menos éxito, sobre los aspectos particulares de la conducta política, de suerte que es posible, gracias a la identificación, que los individuos adopten ya la actitud o ya el papel político de sus grupos de referencia que, en la mayoría de los casos, son las clases altas.

Es evidente que en cuanto a las actitudes y papeles políticos de las clases, no basta con lo anteriormente dicho, a pesar de ser válido y comprobado, sino que es preciso tener en cuenta otro factor importante: la propaganda ideológica.

Pero aparte de la propaganda, que trataremos más adelante, es preciso tener en cuenta que la gran mayoría de los ciudadanos de Estados Unidos se polarizan entre dos partidos políticos: Demócrata y Republicano. Es posible que las circunstancias económicas e históricas de este país favorezcan tal división, casi neutral en cuanto a doctrina, lo que determinaría que las inclinaciones políticas se manejen, en mucho, por la influencia personal, conforme lo ha demostrado Gerhart H. Saenger (6) en una investigación sobre status social y conducta política en la ciudad de Nueva York.

En esta ciudad, constató Saenger, hay una lenta desaparición de las distintas líneas de status en la composición de los dos partidos, que puede deberse a factores históricos específicos: en una depresión la identificación del Partido Demócrata con las reformas sociales impresionará en mayor grado al público que durante una época de prosperidad, en las cuales hay una tendencia a olvidar las penalidades del pasado. Mientras dure la depresión puede producirse una aguda cristalización de las líneas de clases en términos de preferencia de partidos, pero —afirma Saenger— la polarización dejará de funcionar si los programas de ambos partidos son semejantes en cuanto a seguridad social y proyectos de trabajos públicos. Los dos mayores partidos de Estados Unidos, en consecuencia, no representan intereses clasistas opuestos, aunque el Demócrata haya sido, a raíz de la gran crisis de 1929, más inclinado a concesiones sociales que el Republicano. En general, la separación política partidaria de los Estados Unidos, de ninguna manera es semejante a la que existe en Europa o en América Latina, de suerte que las clases, sobre las cuales pesan los factores antes discutidos, están adscritas a partidos neutrales, doctrinariamente hablando, respecto a los grandes movimientos que se vienen observando a partir de mediados del siglo XIX.

Por otra parte, de la investigación efectuada por Stanley A. Hetzler (7) respecto al radicalismo y conservatismo, tomando como índice la satisfacción e insatisfacción, aparece que los referidos grados de satisfacción corrían paralelos con los travesaños

socio económicos, de suerte que las clases bajas presentan mayor radicalismo y las altas más conservatismo. Es evidente que tal insatisfacción puede acrecentarse en algún momento, y por canales a veces imprevistos, en contra de las posiciones altas, de donde resulta propio que éstas traten no solamente de afianzar sus status, sino, a la vez, de justificarlos mediante la propaganda ideológica.

Naturalmente que la ideología no depende unicamente del deseo de justificación de una posición, puesto que se encuentran en juego otros factores. Pero en general puede decirse con Mannheim (8), que la manera cómo se considere la historia y se construya una situación total a partir de ciertos hechos, depende de la posición que se ocupe en la sociedad.

Reinhard Bendix (9) sostiene la hipótesis que cada minoría pretende defender su participación en la riqueza y justificar su autoridad, porque hay otra minoría prevaleciente que hace reclamaciones rivales. Esto se refiere especialmente a los primeros años de la industrialización en Europa, donde hubo necesidad de que la naciente burguesía luchara contra los viejos grupos feudales para poder afianzarse. La lucha ideológica se entabló, entonces, entre ambos puntos de vista. Los primeros empresarios afirmaban que sus intereses estaban identificados con los intereses nacionales, y los viejos grupos consideraban tales ideas como un desafío.

«Jorge Puccinelli Converso»

En lo que respecta a las clases bajas, la ideología de los primeros empresarios fué una simple prolongación de las relaciones tradicionales de los estratos inferiores. Fué más adelante, cuando la industrialización rompió con la tradición, que los intereses de los primeros empresarios se identificaron con las virtudes cristianas y el pueblo fué alentado para que emulara esas prácticas. Su baja situación económica era, de no seguir el consejo, de su propia y exclusiva responsabilidad.

En una segunda etapa, a causa del desarrollo de los sindicatos y de la burocratización de las empresas, se hizo necesario fortalecer el control de los "managers" sobre los trabajadores, y el resultado fué que el trabajo se consideró como una planificación científica en lugar de una exhortación moral. Por lo tanto, la vieja ficción de una persecución privada de ganancias y la consideración del trabajo como un deber impuesto por si mismo fué

abandonada y se comenzó a ver el trabajo como una alianza a una causa común.

Pero si bien es cierto que la ideología aparece en función de la posición que se ocupa en la sociedad, también es verdad que dichas creencias deben ser difundidas para que surtan el efecto buscado, esto es, la justificación de la posición a fin de mantener el status.

Brady (4) hace ver que después de la gran depresión de 1929, la Asociación Nacional de Fabricantes de los Estados Unidos empezó un vasto programa de relaciones con el público, de suerte que hasta 1937 la propaganda creció de un 7.2% a un 55.2% del total de su presupuesto. La tesis central de esta propaganda aspiraba a la conversión del público a los objetivos económicos, ideales y programas de la comunidad de negocios en su conjunto, pues para aventajar al movimiento obrero era preciso cambiar el punto de vista del gobierno, empeñado en el New Deal, y para lograr este fin era menester, ante todo, convertir al público en general.

Dentro de estas filas es donde nacieron, se alimentaron y florecieron las técnicas de las relaciones con el público. Su objeto era coordinar todos los intereses de la política de los negocios para vender al público la "justificación" de la posición adoptada por el conjunto de altos núcleos, acerca de todos y cada uno de sus problemas, y con tal fin se agrupó en una sola propaganda, central y unificada, las relaciones obreras, legislativas, agrícolas y todas aquellas que implicaban contactos con grupos cuyos intereses pudieran entrar en pugna con los suyos propios. La propaganda se convirtió en un medio para atraer al público, o a sectores especiales de éste, hacia el punto de vista de la pirámide de control. Esto explica la enorme invasión de la llamada literatura educativa de la Asociación Nacional de Fabricantes, destinada a penetrar en todos los rincones de la vida norteamericana. Es una propaganda que llega hasta las raíces de los principios que sirven de base a la sociedad, es decir, la propaganda tiene un carácter ideológico.

En una palabra, la tendencia a la afirmación de las posiciones ganadas dentro de la escala de la estratificación conduce, necesariamente, a la justificación de la misma, es decir, a la producción y propagación de una ideología.

Es posible ahora enlazar este factor con las investigaciones de Elau (5), ya referidas, respecto a la identificación de clase y la conducta política. Indudablemente que la orientación por grupos de referencia es alentada mediante la propaganda ideológica, de suerte que ambos factores cooperan para producir un resultado determinado, tanto en las manifestaciones de las actitudes, como en la adaptación de los papeles políticos.

El tercer fenómeno, relacionado con la inseguridad de status, es la aparición de los prejuicios.

Los prejuicios sociales han sido clasificados, según su grado de intensidad, de la siguiente manera : (13)

1) Prejuicios consistentes en una actitud negativa, eludiendo contactos con miembros de un grupo (Distancia social).

2) Prejuicios que importan una afirmación interna pero que se expresan en algunas relaciones con los miembros del grupo que disgusta, mostrando una fría actitud hacia ellos. (Estereotipo).

3) Prejuicios que no llegan a negar derechos legales a los miembros del grupo que disgusta, pero que conducen hacia alguna forma de discriminación social, como por ejemplo evitar, manifiesta e intencionalmente, contactos sociales. (Discriminación o tensión).

4) Prejuicios que llevan a actos discriminatorios, negando derechos a los individuos que pertenecen al grupo discriminado.

5) Prejuicios que no solamente guían hacia una conducta discriminatoria, sino que fomentan y desarrollan propaganda para posteriores discriminaciones, que pueden estar confinadas a un círculo privado (tratando de convencer a los amigos) o manifestarse en público, en discursos o escritos incitando a actos de discriminación.

Ateniéndose a las investigaciones de Greenblum y Pearlin (3), resulta que los grupos con movilidad vertical, que están cambiando su posición y status en la jerarquía de la estratificación, tienden a expresar prejuicios con mayor frecuencia que los grupos estacionarios. Esto se debe a que, como ya se ha visto, los grupos móviles ascendentes están ocupando posiciones que consideran inseguras, lo que se traduce en prejuicios. De igual manera, los grupos en descenso dentro de la escala de estratificación

llevan a frustraciones que también conducen a los prejuicios. Esta hipótesis se ha comprobado comparando los grupos móviles, ascendentes o descendentes, con los grupos estacionarios, que acusan bajo porcentaje de prejuicios. La explicación es que tales grupos estacionarios, debido a que experimentan cambios de status demasiado lentos, generalmente sólo de una a otra generación, tienen mayor tiempo para ajustes, no produciéndose los procesos de ansiedad o inseguridad, que son la base de los prejuicios.

Además, aquellos grupos que tienden a asegurar un status o prestigio inestable, tienden también a tener mayores actitudes de prevención que aquellos otros relativamente más seguros en status y prestigio.

Tanto los grupos ascendentes, orientados por un grupo de referencia, como los descendentes, desarrollan un sentimiento de inestabilidad. Los orientados hacia las clases altas tratan de asegurar su status por lo mismo que lo consideran inestable, y los que han descendido en categoría, por razones semejantes, experimentan frustraciones, factores ambos que predisponen hacia los prejuicios como forma de defender una colocación o liberar las ansiedades.

En cambio, aquellos grupos que mantienen un sentimiento de seguridad en su posición, están menos predispuestos a los prejuicios, ya que no tratan de defender logros inestables.

Por otra parte, de la misma investigación resulta que la función de los prejuicios, en aquellos grupos que están perdiendo prestigio, es hacer consciente esta disminución y, para aquellos otros que lo están ganando, enaltecer y asegurar el recién adquirido prestigio.

Una comprobación más de esta hipótesis se encuentra en la medida del grado de hostilidades. Esta será mayor en aquellos segmentos que están sujetos a tensiones más intensas, o sea aquellos que se identifican con las clases medias, segmentos que, por otra parte, están inseguros en sus nuevos status. Pero no debe perderse de vista tampoco que Centers (10), ha constatado que las discriminaciones, en una considerable extensión, aparecen como una función de la falta de educación, factor que es concomitante con la clase media inferior y la clase baja.

Por último, los prejuicios, en la mayoría de los casos, se dirigen contra las minorías que, real o supuestamente, se perciben como entablando competencia para escalar posiciones. (3)

Toda esta problemática se ha construido sobre la base de que las clases se disuelven en la estratificación de la sociedad total. Dentro de este planteamiento, la perspectiva de la comunidad aparece como una enorme escala, en la que no hay sino que comenzar a subir por los canales de la circulación vertical que, según la tesis de Sorokin (11) serían la escuela, la iglesia, el ejército, y las organizaciones políticas, económicas y profesionales.

Podría haber dos limitaciones, consecuentemente, a la teoría fundada sobre tales principios: 1º que la estratificación social no sea similar a clase social y, 2º que la movilidad no tenga el carácter que se le atribuye en los Estados Unidos.

No hay que perder de vista que reemplazar la clase por la estratificación es destruir su concepto mismo, de suerte que sólo puede hablarse de estratos altos o bajos, según como estén colocados dentro de la escala de prestigio.

La clase puede categorizarse mediante las siguientes notas:

- a) "Grupos" parcialmente clausurados, que se oponen los unos a los otros;
- b) diferenciados por causas económicas, determinadas por la polarización de la sociedad a raíz de la revolución industrial;
- c) creadores de sub-culturas como consecuencia de la diferenciación económica;
- d) participando desigualmente en el poder; y
- e) que pueden adquirir, en determinado momento, conciencia de clase.

Claramente se observa que se trata de dos conceptos disímiles, aunque guarden aparentemente grandes analogías. La primera cuestión a esclarecer es, por lo tanto, si en los Estados Unidos la sociedad está dividida en estratos que se superponen por orden de prestigio, o si hay efectiva separación de clase. Consecuencia de este primer esclarecimiento tiene que ser el siguiente: si esta organización es válida sólo para los Estados Unidos o se puede generalizar a los demás países industriales y a las llamadas zonas subdesarrolladas.

El segundo punto a discutir es, si efectivamente en los Estados Unidos existe alta movilidad como aparece de la literatura, o si se trata de una creencia producida por la propaganda ideológica, que proclama que cualquier persona, por humilde que sea su origen, puede escalar posiciones; propaganda que podría tener por objeto crear un espíritu de competencia individual y destruir la solidaridad social, por una parte y, por otra, justificar los status ganados por los sujetos de las altas esferas. A este respecto no hay que olvidar los juicios de Sorokin (11): "es verdad que han desaparecido en nuestra época los obstáculos jurídicos y religiosos para el ascenso social, pero en cambio han aparecido otros nuevos. En la sociedad moderna no es necesario haber nacido noble para llegar a los estratos superiores, pero en cambio es preciso ser rico. En teoría, en los Estados Unidos cualquier ciudadano puede llegar a ser presidente de la República, pero en realidad el 99.9% de los ciudadanos tienen tan poca probabilidad de lograrlo, como el 99.9% de los súbditos de una monarquía la tienen de ascender al trono".

No obstante, las deducciones antes discutidas, tienen valor aún en el caso que se cambie el concepto de estratificación por el de clase, porque las investigaciones se han basado en la comparación de grupos más o menos cerrados: móviles, estacionarios y marginales; y porque este tipo de agrupaciones aparecen también dentro del seno de las clases. Puede dejarse de lado la realidad o falsedad de la movilidad social que, en mayor o menor grado, se cumple en toda sociedad, aún en aquellas de castas totalmente clausuradas, cuidando sí de no exagerar su importancia o intensidad real.

Una posterior comprobación sería constatar si esta problemática es aplicable a la realidad latinoamericana en sus tres niveles: afianzamiento de las posiciones, justificación ideológica y prejuicios.

BIBLIOGRAFIA

- 1.—CHARLES A. PAGE.— *Social Class and American Sociology*, 1940.
- 2.—RICHARD CENTERS.— *The Psychology of Social Class*. Princeton, 1949.
- 3.—J. GREENBLUM AND L. I. PEARLIN.— *Vertical Mobility and Prejudice: a Social Psychological Study*. (In *Class, Status and Power* edited by B. Bendix and S. M. Lipset, The Free Press, 1953.
by B. Bendix and S. M. Lipset, The Free Press, 1953.

- 4.—ROBERT A. BRADY.— La riqueza tras el Poder. México, 1945.
- 5.—HEINZ ELAU.— Identification with Class and Political Behavior. (In The Public Opinion Quarterly, vol. xx, Nº 3).
- 6.—GERHART H. SAENGER.— Social Status and Political Behavior. (In Class, Status and power, edited by R. Bendix and S. M. Lipset). 1953.
- 7.—STANLEY A. HETZLER.— Social Mobility and Radicalism-Conservatism. (In Social Forces, 33, 1954).
- 8.—KARL MANNHEIM.— Ideología y Utopía, México, 1941.
- 9.—REINHARD BENDIX.— Work and Authority in Industry. New York, 1956.
- 10.—RICHARD CENTERS.— Actitudes and Belief in Relation to Occupational. (In Social Forces, 33, 1954).
- 11.—PITIRIM SOROKIN.— Social Mobility, 1927.
- 12.—Sobre la distinción entre grupos de referencia y pertenencia. Véase : GEORGE H. MEAD.— Mind, Self and Society, Chicago, 1934. MUZAFER SHERIF.— Group Relations at the Crossroads, New York, 1953. ROBERT K. MERTON and PAUL F. LAZARSFELD.— Continuities in Social Research, Studies in the Scope and Method of "The American Soldier", The Free Press, Ill.
- 13.—The Main Types and Causes of Discrimination, United Nations, Commission on Human Rights, Subcommittee on Prevention of Discriminations and Protection of Minorities, Lake Success, New York, 1949.
- 14.—Véase al respecto : TALCOTT PARSONS.— A revised analytical approach to the Theory of Social Stratification. (In Class Status and Power, Edited by Bendix and Lipset, The Free Press, Glencoe Illinois, 1953). ROBERT LYND and MERRIL HELLEN LYND.— Middletown, New York, 1929. LLOYD WARNER and PAUL LUNT.— The Social Life of a Modern Community, 1949. RICHARD CENTERS.— The Psychology of Social Class, Princeton, 1949.

Crónicas de Japón

POR ALBERTO TAURO

Desde Vancouver se insinúa ante los ojos del viajero la proximidad del Oriente, porque su recepción está parcialmente a cargo de personal en cuyos rasgos se perciben los ancestros asiáticos. Ya destacan chinos, japoneses y aún hindúes entre los que aguardan en el aeropuerto. Cuando el avión se eleva, a las 10 de la noche, el firmamento luce un tono plúmbeo; y a la distancia se percibe una engañosa franja blanquecina, o destella en el horizonte una hermosa gradación de matices rojos. Durante largas horas volamos hacia el norte, a un extremo occidental de Alaska, donde la noche sobrecoge, pues —aunque corta en el verano— es negra, silenciosa y fría. Luego se endereza el rumbo hacia Tokio. Solo se percibe quietas y sombrías masas de nubes, hasta que la luz empieza a despuntar. Pero se diría que el alba es un espejismo, porque pasan las horas y no se altera su tenue luminosidad. Aún sopla la brisa fresca, y aún se extiende su claror opalino, cuando la travesía concluye.

TOKIO

Tokio es una ciudad grande, y desconcertante. En 1959, su población ha pasado ya de 9 millones; y sus calles, ordinariamente congestionadas, son a veces ocupadas por mareas humanas que las luces del tránsito ordenan. Es una urbe en la cual destacan las moles de los grandes edificios, a cuyo lado se acurrucan a veces la tímida y orgullosa jerarquía de una casa tradicional. Su formación parece obedecer a sucesivas agregaciones de calles, barrios y aún pueblos, porque su traza es confusa, tortuosa,

laberíntica. Aun las grandes avenidas desafían toda perspectiva, pues son pocas las que presentan en línea recta más de tres o cuatro cuadras; y en medio de éstas se abre con frecuencia una vía informal, con curvas y ángulos caprichosos, que brinda insospechado retiro a los hogares que en ellas abren sus hospitalarias puertas. Inclusive hay calles virtualmente circulares. Y la nomenclatura no ayuda a orientarse, porque tradicionalmente tuvieron denominaciones los barrios o las intersecciones de las calles; y aunque hace pocos años se las ha aplicado a ciertas vías principales, no se ha extendido el uso de la numeración domiciliaria y la ubicación se hace por referencia. Se necesita la experimentada asistencia de un guía para penetrar en las tensas actividades de la ciudad.

Felizmente, el japonés está dotado de una espontánea cortesía. Atiende cuanto se le pregunta y se esfuerza por responder con exactitud. Alguna vez me ha ocurrido que al preguntar a un viandante, y no poder explicarse éste en forma adecuada a mi ignorancia del idioma, se ha brindado a servirme de compañía hasta el lugar deseado. A la gente común se la ve laboriosa, y honesta; a la juventud, ostensiblemente altiva y vivaz; a los hombres maduros, en una actitud reflexiva y algo ensimismada. No hay mendigos, porque todos hacen algo para ganarse el sustento; y no suelen ser aceptadas las propinas, porque se las juzga como una limosna que rebaja a quien la acepta. Viejos y viejas, quizá inhábiles ya para el trabajo, llevan a la espalda un cesto donde arrojan papeles y otros desperdicios que van coleccionando en las calles, y en los umbrales de un tenducho ví alguna vez reunida una apreciable cantidad de tales cestos, cuyo contenido era examinado y clasificado por varios individuos. La miseria no da reposo, pero no priva a las gentes de su dignidad.

Como corresponde a ciudad tan grande y gentes tan activas, por todas partes se halla negocios y talleres. Son particularmente interesantes los pequeños, porque en ellos se revela un significativo aspecto de las costumbres. A su instalación se consagra de ordinario la entrada del hogar doméstico, separada de la calle por una mampara o abierta a la curiosidad de los transeúntes; y dentro se percibe la estera —o *tatami*— que cubre el piso de la habitación familiar. Aun los propios negocios presentan a veces una plataforma ligeramente elevada, desde la cual atienden descalzos los dueños o con los pies embutidos en blandas

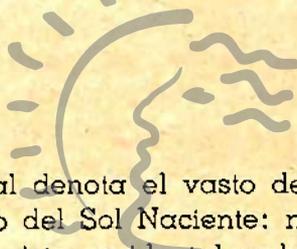
pantufilas; y allí ejercen su artesanía, sentados sobre el *tatami*, o en cuclillas, o en alguna postura personal. A veces denotan una especialización máxima. Y donde quiera se hallen, otorgan carácter al ritmo urbano.

Usualmente es breve y cansino el paso de los japoneses, porque suelen usar un calzado rígido, consistente en una plataforma de madera que descansa sobre dos gruesos listones transversales, y que se adhiere al pie mediante ligaduras semejantes a las empleadas en las sandalias. Lo llaman "guehta", y lo usan tanto mujeres como hombres. No permite la flexibilidad del paso, ni la correcta articulación de la rodilla; y, si bien es práctico en cuanto aísla de la lluvia, solo da margen a un paso corto, que exige asentar pesadamente el pie o favorece la costumbre de arrastrarlo. Las mujeres calzan también una especie de sandalias, con suela gruesa o elevada en los talones mediante una cuña y que recibe el nombre de *zori*. En ambos casos puede llevarse el pie desnudo; pero en las mujeres es frecuente el uso de una media corta, predominantemente blanca y fabricada con tela de algodón (que recibe el nombre de *tabi*), y en la cual está separado el pulgar de los dedos restantes, porque entre uno y otros debe insertarse el cordón que la fija. En verdad, es gracioso y con cierto donaire el paso menudo de las mujeres jóvenes, envueltas en un kimono vistoso y calzando *guehta* o *zori*, pues en ellas se cifra una nota de color y ensueño; y quizá da aquel una viril dureza al andar de los hombres. Pero a las personas provecas las hace parecer cansadas, vegetativas, mecánicas. Y si la vida cotidiana, tanto como el sentido estético de las mujeres, van cambiando esta faz de las costumbres, debe reconocerse que a ello oponen un freno el bajo precio de *guehta* o *zori* (que escasamente equivale a la quinta o sexta parte del fijado al calzado occidental), el hecho de permitir estos la libre expansión del pie y parecer por ello más confortables, y la adhesión a los usos tradicionales que nostálgicamente mantienen los mayores.

La mujer desempeña labores que en otras partes le están vedadas, tales como la cobranza en los vehículos de transporte colectivo y la limpieza de calzado. Ha superado los prejuicios de otros tiempos, y se educa al lado del hombre. Ha adoptado las modas occidentales para el trabajo y el tráfico callejero. Pero sólo por excepción divisé cogidos de la mano a dos jóvenes enamorados, y no he visto que un hombre lleve del brazo a una mu-

jer. Esta mantiene una discreta y sumisa cortesía ante los varones; a su lado se la ve a veces con la mirada reticente, el mentón inclinado hacia el pecho y las manos unciosamente unidas debajo del busto; y parece obvio que en la vida familiar continúa su absoluta subordinación. En las reuniones formales, tanto como en los espectáculos artísticos, su vestido de gala es el kimono; y en las vías urbanas usan el tradicional vestido las ancianas, o las mujeres que tal vez atienden sólo a sus quehaceres domésticos. Libros especiales detallan el arte de confeccionar y vestir un kimono; y en sus líneas ampulosas, en su preciosismo, en su contribución al recato de las formas, parece hallarse un símbolo del firme arraigo que en el pueblo japonés tienen sus viejas costumbres, no obstante el aparente entusiasmo con que han incorporado a su existencia cotidiana los usos de Occidente. Estas forman quizá una cáscara, bajo la cual se repliega el alma profunda y mística del Oriente.

AUGE EDUCACIONAL



Un hecho fundamental denota el vasto desarrollo de la educación en el viejo Imperio del Sol Naciente: no existen analfabetos. Y desde el punto de vista occidental podrá captarse con mayor exactitud lo que eso significa, si se tiene en cuenta que la lectura supone el conocimiento de dos mil signos básicos y su aprendizaje satisfactorio ocupa por lo menos cuatro años. Una máquina de escribir tiene 2260 caracteres, que pueden ser parcialmente reemplazados por los existentes en cajas auxiliares, y con éstos se eleva a 3000 el total de signos que una mecanógrafa debe usar. Pero no basta la simple mención del hecho. La influencia que ejerce en la vida y la cultura del pueblo un medio de información y autosuficiencia tan indispensable, está claramente revelada en la difusión de los diarios, pues de ellos editan más de tres millones los más importantes, y los 255 que existen en el país lanzan cotidianamente cerca de 35 millones. Sólo Estados Unidos y la Unión Soviética exceden esta cifra, pero debe tenerse presente que la población de dichos países es muy superior a la de Japón.

Hace ya cuatro décadas que la totalidad de los niños comprendidos entre los 6 y los 14 años concurre a la escuela; pero si en 1920 fueron afectados cerca de 10 millones de alumnos, esta cantidad ascendió en 1957 a 18'674,457, porque la enseñanza obliga-

toria se ha extendido de 6 a 9 años por efecto de la Ley Fundamental de Educación, promulgada el 31 de marzo de 1957; y porque después de la II Guerra Mundial se ha incluido a las mujeres en los beneficios de la enseñanza obligatoria. En consecuencia, han debido aumentar considerablemente: por una parte, el número de maestros; y por otra la suma consignada en el presupuesto nacional para el sostenimiento de la educación. Únicamente en las escuelas primarias y secundarias, sirvieron durante el año 1918 hasta 194,516 maestros, entre los cuales se incluye 5,190 incorporados a las escuelas privadas; y en 1957, los maestros aplicados a los mismos niveles educacionales han sido 694,025, considerando 44,186 que se hallan al servicio de las escuelas privadas. Pero estas cifras son aún más apreciables, si se involucra en ellas a los maestros de los jardines para la infancia — en los cuales no es obligatoria la concurrencia— y de las escuelas especiales: pues, desde 2,245 en 1918, se ha elevado su número hasta 33,155 en 1957. Es fácil comprender que la asociación profesional constituida por los maestros sea, en el Japón, una respetable fuerza social y política. Justamente se reunieron las delegaciones de todo el país, en junio de 1959, y durante una noche entera discutieron aspectos militares de los acuerdos internacionales negociados por el gobierno.

Para el sostenimiento de la educación se ha consagrado cantidades proporcionalmente, ascendentes: desde 3,6 por ciento hasta 6 por ciento de la renta nacional, y desde 12,7 hasta 20,9 por ciento del presupuesto nacional. Por tanto, la educación deviene el principal campo de aplicación de las energías del país. Ocupa a 663,353 niños en los jardines para la infancia; 18'674,467 en las escuelas primarias y las secundarias inferiores; 2'897,646 en las escuelas secundarias superiores; 31,609 en las escuelas especiales; y 642,106 en las universidades y escuelas profesionales; 1'070,323 en escuelas para artes aplicadas. Y, por añadidura, 735,247 maestros. Todos suman 24'714,651 personas, que aproximadamente representan el 27 por ciento de la población del país.

Cabe advertir que en estas cifras se hallan incluidos los alumnos de las escuelas vespertinas y nocturnas, así como los profesores parcialmente consagrados a la enseñanza. Y lo subrayo, porque me ha sido posible observar a los niños colaborando en la plantación de arroz, en la mañana de un día domingo; y de-

sempeñando sencillas tareas artesanales o comerciales en diversas oportunidades. Pero en ninguna forma disminuye esto la importancia de las cifras mencionadas. Por el contrario: denota la trascendencia de la educación, que hace del niño y el adolescente un cooperador eficaz en las actividades productivas de la familia y, consecuentemente, un aventajado partícipe de la vida social.

Funcionarios y profesores a quienes hemos entrevistado, juzgan que la atención consagrada actualmente a la educación es el resultado ostensible de la democratización del país, desde 1945. La derrota sufrida en la II Guerra Mundial ha demostrado que los recursos bélicos no son eficientes para asegurar a Japón una influencia estable sobre los países asiáticos y hacer respetable su posición en el mundo, y sus dirigentes confían ahora en el potencial humano. Con sus 91 millones de habitantes volcados en las diversas fases del trabajo productivo y, por tanto, integrando un vasto mercado, Japón está en aptitud de aportar al entendimiento internacional una cooperación positiva. Y aquella alegada democratización, fecunda para la conciencia japonesa en los días de crisis que siguieron al colapso militar de 1945, puede ser la energía que determina su marcha dinámica.

Tan importante aspecto de la vida nacional está regido por la Ley Fundamental de Educación, que el gobierno promulgó el 31 de marzo de 1947, después de haber estudiado durante un año las recomendaciones de la Misión Educativa de Estados Unidos. Y se considera que ella ha efectuado una reforma tan decisiva como la operada por la Ley que, en 1872, distinguió las tres etapas de la formación intelectual e introdujo los sistemas modernos: porque ajusta los propósitos y la organización de la actividad educativa a los ideales democráticos que consagró la Constitución aprobada el mismo año 1947.

En efecto, sólo en 1886 se había establecido la enseñanza obligatoria, pero limitándola a los tres primeros o a los cuatro años de la educación primaria; en 1908 fueron extendidas a seis años la duración y la obligatoriedad de esa etapa escolar; en 1941 se proyectó conferir igual carácter compulsivo a los dos años iniciales de la educación secundaria, pero no se llevó a efecto tal medida debido a la especial emergencia creada por la guerra; y la nueva ley ha prolongado el período de la enseñanza obligatoria a nueve años, o sea, a los seis de la educación primaria y a los

tres años iniciales de la educación secundaria. Es fácil establecer que la prolongación de la permanencia del alumno en la escuela tiende a favorecer la formación de la juventud, y a permitirle un mejor aprovechamiento de las oportunidades que la vida social ofrece. Y la trascendencia democrática de la medida se acentúa en cuanto la ley establece: 1º, absoluta gratuidad de la enseñanza, que durante los nueve años sólo exigirá al estudiante los gastos correspondientes a los libros de texto y otros materiales escolares de uso personal; 2º, atención exclusiva a la habilidad, y supresión de los prejuicios discriminatorios basados en raza, credo religioso, sexo, posición social y económica, u origen familiar; 3º, supresión de toda enseñanza que tienda a favorecer o contrarrestar a un partido político determinado y exaltación de los conocimientos necesarios a la ciudadanía inteligente y honesta; 4º, tolerancia religiosa y, por tanto, supresión de toda insistencia en favor de una religión cualquiera; y 5º, coeducación. Puede pensarse que tales principios se hallan consagrados por la orientación predominante en nuestra época, e implican el reconocimiento de una situación que la ley debe consagrar; pero no se olvide la significación jerárquica y religiosa del Imperio del Sol Naciente, alterada por la Constitución en cuanto proclama la plena soberanía del pueblo y confiere al Emperador una representación simbólica; y se advertirá que la ley Fundamental de Educación ha iniciado en Japón una profunda y efectiva democratización, que afecta a la ideología social y las proyecciones de la enseñanza.

A través de los seis años a los cuales se extiende la escuela primaria, el objetivo consiste en sentar las bases del conocimiento de la ciencia y la educación técnica. Ante todo, mediante la lectura del idioma japonés y su respectiva escritura, primero con pluma y luego con el pincel de los viejos tiempos; y también mediante las indispensables nociones de historia y geografía nacionales, de Aritmética y ciencias naturales, de moral aplicada, de música y dibujo, artes aplicadas y ejercicios físicos. Son disciplinas cuyo elemental desarrollo coincide con el afianzamiento de la conciencia del niño, tendiendo a mostrarle las vías de una provechosa aplicación de su esfuerzo. Y, en la práctica, debe establecerse su continuidad con las materias que integran el curriculum correspondiente a los tres años de la enseñanza secundaria inferior. Pero con una diferencia fundamental, pues a las asigna-

turas enunciadas, que deben ser obligatoriamente seguidas por todos los alumnos, se agrega otras cuyo estudio es electivo. Por ejemplo, una lengua extranjera; o nociones de agricultura, técnica, comercio y pesquería; o música y bellas artes. Pero sólo podrá aplicar tres horas semanales a estas materias electivas, de manera que el estudiante puede quedar limitado a designar la lengua extranjera que desea aprender; o a distribuir ese tiempo entre tecnología y dibujo aplicado, que tienen respectivamente asignadas dos horas y una; o a intensificar sus estudios de Matemáticas. Se pretende que el alumno se aproxime así a la especialidad que deberá adoptar en la educación secundaria superior y posea los primeros secretos de una posible profesión.

La educación secundaria superior se extiende también a tres años; pero no es obligatoria y, por tanto, deja de ser gratuita. Ambos hechos se reflejan elocuentemente en la radical disminución del alumnado, que sólo llegó en 1957 al 50,67 por ciento del registrado en el primer ciclo, no obstante la posibilidad de seguir los cursos respectivos en escuelas vespertinas o nocturnas y compartir el estudio con alguna actividad remunerativa. De manera que la diferenciación de los dos ciclos —o niveles— ha determinado una virtual reducción de la enseñanza secundaria. Lógicamente, es también menor el número de las escuelas que atienden al segundo ciclo: sólo 4,907, en tanto que fueron 12,990 las escuelas secundarias inferiores. Menor el número de maestros: 138,248, en tanto que los consagrados al nivel inferior fueron 205,443. Y menores también los gastos respectivos: 60,385 millones de yens, y no 99,301 millones de yens aplicados al primer ciclo. Pero la comparación de tales cifras sugiere muchas interrogaciones acerca de la realidad de la educación secundaria superior: pues la circunstancia de ser atendida por un número de maestros que proporcionalmente —67.28 por ciento— excede al de alumnos en 16,61 por ciento, parece oscurecida ante el hecho de equivaler el número de escuelas al 37.77 por ciento. Puede inferirse la existencia de cierta congestión en algunas especialidades; y su mayor costo con respecto a la educación secundaria inferior, pues sus gastos exceden al 60 por ciento de los erogados para ésta. Su desenvolvimiento afronta quizá algunos problemas, debidos al ambicioso fraccionamiento de las orientaciones técnicas y a la escasez de profesores especializados.

La educación secundaria superior es atendida en dos tipos de escuelas: académicas y vocacionales. A su vez, las primeras o-

rientan hacia Filología y Literatura japonesas, Ciencias Sociales, Matemáticas, Ciencias Físicas y Naturales, Educación Física, Bellas Artes y Lenguas extranjeras. Y las segundas están consagradas a las artes domésticas, agricultura, ingeniería, comercio y pesquería. Pero en cada caso se asigna al alumno una materia obligatoria y se le otorga la facultad de elegir dos adicionales entre varias electivas. Por ejemplo: en la especialidad de Ciencias Sociales es obligatoria la Educación Cívica; pero el curriculum se completará con dos cursos pertinentes a Historia de Japón, Historia Universal o Geografía Humana. O, si se trata de Matemáticas, se deberá tender durante el ciclo a disminuir la atención otorgada al aprendizaje de los conocimientos básicos para intensificar gradualmente la aplicación de dichas ciencias y, teniendo como obligatoria el Algebra, el alumno podrá elegir además entre Geometría, Análisis Matemático y Cálculo Diferencial e Integral. E igual complejidad presentan los estudios vocacionales, pues abren ante el estudiante las perspectivas que proponen la técnica y los requerimientos económicos de la época: desde sastrería y cocina en lo tocante a las artes domésticas, hasta reparación de motores o sistemas eléctricos de los automóviles en ingeniería mecánica. Los campos son múltiples. Pero como no se trata sino de estudios secundarios, que conducen hacia las profesiones universitarias o hacia el ejercicio de una habilidad práctica, tales especializaciones no proporcionan sino una anticipada y muy fragmentaria iniciación en la respectiva disciplina. En verdad, han quebrado la unidad de la formación que usualmente ha proporcionado la escuela secundaria.

En cuanto a la plena realización de las finalidades señaladas a la educación secundaria superior, se advierte que sólo parcialmente ha sido posible llevarla a cabo, pues fuera de la capital y algunas ciudades principales existen obvias circunstancias que impiden proveer adecuadamente a su implantación. En parte se trata, por tanto, de un ensayo. Y, como los dirigentes japoneses aceptan hoy todos aquellos planes que puedan conducir al país hacia una satisfactoria recuperación, someten a persistente examen las experiencias de la nueva organización escolar, y en su oportunidad efectuarán los reajustes que convengan a su tradición y sus actuales rumbos.

TEATRO EN TOKIO

Cada teatro parece animado en Tokio por ambiente y género propios: porque la calidad del estilo histriónico y del repertorio condicionan la selección y la adecuada animación del público; y, lógicamente, las costumbres que éste observa en cada caso otorgan un sabor complementario al espectáculo. Pero no lo decimos por los teatros que montan obras de autores consagrados por la crítica internacional, ni por los que ensayan modernas y atrevidas concepciones del ordenamiento escénico, sino por aquellos que suelen ser recomendados al extranjero en cuanto sus presentaciones constituyen muestras de las afinidades culturales japonesas. Cautivan verdaderamente, no sólo en cuanto expresan los ideales de diversas escuelas, sino como supervivencias de sucesivas etapas de desarrollo literario; y la circunstancia de coexistir en el presente demuestra la lealtad del pueblo japonés hacia su tradición y ayuda a comprender las complejas direcciones de su espíritu. No creo que en otro lugar exista un teatro exclusivamente consagrado a una forma dramática medioeval, como en Tokio al poético *noh*; difícilmente podrá hallarse paralelo al hecho de que el drama clásico mueva la emoción de vastas audiencias en tres salas plétóricas; y juzgo muy sugerente que uno y otro alternen con dramas psicológicos y sociales contemporáneos, y aún con animadas revistas musicales. Pero me ha parecido advertir algunos indicios de cambio en la actitud cultural del pueblo japonés, al reparar en la desigual atracción de tales géneros.

En efecto, el *noh* es presentado únicamente dos o tres veces por semana, en sala que sólo parcialmente llena un público integrado por extranjeros y japoneses de edad madura; entre los aficionados al drama clásico se ve a numerosos jóvenes; pero éstos predominan notoriamente entre los amantes de las revistas musicales; y quizá pueda decirse que por excepción se ve a los viejos en los teatros destinados al drama psicológico o social. Tal vez gustan de éste las nuevas generaciones, porque sus personajes y sus temas corresponden a una directa experiencia de la vida y, en cierta manera, les permiten participar en los móviles creadores del autor; acuden a las revistas musicales porque su ligereza e intrascendencia franquean un grato esparcimiento; y aún pueden hallar que los repertorios estables de las formas dramáticas tradicionales imponen una repetición convencional, ya este-

reotipada. En cambio, las generaciones adultas admiran el *noh* y el *kabuki*, en atención a su jerarquía y su carácter original, respectivamente debidos a la antigüedad de sus modalidades expresivas y a la circunstancia de inspirarse en la esencia del alma nacional.

Austero es el ambiente del *Kanze Kaikan*, donde el público se limita a la contemplación de los movimientos y las palabras rituales del género llamado *noh*, y aun durante los intermedios es atraído por alguna pieza subsidiaria; pero su instalación se ha modernizado, pues el oriental *tatami* ha sido desplazado por confortables butacas y ya no es preciso descalzarse antes de entrar —según lo hizo Aurelio Miró Quesada Sosa en 1933—. En cambio, el *Teatro Kabukiza* es tan formal como suelen serlo en Occidente los teatros destinados a la ópera, y allí se extiende aún sobre el suelo de los palcos la fresca y blanda superficie del *tatami*, de modo que los espectadores deben sentarse en ellos a la usanza japonesa; y como sus funciones duran cuatro horas y media, muchos abandonan la sala en los intervalos para acudir a los restaurantes instalados en el sótano, o para obtener ligeras viandas y refrescos en los negocios que ocupan los pasillos laterales; pero muchos permanecen también en sus asientos y desenvuelven plácidamente unas pulcras cajitas, en las cuales se halla una comida completa. Y cierto desgare se advierte en los teatros consagrados a la revista musical: muy discreto en el *Teatro Takarazuka*; y pintoresco en el *Teatro Kokusai*, cuyo ingreso está flanqueado por multicolores tendejones donde se expenden refrescos y dulces, *souvenirs* y revistas, y en cuya sala circulan durante los entreactos apresuradas vendedoras que ofrecen atipladamente desde aguas gaseosas y helados, hasta chocolates y *sandwichs*.

En los teatros mencionados avanza el escenario hacia los espectadores; y, si bien es cierto que sólo en las revistas musicales parece buscarse cierta fusión con el público mediante el desplazamiento de los actores por los pasillos de la platea, puede estimarse que la disposición y la fluidez del movimiento escénico tiende a superar en los otros géneros toda separación rígida. Sin telones, se reproduce en el *Kanze Kaikan* la arquitectura convencional de un templo, en un ángulo de la sala, de modo que los asientos flaquean el escenario por el frente y uno de los lados; y hacia el fondo se mantiene un pasaje abierto, que extiende considerablemente el campo de la escena, pues en él se anuncian y lan-

quidecen las lentas evoluciones de los actores. Un amplio pasillo atravieza en el *Teatro Kabukiza* el lado izquierdo de la platea, desde la entrada hasta el escenario, y por allí se desplazan a veces los actores, dando gran amplitud a las acciones y aun confiriendo proporciones extraordinarias a su dramatismo. Y en los teatros *Takarazuka* y *Kokusai* se extiende hacia la platea un amplio semicírculo, en cuyo interior queda alojada la orquesta; de modo que las filas avanzadas rodean el escenario y la acción histriónica tiende a excitar la animación del espectador.

Tanto el diseño de los decorados como el juego de la tramoya son prácticamente perfectos en teatros como el *Kabukiza* y el *Kokusai*. A veces sólo hace falta un ligero oscurecimiento para lograr un cambio total de la escena: bien, mediante la división del decorado en varios fragmentos que giran sobre un eje; bien, mediante la elevación o el descenso de un plano. Otras veces se producen efectos sorprendentes, como la simulación de un incendio por ejemplo; o, con el auxilio de una proyección cinematográfica, se deja ver la incesante fluencia de un arroyuelo sobre el lecho rocoso fingido en la decoración. Y todo esto en un escenario amplio y profundo, cuya perspectiva completa no es fácil dominar.

Con excepción de las dinámicas revistas que presenta el *Teatro Kokusai*, el movimiento escénico es muy limitado en las formas dramáticas *noh* y *kabuki*, pues en éstas se conserva una tradición que se remonta varios siglos en el pasado y que sus mantenedores respetan celosamente. De una parte, porque el menos esencial entre los elementos característicos del *noh* es, precisamente, la acción; y de otra, porque las escenas del *kabuki* son cuadros plásticos en los cuales importan los parlamentos, así como el canto en el *noh*. En ambos actúa un coro, que denota claramente la antigüedad de esos géneros, y cuyas palabras previenen, acompañan o explican las situaciones dramáticas planteadas. Y cubierto por un vestido negro —que impone la convencional obligación de considerarlo inexistente— actúa en el *kabuki* un sujeto que debe preparar las mutaciones escenográficas o desde un extremo del escenario golpea dos tablas cuando se acentúa la intensidad del momento dramático y el diálogo; y, aunque se lo supone invisible, es obvio que tales maniobras confieren peculiar versatilidad a la secuencia del drama y ciernen sobre ella un matiz agorero. Por todo ello se puede inferir que el origen de

esos géneros se halla en ceremonias rituales, cuyas supervivencias condicionan su carácter y su originalidad.

Según se ha establecido en lo tocante al teatro europeo, el drama llamado *noh* ha tenido su remoto origen en la música y la danza de los juglares, que actuaban ante los campesinos llegados desde diversos pueblos a una ciudad como Nara, a fin de vender allí sus productos excedentes y asistir a algún festival religioso. A los sencillos elementos de aquel arte se unieron luego ciertos movimientos imitativos y el acompañamiento musical. Pero la creciente influencia del sacerdocio budista y la magnificencia dada al culto determinaron el empleo de hábiles artistas, que en vez de las farsas populares presentaron en forma objetiva e impresionante la significación de los ritos o algunos hechos que la leyenda atribuye a Buda. Diferentes templos tuvieron entonces grupos de intérpretes, que en sus ceremonias hicieron gustar al pueblo aquel nuevo arte. Probablemente se plantearon interesantes emulaciones. Y, entre aquellos artistas, a Kiyotsugu Kanami (1333-1384) y su hijo Zeami Motokiyo (1363-1443) —pertenecientes al templo de Kasuga, en Nara, y distinguidos por el favor del shogun Yoshimitsu— se les reconoce el mérito de haber perfeccionado y definido el *noh*. Es en homenaje a ellos —descendientes de la familia Kanze— que el teatro consagrado a esa modalidad de arte dramático ha sido llamado Kanze Kaikan.

Cuatro elementos se distingue en el *noh*, a saber: canto, danza, música y acción. Pero, en armonía con su origen, la finalidad de este género no consiste en desenvolver una acción, pues a lo sumo se interpreta ésta en forma simbólica; y, por tanto, el cuarto elemento es el menos importante. La justa combinación de los tres restantes, conducida hacia una simple y armoniosa unidad, tiende a inspirar en el público cierto elemental sentido de la belleza. Pero debe considerarse que el canto sigue fielmente el texto clásico, tal como fué escrito hace 600 años o antes; de modo que aun los japoneses captan a veces con dificultad la profunda sugestión de sus palabras, animadas por un espíritu místico y el destino ritual de la pieza. Que los movimientos de la danza son muy lentos y convencionales, porque en ellos no se expresa tanto como se sugiere; y, tendiendo a crear expectativa ante su secuencia, acentúan su simbolismo. Y que la música —producida por una flauta y tres tambores de diversos tamaños—, según los antecedentes tradicionales representados por los géneros llamados den-

gaku y *sarugaku*, es sólo un acompañamiento destinado a ritmar el canto y la danza. Es claro, pues, que el carácter de los referidos elementos se halla condicionado por el origen y la naturaleza del *noh*, y que no mantiene ninguna semejanza con el uso que de ellos puede hacerse en el teatro occidental. Inclusive, lo determina así la antigüedad de las piezas que constituyen el repertorio de este género, que ascienden a 240 y de las cuales 100 fueron escritas por Zeami Motokiyo. Y, por añadidura, la circunstancia de respetarse en la presentación de esas piezas el atuendo usado durante el siglo XV, así como algunos procedimientos escénicos de los viejos tiempos: adaptación del escenario a la apariencia de un templo, para sugerir el carácter ritual y simbólico de la pieza; ausencia de decorados; participación de un coro cuyos individuos visten a la usanza de los sacerdotes budistas; intervención exclusiva de actores, que en los papeles femeninos o en la interpretación de personajes simbólicos usan máscaras, y deben reemplazar el gesto con el apropiado movimiento de la cabeza y las manos. El conjunto es insospechado para los ojos del occidental, y atrae al mismo tiempo que desconcierta.

En tanto que las presentaciones del *noh* se ajustaban a las solemnidades ceremoniales que le dieron origen, el pueblo empezó a gustar del teatro de títeres —o *yoruri*—, que en Japón ha alcanzado extraordinario desarrollo, y del *kabuki*. Este es considerado como evolución de los elementos coreográficos y dramáticos del *noh* y, aunque en su forma inicial fué cultivado en la primera mitad del siglo XVII, sólo en la centuria siguiente alcanzó su definitiva modalidad, especialmente con las piezas debidas a Tsuruya Namboku (1755-1829). Pero se juzga secundaria la significación literaria del *kabuki* y, en cambio, relieve, su importancia artística. Ha conservado la música, enriqueciéndola con instrumentos de cuerda; la danza, cuya extrema lentitud ha sido abandonada pero respetando su carácter simbólico y sugestivo; y el coro, cuyas palabras acompañan o comentan la acción. Y como se dijo ya en lo atañadero al *noh*, o como ocurriera en la época shakesperiana, sólo intervienen actores en el *kabuki*. Esta ha llegado a ser una característica del género. Pero, con el auxilio de tocado y maquillaje cuidadosos, los papeles femeninos son irreprochables; y aun se dice que a la habilidad y el estudio de los actores especializados se debe que resulten mejor contrastados que si dichos papeles fueran interpretados por mujeres.

Desde luego, el *kabuki* es más popular que el *noh*. Y se explica, porque es un espectáculo animado y multicolor, en el cual se evoca el espíritu de los tiempos clásicos, mediante una apropiada conjunción de factores artísticos. Pero los japoneses empiezan a preferir la escena moderna, debido a su carencia de esoterismo y a la reacción sentimental que éste inspira a las generaciones jóvenes. Y, por su organización, tiene particular atractivo el conjunto coreográfico que actúa en el *Teatro Kokusai*. Se halla consagrado a la revista musical y está exclusivamente integrado por mujeres, cuyas edades fluctúan al rededor de los veinte años. Su selección y su formación profesional son cuidadosamente atendidas por la *Shochiku Ongaku Buyo Gakko* —es decir, Escuela de Música y Danza Shochiku—, de Tokio, la cual examina cada año más de 2,000 niñas de 16 y 17 años, y de ellas escoge sólo 40 ó 50, en atención a su belleza, su educación y sus antecedentes familiares. Durante dos años prosiguen en la escuela su formación intelectual y reciben educación artística —ballet, canto y coro, baile japonés antiguo y moderno, bailes occidentales modernos, maquillaje, peinado y actuación escénica—; al cabo actúan como aprendices, durante un año, en el conjunto del *Teatro Kokusai*, o eventualmente desempeñan partes sencillas de las bailarinas titulares que sufrieran algún impedimento; y después de ese período reciben un certificado de graduación. Entonces son contratadas por tres años, para actuar en la modalidad por la cual hubieran demostrado mayor vocación, y se les ofrecen instrucción y estímulos personales. Únicamente al término de este segundo período pueden ser incorporadas como titulares del conjunto —*Shochiku Girls Revue Troupe*—; pero deben renunciar a toda perspectiva matrimonial, así como a cualquier actuación por radio o televisión, drama o cine. Y es fama que las principales bailarinas tienen más tarde especial éxito en la formación de sus propios conjuntos, y aun en el cine o la televisión, pues su calidad profesional y su disciplina aseguran la eficiencia de su actuación. Integran un conjunto homogéneo, vivaz, dúctil. Revelan una fina sensibilidad para interpretar los más diversos ritmos. Y parece que forman el lado moderno y risueño de la compleja faz que luce Japón.

PRACTICAS RELIGIOSAS

Cuando un creyente implora una merced, en algún templo budista o shintoísta, debe arrojar una moneda en una urna que para tal efecto se halla en el umbral del santuario, chocar dos veces las palmas de las manos y mantenerlas luego unciosamente unidas, mientras abate la mirada y en silencio eleva su pensamiento o su deseo hasta las incógnitas regiones donde moran las divinidades. La moneda es un tributo, una muestra de humildad y vasallaje, y las palmadas tienen por objeto atraer la atención del dios, para que en su plácida bienaventuranza no olvide iluminar con su mirada el sendero del mortal que le ruega. La plegaria suele ser muy breve, y no me ha parecido que se halle sujeta a una fórmula ritual; pero sí he creído advertir que una moneda confiere opción a una sola intención, pues me he detenido a observar la conducta de los fieles e indefectiblemente he visto arrojar una segunda moneda antes de repetir las palmadas y la oración. Por añadidura, pueden ofrecer otra moneda para tener el privilegio de balancear una sogá de esparto o de telas de algodón trenzadas, y golpear con ella un gong de bronce, que se halla pendiente del umbral, y se presume que debe herir con su grave son los oídos del dios indolente y benévolo.

¿Ingenuidad o tradición? No, ni mucho menos. Aunque los prejuicios racionalistas del occidental puedan ver una explicación eficiente en tales estímulos, el pensamiento oriental es muy profundo y serio para acogerse a motivaciones tan elementales. Considera el budismo que el universo es una totalidad, caracterizada por la perfecta armonía de las cosas que la integran, susceptibles de recíproca dependencia y penetrabilidad; la acción de una cosa cualquiera engendra inevitablemente una reacción en cuanto de ella depende, y ésta origina a su vez un movimiento en las cosas próximas; de modo que esa armonía, hipotéticamente establecida en la quietud de las cosas del universo, tiende a restablecerse a través de una onda que provoca en ellas acciones y reacciones sucesivas hasta retornar al principio, y éste se confunde con el fin así como en un círculo. En consecuencia, las sencillas actitudes de los creyentes que golpean sus manos o producen el grave sonido del gong, han de llegar necesariamente donde reposan los dioses, y el movimiento que éstos se vean obligados a efectuar se proyectará a su vez hacia los primeros; y, en

cierta forma, el equilibrio del universo establece así, en virtud del principio de causación que el budismo identifica, una permanente e inevitable relación entre las acciones de los hombres y los seres iluminados que ya se encuentran libres de la forma y las limitaciones de la vida.

Pequeño o magnífico, en el interior de un modesto solar o en medio de parques umbríos, cada templo se anuncia mediante una puerta simbólica —o tori— formada por dos pilares verticales, sobre los cuales descansa un vasto travesaño, cuyos extremos se elevan para representar el descenso del cielo y la firmeza del asentamiento en la tierra. Y el tori se levanta aisladamente, sin conexión directa con parte alguna del templo, para plasmar la idea de la limitación del espacio sagrado y sugerir al mismo tiempo la vastedad del universo y la libertad del espíritu. Hacia el interior, a ambos lados de los escalones que suelen anteceder al templo mismo, se hallan sus guardianes: dos perros esculpidos en piedra, o dos imágenes con los rostros contraídos por la cólera y ordinariamente pintados de rojo. Y allí, en esa zona donde los creyentes suponen aproximarse al mundo cósmico, se encuentran dos medios de purificación natural: un recipiente cuadrangular, cuyas paredes líticas ostentan relieves significativos, y hacia el cual fluye el agua clara; y un área pétreo donde arden los avivados rescoldos del fuego sagrado. Cuando se efectúan festivales religiosos, o los días en que el descanso permite a las gentes visitar los templos más venerados, utilizan pequeños vasos de madera, con mango largo —que a este efecto descansan sobre el pretil—, para extraer agua del recipiente, absorberla y enjuagarse la boca, pues así creen eliminar las impurezas del cuerpo y del espíritu. Y para el fuego sagrado adquieren unos haces de varillas adorantes, que pronto despiden un humo opalino, en el cual sumergen la cabeza y las manos, y se las refriegan una y otra vez, porque así alejan las enfermedades y los dolores.

También presentan a las imágenes algunas ofrendas, pero con significación puramente espiritual, pues las he visto más o menos uniformes y nada ostentosas. Por ejemplo: tiras rectangulares de papel, o tablillas, o pequeñas pagodas de barro coloreado, donde el sacerdote inscribe el nombre del oferente antes de colocarlas al pie de la imagen o en el santuario. Durante un festival ví expender pequeños cestos de mimbre, que envolvían en papel y ordenadamente ponían en gradientes situadas al lado del ara

sagrada; o bien, hallé en algunas ocasiones frutas naturales ante las imágenes, y aún pequeñas pipas de sake. Así agradecen mercedes recibidas, que probablemente simbolizan a veces en las mismas ofrendas.

En el templo o en una instalación adecuada, los visitantes pueden interrogar acerca de su porvenir a un sacerdote. Tiene éste un cilindro de madera, en cuyo interior se confunden numerosas tablillas; cuando alguien lo requiere, agita el cilindro y sale, por una pequeña cisura hecha en su eje, una de esas tablillas; es sólo una clave, mediante la cual debe obtener una tira de papel, en una gaveta determinada de las varias decenas que posee un mueblecito colocado a su alcance. Allí está escrito el vaticinio. Es claro, pues, que no se trata de una adivinación especial, astrológica o quiromántica, sino de una conjunción del azar y el ingenio de los sacerdotes; pero se la solicita con mucha frecuencia y hay ocasiones en que se prolonga largamente la percusión de las tablillas revueltas en el cilindro.

La preocupación que inspira el porvenir se asocia a la creencia de que éste puede ser dirigido por el favor de los dioses. Y, en tanto que los fieles juzgan posible atraer sus poderes taumatúrgicos, los sacerdotes enseñan la forma de lograrlo. Por ejemplo: en el templo donde se veneran —en Nikko— las tres imágenes de Buda, que emergen beatíficamente de sus respectivas flores de loto, los visitantes son invitados a ofrecer unos leños que para mantener el fuego sagrado se venden allí, y a inscribir sus nombres y sus deseos en el libro del santuario. Y las palabras que un sacerdote repite en son monótono y desvaído, aparecen —traducidas al inglés— sobre un gran cartel hacia el cual se proyectan de tarde en tarde los resplandores de la hoguera ritual, mientras algún otro las señala cuando ve visitantes extranjeros. Son las siguientes: "Goma, el sacerdote del fuego sagrado, rezaba aquí y guardaba el fuego. Tú, visitante, serás muy feliz por el fuego sagrado, en cuanto el fuego quema a los diablos y los sufrimientos. Por favor, escribe tu deseo y tu nombre, y obsequia 100 yens, y tu deseo estará seguramente garantizado. Además, tú habrás hecho un conjuro justamente ahora. Desea la paz en tu hogar, buena salud, éxitos, negocios, prosperidad, larga vida, etc."

Algunos templos se enorgullecen de ser visitados cada año por millones de creyentes. Los sacerdotes offician con unción y,

dando quizá la idea de que sólo atienden a las tareas que son gratas a los dioses, miran con displicencia a las gentes que los requieren. Pero sorprende ver sólo a viejos y mujeres en las ceremonias descritas, y escuchar —a estudiantes universitarios y hombres maduros— que las prácticas religiosas apenas inspiran general acatamiento a las horas del matrimonio y la muerte. La juventud se mantiene alejada y escéptica ante las diversas manifestaciones del culto. Y tal perplejidad se atribuye al desenlace de la II Guerra Mundial —en la que Japón fué derrotado a pesar de ser el Emperador descendiente de los dioses, según el shintoísmo— y a la consiguiente democratización del país —expresada en la constitución que proclama la soberanía del pueblo y que el propio Emperador juró como ciudadano—, pues ambas circunstancias han determinado la búsqueda de un nuevo camino. El hombre debe hallar por sí mismo, y mediante sus obras, la vía que lo conduzca a triunfar sobre el mal.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

Notas y Comentarios

CONTRIBUCION AL CATALOGO DE SEUDONIMOS PERUANOS

por ALBERTO TAURO

En la **Introducción** al Tomo VII del antiguo **Mercurio Peruano**, Joseph Rossi y Rubí llamó la atención hacia la influencia que el uso de los seudónimos tiene en la formación de los juicios literarios, en cuanto embozan la identidad de los autores y evitan que las afinidades o las diferencias puedan alentar un pronunciamiento parcial; pero en seguida ofreció una clave de los principales nombres adoptados por los colaboradores de la ilustrada publicación, pues, habiendo sido ya empleados durante dos años, la opinión se encontraba formada y era conveniente que refluyese hacia los propios escritores el mérito de sus obras. La incógnita debe ser despejada, y establecida la identidad de los autores como en aquel preclaro ejemplo, porque el tránsito del tiempo convierte muchas veces en misterio el secreto que pudo originarse como juego, y el conocimiento pierde un hilo conductor. Como en los casos de aquellas poetisas coloniales llamadas **Una señora principal deste reino** y **Amarilis**, a quienes sus contemporáneos no revelaron y que hoy son para los historiadores de la literatura un desafiante problema.

En este aspecto de la erudición, se debe a José Toribio Medina las numerosas y muy apreciables noticias que, sobre autores y obras del Perú, incluye en su valioso **Diccionario de Anónimos y Seudónimos Hispano-Americanos** (2 v. Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1925). Y a Jorge Basadre, el haber llamado la atención sobre la necesidad de difundir y coordinar cuanto pudiera aclararse con respecto a los seudónimos de autores peruanos, para "suministrar un material de referencia a quienes escriban la historia de la cultura del Perú"; y el haber ofrecido la primera contribución **Pora un catálogo de seudónimos Peruanos** (en **Boletín Bibliográfico**: Vol. VIII, Nº 2, pp. 185-187; Lima, VII-1938). En armonía con tales antecedentes, sucedieron tres importantes aportes: de Francisco Mostajo, con su acuciosa y al mismo tiempo sugestiva **Contribución al catálogo de seudónimos** (en **Boletín Bibliográfico**: vol. IX, Nº 1-2, pp. 13-25; Lima, VII-1939); de Jorge Cornejo Bouroncle, con **Algunos seudónimos de escritores cuzqueños** (en **Boletín Bibliográfico** (vol. X, Nº 1-2, pp. 1-4; Lima, VI-1940); y de Evaristo San Cristóval, en **El Comercio** (Lima, 28-VII-1941), como **Contribución a la Historia del Periodismo en el Perú**.

Para unificar fuentes tan diversas, Emmo Castro vertió todas sus informaciones en una sola lista, agregándoles las que holló en el catálogo de la Biblioteca Nacional y mediante algunas averiguaciones verbales. Reunió así 866 **Seudónimos de Autores Peruanos** (en **Fénix** : N^o 4, pp. 866-893; Lima VII-XII de 1946), alfabéticamente ordenados, y con un índice de los autores mencionados.

Nuevas adiciones enriquecieron posteriormente los conocimientos acerca de los autores embozados en nombres circunstanciales, a saber: de Amadeo Delgado Pastor, quien acopió referencias sobre cuatro centenares, efectuando así una apreciable **Contribución para un catálogo de seudónimos de autores peruanos** (en **Boletín Bibliográfico**: vol. XVIII, N^o 3-4, pp. 254-264; Lima, XII-1948); y de Manuel S. Reina Loli, a quien se debe noticias de los **Pseudónimos Ancashinos** (en **El Comercio** : Lima, 28-IX-1952).

Y a las mencionadas relaciones agregamos ahora nuestro "grano de arena", para que el esfuerzo esclarecedor no se interrumpa y, por el contrario, se tienda a dar la precisión y la cohesión posibles a las notas que hagan conocer fácilmente los seudónimos usados por autores peruanos, y señalen dónde y cuando los usaron. Porque hay seudónimos que en diversas épocas han sido adoptados por dos o más escritores —como **Puck**, con el cual han suscrito artículos Ezequiel Bolarezo Pinillos, Alberto Ferreyros, Roberto Mac-Lean y Estenós, y Suiberto Torres—; o que son alternativamente colectivos y unipersonales —como **Luis Perena**, un tiempo usado por los hermanos Carlos y José Pareja Paz Soldán, y solamente por el segundo con posterioridad a la muerte del primero—; o que simultáneamente aparecen en escritos de diverso origen —como ocurre con las iniciales **M. C. E.**, correspondientes a Miguel Caveno Egúsqüiza, y con las cuales suscribió muchos artículos Víctor Raúl Haya de la Torre—. Por eso no he vacilado en incluir algunos seudónimos ya identificados, cuando he podido añadir datos pertinentes a las publicaciones y la fecha en que fueron usados.

- A. de Villahermosa**, seud. de Alberto Ballón Landa.
- Ajenor Vanda**, seud. de Pedro Paz Soldán y Unánue, formado con las mismas letras que componen su más conocido apelativo (Juan de Arona).
- Allain**, seud. de Pedro Alvarez del Villar en **El Comercio** (Lima, 1952 y años siguientes).
- A.L.T.**, seud. de Alfonso La Torre en los comentarios bibliográficos escritos para **Cultura Peruana** (Lima, 1957 y años siguientes).
- Analista**, seud. de Francisco Miró-Quesada en **El Comercio** (Lima, 1956 y años siguientes).
- Angel U. Favia**, seud. de Juan Francisco Valega en **Lulú** (Lima, 1915-1916).
Es un anagrama de su nombre.
- Angélica del Pont**, seud. de Leonor Saury en **El Comercio** (Lima, 1868) y en **El Correo del Perú**.
- Anita Kipp**, seud. de Cecilia Bustamante en **Cultura Peruana** (Lima, 1958) y otras publicaciones periódicas.
- Aral-Serrot**, seud. de Jorge Torres Lara en **El Comercio** (Lima, 1960).
- Aristodemo**, seud. de José Toribio Polo en **El Nacional** (Lima, 1870).
- Assian**, seud. de Alejandro Lora Risco en **Cultura Peruana** y **La Crónica**, así como en el poemario titulado **La vigilia horadante** (Chiclayo, Ediciones Resol, 1953).

- Atiris**, seud. de Aristides Heredia Meiggs en los comentarios sobre actualidad teatral escritos para **La Crónica** (Lima, 1950 y años siguientes).
- Auf**, o **A. U. F.**, seud. de Juan Francisco Valega en **Lulú** (Lima, 1915-1916). Formado con las iniciales de "Angel U. Favia", anagrama de su nombre.
- Augusto Lunel**, seud. de Augusto Sánchez del Atrio en su poemario titulado **Los Puentes** (México, Los Presentes, 1955).
- Ayax**, seud. de Víctor Andrés Belaúnde en los artículos que publicara al establecerse en Lima (1901).
- B. L.**, seud. de Benito Laso en **El Correo Peruano** (Lima, 1845).
- Benjamín**, seud. de Raúl Porras Barrenechea en **Alma Latina** (Lima, 1915-1916).
- Blanco Rito**, seud. de Aurelio Arnao en **El Perú Ilustrado** (Lima, 1890-1891).
- Blas Yrrea**, seud. de Carlos Augusto Salaverry en **La Zamacueca** (Lima, 1859), al efectuar las publicaciones iniciales de sus **Cartas a un ángel**.
- Bretín de los Arrieros**, seud. de Pedro Paz Soldán y Unánue en **El Nacional** (Lima, 1870).
- Bruno Velaochaga**, seud. del poeta ecuatoriano Miguel M. Luna en **La Idea** (Lima, 1891-1892).
- C.A.A.C.**, seud. de César Augusto Angeles Caballero en los comentarios bibliográficos escritos para **Cultura Peruana** (Lima, 1955 y años siguientes).
- C. F. M.**, seud. de César Francisco Macera en **El Comercio** (Lima).
- C. G. C.**, seud. de César Guillermo Corzo en **La Crónica** (Lima) y **Cultura Peruana** (Lima, 1952 y años siguientes).
- Cagliostro**, seud. de Alberto Castillo Tapia en **El Correo del Perú** (Lima, 1871).
- Carlos Bernabé**, seud. de Luis Valle Goicochea en una serie de artículos escritos para la edición vespertina de **El Comercio** (Lima).
- César Ripi Osta**, seud. de César Ríos Pita en su novela **¡Como una sombra!** (Lima, 1950).
- El **Curaca Puma Soncco**, seud. de Alberto Ballón Landa.
- Un **Cholo del Rímac**, seud. de Carlos Germán Amézaga en **El Perú Ilustrado** (Lima, 1887) y otras publicaciones.
- D. V. M. L.**, seud. de Domingo Viselino Martínez Luján en **El Perú Ilustrado** (Lima, 1888).
- Desiderio Giusti**, seud. de Alberto Tauro en **Jornada** (Lima, 1945).
- Diego Mexía**, seud. de Sebastián Salazar Bondy en **La Prensa** (Lima, 1945 y años siguientes) y en **El Comercio** (Lima, 1960).
- Don Justo de las Figuras Claras**, seud. de Julio Lucas Jaimés en **El Cascabel** (Lima, 1872).
- Dora Luz**, seud. de Lucía D. Sarmiento.
- E. A.**, seud. de Emilio Armaza en **El Comercio** (Lima, 1956 y años siguientes).
- Egardo Najá**, seud. de Carlos-Eduardo Zavaleta en el suplemento literario de **El Comercio** (Lima, 1954-1956).
- Ed. Varriot**, seud. de Enrique D. Tovar y R. en su **Estudio de la Historia del Perú** (Lima, 1931). Formado a base de su propio nombre.
- Enjolrás**, seud. de Raúl Porras Barrenechea en **Almanaque de la Prensa** (Lima, 1920) y en **La Crónica** (Lima, 1920).
- Etragú**, seud. de José Benigno Ugarte en **El Timón** (Lima, 1886).
- Evondro Jana**, seud. de Pedro Paz Soldán y Unánue, formado con las mismas letras que componen su más conocido apelativo (Juan de Arona).

- Evaristo Galindo**, seud. de Ventura García Calderón en su "novela peruana" **1911** (París, 1941).
- Fobio del Fierro**, seud. de César Francisco Macera en **Cascabel** (Lima, 1935) y otras publicaciones coetáneas.
- Fanny**, seud. de Lucila Castellanos Argüelles.
- Félix T. Lladó**, seud. de Fermín del Castillo en **Colónida** (Lima, 1916).
- Fenalón**, seud. de Alberto Castillo Tapia en **El Correo del Perú** (Lima, 1871).
- Flor de Lis**, seud. del poeta ecuatoriano Miguel M. Luna en **Lo Idea** (Lima, 1891-1892).
- G. B.**, seud. de Federico Salmón en **El Cascabel** (Lima, 1872).
- Giovanni senza Terra d'Arona**, seud. de Pedro Paz Soldán y Unánue en **La Opinión Nacional** (Lima, 1889).
- Guerrero**, seud. del poeta Emiliano Niño en **La Opinión Nacional** (Lima, 1880) y otras publicaciones periódicas.
- Heliodoro Alba**, seud. de Alberto Tauro en **Jornada** (Lima, 1945-1946).
- Hierofante**, seud. de Manuel Suárez Miraval en **Idea** (Lima, 1954).
- Indio Eneldo**, seud. de Ernesto Navarro del Aguila en **Huamonga** (Ayacucho).
- Inti Túpacc**, seud. de Julio Péreda Hidalgo en los poemarios titulados **Korikancha** (Trujillo, 1948), **Aklla** (Santiago de Chuco, 1951) y **Canto de Navidad** (Santiago de Chuco, 1955).
- Isobel Solari Montijo**, seud. de José Toribio Mantilla en **La República práctica fotografiada en catorce sonetos que suenan** (Lima, 1873).
- Ivette**, seud. de Lola Habersperger de Mendoza Almenara en **Excelsior** (Lima, 1940 y años siguientes), donde ha mantenido una página "Para la mujer y el hogar".
- J. A. Naymlap**, seud. de Luis E. Heysen en su ensayo sobre **Alfredo González Prado y la continuidad procelosa** (Chimbote, 1943).
- Jack**, seud. de Raúl Porras Barrenechea en **Alma Latina** (Lima, 1915-1916).
- Jean sans Terre d'Arona**, seud. de Pedro Paz Soldán y Unánue en **La Opinión Nacional** (Lima, 1889).
- Johannes sine Terra**, seud. de Pedro Paz Soldán y Unánue en **La Opinión Nacional** (Lima, 1889).
- John Lackland**, seud. de Pedro Paz Soldán y Unánue en **El Chispazo** (Lima, 1891).
- John Landless of Arona**, seud. de Pedro Paz Soldán y Unánue en **La Opinión Nacional** (Lima, 1889).
- Josesito**, seud. de Raúl Porras Barrenechea en **Alma Latina** (Lima, 1915-1916).
- Juan del Huascarán**, seud. de Juan E. Osorio Cano en su relación costumbrista **El Cóndor Rachi** (Lima, Imprenta Santa María, 1952).
- Juan del Rímac**, seud. de Rubén Vargas Ugarte S. J. en la **Revista de la Universidad Católica del Perú** (Lima, 1933-1934) y, anteriormente, en algunas publicaciones periódicas.
- Julio Calaguala**, seud. de Modesto Cazorla Montesinos en diversas publicaciones periódicas.
- Julio Valmar**, seud. de Julián Maradiegue en **Lo Revista Social** (Lima, 1885) y otros periódicos coetáneos.
- Julio Vernel**, seud. de Julio Villanueva.
- Junzer**, seud. de Juan Zegarra Russo en **La Prensa** (Lima, 1956).

- Kilko Warak'a**, seud. de Andrés Alencastre Gutiérrez en su poemario quechua titulado **Taki Parwa** (Cuzco, 1955).
- Leonidas Tres-Eses**, seud. de Sixto S. Santisteban en **La Revista Social** (Lima, 1886).
- Lucien Denis**, seud. de Luciano Herrera en **Idea** (Lima, 1950 y años siguientes).
- Luis Guerrero**, seud. de Julio César Villegas en **Historia** (Lima, 1944-1945).
- Lujani Domunde Maraval**, seud. de Julián Edmundo Henostroza en sus **Flores en mi camino** (Huarás, 1948).
- Llokje Runa**, seud. de Manuel Robles Alarcón en sus **Sombras de Arcilla** (Cuzco, H. G. Rozas succs., 1939) y **Sara cosecho** (Cuzco, H. G. Rozas succs., 1940).
- M. C. E.**, seud. de Víctor Raúl Hoya de la Torre en **La Tribuna** (Lima, 1945-1946).
- M. C. E.**, seud. de Miguel Caveró Egúsqizo en **El Comercio** (Lima, 1945 y años siguientes).
- M. V. LI.**, seud. de Mario Vargas Llosa en el suplemento literario de **El Comercio** (Lima, 1955).
- Manuel de los Santos**, seud. de Alfredo Muñoz en **Balnearios** (Lima, 1910).
- Marqués de Montecarlo**, seud. de Ignacio Vetancourt Aristeguieta en su **Nacimiento y bautizo de Simón Bolívar** (Lima, 1953), primera escena del guión para una posible película sobre el Libertador.
- Mateo Jaika**, seud. de Víctor Enriquez en **Alma Quechua** (Cuzco, 1932-1939) y otras publicaciones periódicas.
- Max**, seud. de Miguel Ángel Sórdón en su **Madurez galante** (Arequipa, Editorial Impulso, 1934).
- Miguel de la Selva**, seud. de Miguel Caveró Egúsqiza en **El Comercio** (Lima, 1956).
- Miguelino**, seud. del poeta ecuatoriano Miguel M. Luna.
- Negro**, seud. de Emilio Germán Amézaga en **El Perú Ilustrado** (Lima, 1887-1888). No corresponde a su hermano Carlos Germán.
- J. Antonio Andía**, seud. de Anibal Maurtua en su **El Tirano en la Jaula** (Buenos Aires, 1926).
- Noé Rossi**, seud. de Juan José Reinoso en **Actualidades** Lima, 1903).
- Nolasco Nozco**, seud. de Víctor Villar en diversas publicaciones periódicas.
- Octavio Maupayant**, seud. del escritor argentino Oliverio Pastor Huguet Thompson en sus **Arrullos del Alma** (Lima, 1949), **Efluvios Espirituales** (Lima, 1954) y **Notas del Corazón** (Lima, 1958).
- Oscar**, seud. de Percy Gibson Parra en los comentarios cinematográficos escritos para **La Prensa** (Lima, 1954-1960).
- Pablo Enrique Númer**, seud. de Pablo Chueca Remón en su "novela de la época colonial" titulada **Bajo el mismo sino** (Lima, 1949).
- Pablo Gor y Gor**, seud. de Paulino Fuentes Castro.
- Pachacútec**, seud. de Víctor Raúl Haya de la Torre en **Renovación** (Lima, 1944-1945).
- Nicolasito**, seud. de Raúl Porrás Barrenechea en **Alma Latina** (Lima, 1915-1916).
- Pika-Pika**, seud. de Antonio Olivas en **La Crónica** (Lima, 1950 y años siguientes).
- Polilla**, seud. de Carlos Rey de Castro en **La Revista Social** (Lima, 1885).

- Quinto Morcio**, seud. de Alfonso Silva Negrón en **El Comercio** (Lima, 1956 y años siguientes).
- Regidor**, seud. de Armando Herrera en **Mundial** (Lima).
- Roque Roka**, seud. de José Díaz Bedregal en diversas publicaciones periódicas.
- Saint Cyr**, seud. de Federico Ricketts.
- Pierrot**, seud. de Raúl Porras Barrenechea en **Alma Latina** (Lima, 1915-1916).
- S. V. R.**, seud. de Sergio Vélez Raygada en **El Comercio** (Lima, 1960).
- El Sargento Canuto**, seud. de Alfonso La Torre en los comentarios sobre actualidad teatral escritos para **Cultura Peruana** (Lima, 1959-1960).
- Sofocleto**, seud. de Luis Felipe Angell en varios libros y en artículos humorísticos de **El Comercio** (Lima, 1955 y años siguientes).
- T. G. D'or**, seud. de Raúl Porras Barrenechea en **El Imparcial** (Lima, 1915) y en **Alma Latino** (Lima, 1915-1916).
- Tin Tin**, seud. de Raúl Porras Barrenechea en **Alma Latina** (Lima, 1915-1916).
- T. H. R.**, seud. de Raúl Porras Barrenechea en **Alma Latina** (Lima, 1915-1916).
- T. L. S.**, seud. de Manuel Santos Pasapera en una serie de artículos sobre educación, aparecidos en **La Sociedad** (Lima, 1875).
- Terencio Vorrón**, seud. de Justo Avellaneda en **El Comercio** (Lima, 1954).
- Tirteo**, seud. del poeta ecuatoriano Miguel M. Luna.
- Tito Navas**, seud. de José Varallanos en **Altura** (Huancayo, 1936).
- Triplese**, seud. de Sixto S. Santisteban en **La Revista Social** (Lima, 1885) y otras publicaciones coetáneas.
- Túpak-Amaro**, seud. de J. de la Cruz Salas y Salas en su poemario titulado **Hortensia** (Cuzco, 1944).
- Víctor Ernesto**, seud. de Víctor Ernesto Pool en su poemario titulado **Mantaras** (Lima, 1957).
- Víctor Mario**, seud. de Víctor Andrés Belúnde en **La Lucha** (Arequipa).
- Yahuar Taki**, seud. de César Zevallos Alarcón en sus poemarios **Al amor de mis amores** (Huancayo, 1954) y **Gritos de Libertad** (Lima, 1955).
- Zahori**, seud. de Manuel Suárez Miraval en **Idea** (Lima).
- Zencor**, seud. de Manuel Zenteno Corrales.

DE COMO SE FINANCIÓ EN EL PERU UNA REVOLUCION CENTROAMERICANA

por ALBERTO TAURO

Después de lanzar en el pueblo colombiano de David, su recordado manifiesto **Al Pueblo de Centro América** (16-VII-184), y desalentado por no encontrar el apoyo que requería para luchar contra los mañosos políticos de su país, el general Francisco Morozán viajó al Perú. Nada dicen sus biógrafos sobre los meses que pasó en Lima, o equivocan lamentablemente las proyecciones de la acogida que se le tributó, pues no han efectuado el debido esclarecimiento de la coyuntura coetánea ni la exacta fisonomía de los personajes que con él alternaron. Y creemos que Rafael Heliodoro Valle debió cumplir esa tarea, pues durante una de sus estancias en Lima lo vimos concu-

rrir a la Biblioteca Nacional y consultar celosamente las colecciones de los periódicos donde podía hallarse la huella viva del caudillo centroamericano. Pero no alcanzó a editar el estudio que consagró a tan señera figura y, tanto como un recuerdo a la eminente significación del humanista hondureño, como para contribuir a desvelar un episodio oscurecido, queremos dar a luz unos documentos alusivos.

Se trata de dos escrituras públicas, suscritas en Lima ante el escribano José de Selaya, el 23 de noviembre de 1841 y el 3 de marzo de 1843, y de una declaración que se efectuó al margen de la primera el 23 de marzo de 1844. Por tales instrumentos públicos sabemos que el General Pedro Bermúdez entró en estrecha relación con el General Francisco Morazán y le otorgó un generoso crédito, que éste debía invertir en la organización de una fuerza destinada a preparar su vuelta al gobierno en Centro América; y el hecho no es insólito, pues el General Pedro Bermúdez había pasado un extenso período de su vida en aquellos lugares del continente, cuando acompañó en el destierro al Mariscal José de La Mar, y allí contrajo matrimonio. Es muy probable que entonces se iniciara la amistad de ambos; y, aunque no hemos intentado establecerlo, quizá pueda comprobarse la existencia de algún parentesco político entre los dos caudillos militares. Lo cierto es que, efectuado ese préstamo el 23 de noviembre de 1841, el General Francisco Morazán pudo disponer que en Guayaquil se armara el barco "Cruzador", y en enero de 1842 salió del Callao para dirigirse a Centro América a bordo de esa nave. Y lo demás es ya del dominio de la historia.

He aquí los documentos a que hemos hecho referencia, transcritos directamente de los protocolos existentes en el Archivo Nacional.

1

Sea notorio como yo, D. Franc^{co}. Morazán, natural de la República de Centro América, y al presente de tránsito en ésta, otorgo que me obligo a dar y pagar a Dn. Pedro Bermúdez, o a quien legítimamente lo represente, en esta ciudad o en cualquiera otra parte que sea y mis bienes se hallen, la cantidad de diez y ocho mil pesos que he recibido en moneda corriente y a mi satisfacción, los mismos que le devolveré en el término de seis meses que empezarán a correr y contarse de la fha. de esta escritura en adelante, cumplido el cual si no les hubiese devuelto, me obligo también a pagarle el interés del uno y medio por ciento mensual, hasta la total y efectiva paga de los diez y ocho mil pesos, a cuya seguridad, pago y cumplimiento obligo mis bienes havidos y por haver, y derechos y acciones, y doy poder a las justicias y jueces de esta República, o de cualesquiera otros países donde me encuentre, o mis bienes se hallen, para que a ello me ejecuten, compelan y apremien como pr. sentencia pasada consentida y no apelada en autoridad de cosa juzgada, pues por tal recibo y renuncio las leyes, fueros y derechos de mi favor y la que designa que el actor debe seguir el fuero del reo, y la general que le prohíbe. Que es hecha en Lima, Noviembre veinte y tres de mil ochocientos cuarenta y uno. Y el otorgante, a quien yo el presente Escribano conosco, de que doy fé, así lo dijo y firmó, siendo testigos D. José Felis de la Torre, D. Manuel Ayllon y D. José Meneses.— **Ante mí, José de Selaya, Escno. Pubco. — Fr. Morazán.**

(Anotación al margen)

En Lima y marzo veinte y tres de mil ochocientos cuarenta y cuatro : ante mí el Escribano y testigos pareció la Sra. Da. Rosalía Escalante de Bermúdez, mujer lejítima del S. Gral. de Brigada D. Pedro Bermúdez; los cuales doy fe conosco y dijo : Que en virtud de la facultad que le tiene concedida su Sr. marido en el poder jl. qe. le otorgó onte el Escno. del Estado D. Manuel Núñez en veinte y siete de Abril del año pasado de ochocientos cuarenta y tres, el qe. jura no estarle revocado ni en monera alguna modificado, cuyo testimonio doy fé haber visto y devuelto al interesado, dijo : Que por cuanto ha recibido de los SS. Naylor, Bourdman y Orsley, del comercio de esto capital la cantidad de los diez y ocho mil pesos y los intereses corridos hasta el día, qe. fueron los mismos por los qe. se obligó el S. Jral. D. Franco. Morazán como parece pr. la escritura del frente y a cuyo margen esta declaración, otorga : Que traspasa el dro. q. tiene el citado su marido a la escritura primordial y cede toda su acción en los referidos SS. Naylor, Bourdman, Orsley, pa. q. estos cobren y recauden de la testomentería de dho. S. Jral. Morazán los dies y ocho mil pesos y sus intereses y la lleven pa. si por haberla entregado en esta capital poniéndolo en su mismo lugar, grado y prelación en qe. se halla el marido de la compareciente como aparece de la esca. del frente, en virtud de lo cual y de haber recibido la cantidad mencionada firma la pte. anotación pa. su constancia y obligándose haberla pr. firme y subsistente ahora y en todo tpo. con sus bienes habidos y por haber y a no reclamar en manera alguna la presente cesión que hace en favor de los SS. Naylor, Bourdman y Orsley pr. haber recibido de ellos los diez y ocho mil pesos y los intereses corridos hasta la fha. siendo testigos D. Manuel Ayllon, D. Manuel Butrón y D. Manuel Velarde.— **Ante mí José de Selaya Escno. Pubco. — R. Escalante de Bermúdez.**

2

En Lima y Marzo tres de mil ochocientos cuarenta y tres. Ante mí el Escribano y testigos presente el Benemérito Señor General Don Pedro Bermúdez, y dijo : Que daba y otorgó su poder general, bastante el necesario en derecho, a su hermano político Don Rafael Escalante, natural de la República de Centro América, para que en su nombre y representando su misma persona, acciones y derechos, recaude y cobre judicial y extrajudicialmente de la Testomentería del Señor General Don Francisco Morazán, la cantidad de diez y ocho mil pesos que le suplió en esta ciudad por Escritura pública que le otorgó ante mí y en mi registro, en veinte y tres de Noviembre del año pasado de ochocientos cuarenta y uno; y cuya cantidad cobrará de la Testomentería referida, o de la persona o personas que representen a dicho Señor General Morazán, o donde se hallen sus bienes : cobrando así mismo los intereses vencidos, y que se vencieren hasta lo total paga o entrega de los diez y ocho mil pesos referidos, y de lo que recibiere y cobrare otorgue recibos, cartas de pago, chancelaciones, finiquitos, lastos o cualesquiera resguardos que se le exigieran para la seguridad de los otorgantes. Más poder le da para que pueda transar y transe por sí o por medio de jueces, árbitros arbitradores, amigables componedores y terceros en caso de discordia cualesquiera dudas y diferencias, que sobre el particular hubiere, otorgándoles al efecto el documento que por su naturaleza sea necesario. Haciendo y practicando cuanto sea conducente al fin propuesto, sin que por clausula o requisito deje de hacer presente estando el citado Señor General Bermúdez. Y finalmente si fuere necesaria contienda de juicio parezca

en él y se presente ante los Tribunales y Jueces de la República con los escritos y documentos correspondientes, los que pida y saque del poder donde se hallen, abone, tache, contradiga, actúe, jure, procure, procese, apele, suplique, siga de nulidad y continúe todos los recursos que interpusiere hasta su final conclusión. Que el poder que por derecho sea más necesario, ese le doy y confiero con libre, franca y liberal administración y relevación de costas en forma con facultad de que lo pueda substituir siempre que le sea preciso, revocando unos y nombrando otros de nuevo con la misma relevación de costas. Declarando así mismo, que solo con el objeto de cobrar este dinero, remite el señor General Bermúdez a Don Rafael Escalante su hermano a la República de Centro América; y por lo tanto debe cobrar tambien todos los costos y gastos que pueda emprender en esta espedición. Y a la seguridad y cumplimiento de todo lo que en virtud de este poder hiciere y practicare, obliga todos sus bienes habidos y por haber en forma legal. En cuya virtud lo firmó siendo testigos Don Manuel Ayllón, Don Manuel Butrón y Don Mariano Roldán.— **Ante mí José de Selaya, Escno. Pubco. — P. Bermúdez.**



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

Documentos

INFORME SOBRE EL CURSO EXPERIMENTAL DE CASTELLANO

Informe que presenta el Catedrático, Dr. Alberto Escobar, sobre el curso experimental desarrollado con un grupo de alumnos del Primer Año.* (Grupo A - C, año 1959).

PROGRAMA DEL CURSO **

El programa fue concebido en torno de la unidad oracional, pero, deseando atraer el interés del alumno hacia el aspecto individual del lenguaje, el tema de la oración fue connotado por dos valores: el **significado** y el **sentido**. Desde ese punto de vista, la cátedra procuró ofrecer al estudiante, en primer término, aquel lado del lenguaje que, en la enseñanza secundaria, había merecido menor atención: el **habla**. Colocados en la perspectiva del habla, fue casi un descubrimiento, para los alumnos, averiguar — por ejemplo — que la semántica no sólo trata de las nuevas palabras que la vida moderna exige, o del clivido de otras vocablos por desaparición de los objetos mentados. Las clases dedicadas al movimiento semántico subrayaron la decisiva intervención del aporte personal en el eufemismo, disfemismo, hipérbole, atenuación, ennoblecimiento y envilecimiento de los vocablos, etc. De ese modo rescatábamos el principio de "Libertad" y de "elaboración estética" en el lenguaje; y, en cierto grado, lo contrastábamos con la idea más conocida y arraigada del "sistema", de "la lengua". Mas no era suficiente; nos convenía proyectar esta visión de la complejidad del fenómeno lingüístico hacia otros planos, y por eso, hicimos conocer cómo, además de la lengua general, de la "lengua ejemplar", que debe ser la preocupación del hombre cultivado, existen otras dentro de la misma sociedad: el argot y las lenguas especiales. Al tratar de estas materias aprovechamos siempre

* El Currículum de la Facultad comprende un Curso General en el 1er. año de Cultura General, un Curso Avanzado (Morfología) en el 3er año, y un Curso Avanzado (Sintaxis) en el 4º año; estos dos últimos corresponden al Ciclo Profesional.

** Este curso aplica ideas que expuse en : **El Lenguaje y la Función Social de la Universidad**. Facultad de Educación. Serie : Problemas de la Educación Peruana. Nº 14. Lima, 1959.

ejemplos extraídos del ambiente limeño; y, al pasar del campo de lo social a lo geográfico, ilustramos la disertación con fenómenos propios de la dialectología hispanoamericana y peninsular. Concluida la presentación de tantos fenómenos independientes y de una apreciable cantidad de ejemplos aislados, la cátedra juzgó llegado el momento de exponer las teorías de F. de Saussure sobre lengua y habla, diacronía y sincronía, e insistir en el carácter social e individual del hecho lingüístico, apoyándose en el **esquema** del diálogo.

Preparado el ánimo de los estudiantes para comprender estos nuevos caracteres del lenguaje, no resultó enojoso abordar los temas de **forma exterior** y **forma interior**, con lo que, de hecho, retornábamos al planteamiento social. Para ilustrar la exposición analizamos los valores de **ser** y **estar**, partiendo de los presupuestos de Bello, pero, completándolos con los aportes ulteriores que tienen su base en la interpretación aspectual. A esta altura del curso, resultó sencillo bosquejar la teoría del signo lingüístico, su naturaleza arbitraria, los instantes de invención y aceptación, y ofrecer, en cada caso, ejemplos abundantes extraídos del habla coloquial y de los textos literarios.

Los conocimientos difundidos en las lecciones precedentes, sirvieron para ingresar en el estudio de la "comunicación" y la "expresión". Enumeramos los elementos nocionales, afectivos, activos, imaginativos, valorativos y concluimos proponiendo la distinción del "significado" y el "sentido", del valor gramatical y el psicológico (Vossler). Habida cuenta de su diverso valor, nos propusimos averiguar en una serie de casos su coincidencia o divergencia, los grados de matiz, la ponderación inversa, la ironía etc. Fue entonces cuando deslindamos los conceptos de: **sentimiento lingüístico**, **situación idiomática** y **contexto** aplicando y explicando los posibles funcionamientos del mecanismo expresivo, tal como han sido expuestos por Bally.

A lo largo de estas lecciones, la cátedra puso atención preferente, tanto en la selección de los ejemplos que ilustraban la disertación del profesor, cuanto en las series de casos extraídos del comentario de actualidad, de las noticias cablegráficas, cinematográficas, cancionero, etc. que servían para que en la clase los alumnos discriminaran sobre ellos, habiendo procurado, incluso, mantener vivo un espíritu humorístico.

Dado que las mutaciones de "sentido" conllevan variantes tonales, ingresamos de inmediato a tratar los tipos de entonación, las distintas partes de un esquema, y, admitiendo la naturaleza eminentemente oral del lenguaje, nos aventuramos a reconocer la oración, en principio, en tanto figura melódica unitaria. Acento, ritmo, pausa fonética, fueron pasos sucesivos que nos condujeron al tratamiento de las dificultades de la puntuación. Posteriormente durante todo el año hemos insistido en estas nociones.

Señalamos las principales teorías sobre la **oración**, declaramos haber elegido aquella que la distingue por ser "lo menor unidad del habla con sentido completo", y deslindamos las exigencias semánticas y formales. Al estudiar las distintas clases de oraciones, lo hicimos relacionándolas con los esquemas de entonación correlativos; al descomponer la oración en sus grupos principales, revisamos las posibles formas de articulación en el sujeto y el predicado, y así, inadvertidamente, nos ejercitamos en el estudio de la concordancia, tema que demandó muchas horas de trabajo práctico. Coordinación y Subordinación fueron tratados vinculándolos a conjunciones y preposiciones, y éstas,

especialmente, sirvieron para promover ejercicios acerca de su valor funcional y expresividad temporal, espacial o modal.

El último ciclo del programa, se destinó al estudio del grupo nominal y del grupo verbal, pero, entendiéndolos como reflejos lingüísticos de las actitudes que el hombre reconoce en la realidad, en tanto manifestaciones idiomáticas del **ser** y del **proceso**. Las nociones independientes y las dependientes, las clases, sus categorías, fueron objeto de estudio. Por estimarlo más útil, dedicamos las últimas lecciones a la exposición de las categorías verbales: aspecto, tiempo, su significado, nomenclatura de Bello y de la Academia; modo y voz; y procedimientos verbales y extra-verbales en la expresión de la categoría.

El desarrollo de este programa tuvo un complemento paralelo en los trabajos prácticos, con los que se destacó, según lo época del año, la importancia de los distintos temas, ya fueran puntuación, uso adecuado de los verbos, claridad en las proposiciones complementarios, aprovechamiento de las conjunciones y preposiciones en los enlaces oracionales, reflexión y coherencia al redactar, consejos personales para evitar faltas ortográficas, etc. Sobre dicho aspecto abundaremos en otro acápite.

He aquí el programa elaborado:

- 1.— Innovación y tradición. Movimiento semántico (casos más frecuentes). El hombre y la sociedad. Lengua y habla. La jerga, características. Las lenguas especiales. La lengua en la sociedad y en el espacio.
- 2.— Forma exterior y forma interior en el lenguaje. Un ejemplo español: ser y estar.
- 3.— Signo lingüístico. Su arbitrariedad. Significante y significado.
- 4.— Comunicación y expresión. Elementos afectivos, activos, imaginativos, valorativos. Significado y sentido.
- 5.— Sentimiento lingüístico. Situación idiomática. Contexto. Mecanismo de la expresividad. Formas y problemas de la entonación.
- 6.— Teorías acerca de la oración. Qué es la oración. Acento, ritmo, pausa fonética. Puntuación.
- 7.— Clases de oraciones. Esquemas de entonación.
- 8.— Grupos oracionales. Sujeto y predicado. Articulación del sujeto y Predicado. Propositiones en el sujeto y en el Predicado.
- 9.— Concordancia. Coordinación y subordinación. Conjunciones y Preposiciones. Funciones y valores.
- 10.— Nociones del ser y del proceso. Sustantivo y verbo. Sus clases.
- 11.— Categorías del verbo: Aspecto y tiempo. Significado de los tiempos. Nomenclatura de Bello y de la Academia.
- 12.— Categorías del verbo: modo y voz. Medios no verbales en la expresión de la categoría.

CONDICIONES EN QUE SE DESARROLLO EL CURSO

Las lecciones se iniciaron en los primeros días del mes de junio. Debido al número de alumnos, se subdividió la clase en dos grupos y se garantizó la asistencia adaptando el horario para satisfacer incluso las necesidades de los alum-

nos que trabajan. Cada grupo recibió tres clases semanales. Estas fueron distribuidas así: dos de teoría y una de práctica. En total, se dictaron 41 horas de clase por grupo, es decir, 82 horas.

Trabajos prácticos

Los trabajos prácticos consistieron en dictados, ejercicios gramaticales, lecturas, composición y exposiciones orales en clase referentes a puntos del programa.

Para llevar a cabo los dictados, se procedió a seleccionar previamente los textos. Se familiarizó al alumno con el pensamiento y la prosa de los mejores escritores peruanos contemporáneos. Los dictados tenían por finalidad ejercitar al estudiante en el manejo del idioma, especialmente en la puntuación y en la ortografía.

En los ejercicios gramaticales, hechos siempre sobre lenguaje en acto, oral o escrito, el alumno ponía en práctica sus conocimientos teóricos. Estos ejercicios fueron el índice del aprovechamiento del curso. De acuerdo con el resultado obtenido, se hacían reajustes al curso o se insistía en temas difíciles u oscuros.

De las lecturas nos ocupamos en otro apartado.

El tema de las composiciones era un asunto cotidiano. Redactando cartas o impresiones de sucesos, películas, canciones, el alumno tomaba conciencia de su propio estilo. Se les recomendaba naturalidad, claridad, concisión al redactor. Muchas veces el alumno tenía que trasladar a su propio lenguaje el contenido de alguna poesía que la cátedra ponía a su disposición en texto mimeografiado. En algunos estudiantes se advirtió que no sabían leer bien, que hacían generalizaciones o interpretaciones inadmisibles.

Cada alumno efectuó dos exposiciones orales en clase. Los propios estudiantes fueron testigos de las intervenciones orales de sus compañeros. Participaron todos los asistentes a clase.

En general, se debe decir que en los trabajos prácticos los alumnos colaboraron con la cátedra. Los progresos fueron admirables. Los resultados de los trabajos prácticos de cada alumno se anotaban en una hoja personal, como se verá en seguida, y pasaron a formar el expediente individual del estudiante. La existencia de ese expedientillo ha evitado reclamaciones y malentendidos; ha orientado la nota de concepto e ilustrado acerca del progreso o estancamiento del alumno.

Hoja personal

En la hoja figuran casillas para los datos personales del alumno, como por ejemplo, lugar de procedencia, año de nacimiento, centro de trabajo, carrera que va a seguir, etc. (Véase el ejemplar adjunto). Esta primera parte de la hoja era llenada por el alumno al principio del año. Naturalmente que para valorar el progreso se tenían que ver las condiciones externas en que el alumno se desenvolvía. Como ya hemos dicho, en la hoja se anotaban los resultados de los ejercicios prácticos, las sugerencias para las entrevistas personales y las notas de los exámenes parciales, la asistencia, las intervenciones en

clase, etc. La hoja personal ha sido también de notable utilidad para fundar la nota de concepto, para conceder sentido orgánico a la asistencia personal sin necesidad de pasar lista, y para apreciar las necesidades del alumno.

Hoja de lectura

Las lecturas obligatorias fueron dos. En la primera se señaló un libro para cada alumno. En la segunda se escogió el mismo texto para todos. Antes de señalar los libros o leer, se procedió a verificar su existencia en la biblioteca del Seminario de Letras. Como el préstamo domiciliario está suspendido en la Biblioteca de la Facultad, se acordó entre el Catedrático y el Director de la Biblioteca que se prestarían los libros al alumno bajo garantía del Catedrático, esto es, que este último tenía que firmar cada papeleta de préstamo. No hubo pérdidas de libros salvo un caso, oportunamente notificado. El alumno tenía que responder las preguntas de un formulario preparado sobre la base del que utiliza el Instituto de Filosofía. Se trataba de juzgar el grado de asimilación y la capacidad crítica del estudiante, sus problemas al redactar, etc. Pero se quería, además, que comprendiera que el libro es en sí un objeto, y que como tal hay muchos datos materiales que importan al estudioso: fecha de edición, pie de imprenta, prólogo, colofón, traductor, resúmenes, capítulos, etc. El resultado de este ejercicio, como era de esperar, no fue muy satisfactorio, en cuanto a rendimiento, por la poca experiencia de los alumnos y su falta de hábito de lectura, así como por la dificultad material con los libros; pero fue, en cambio, positivo en la formación de un espíritu de trabajo y de responsabilidad frente al curso.

Entrevistas personales

A cada trabajo práctico seguían dos correcciones. En la primera, se llamaba alumno por alumno, y ejercicio en mano, catedrático y asistentes procedían a indicarles los errores cometidos en la redacción. Para conseguir mayor objetividad, al corregir el trabajo se señalaban los errores con figuras especiales, que el alumno conocía. De esta manera, con sólo mirar el papel corregido el alumno podía saber cuáles eran sus deficiencias. Luego que se le daban las recomendaciones del caso, el alumno procedía a hacer la segunda redacción, la que era entregada en la misma hora. Nuestro horario de clase fue, por eso, premeditadamente, de dos horas seguidas un día a la semana, y la tercera en otro día diferente. Se procedía luego a corregir la segunda versión ya fuera de clase, y para los efectos del control, se anotaban en la hoja personal del alumno las deficiencias, así como también, el grado de superación de la segunda redacción con respecto a la primera; y así, comparando los distintos ejercicios se podía ver el progreso del alumno, los rasgos dialectales de su sintaxis y concordancia. Muchos de los estudiantes eran bilingües o tenían deficiente formación lingüística. En estos casos se les procuraba un tratamiento especial y se les aconsejaba, de acuerdo a sus necesidades individuales, preparar composiciones escritas, consultar textos normativos, lecturas literarias, ejercicios en voz alta, etc. La mayoría de las entrevistas personales se realizaron en cátedra. Sin embargo, el contacto individual entre profesores y alumnos rebasó mu-

chas veces las aulas. En cátedra, las entrevistas personales alcanzaron a 6 por cada alumno.

Régimen de exámenes y de calificativos

Desde la iniciación del curso se advirtió a los estudiantes que deberían rendir tres pruebas: en julio, comienzos de octubre y diciembre. En cada una de estas pruebas se incluyeron tareas prácticas y preguntas teóricas.

Aparte de estas notas, los dos ejercicios de lectura arrojaron otro calificativo, y, finalmente, de la observación del rendimiento en los ejercicios prácticos e intervenciones en clase se extrajo la nota de concepto.

He aquí el modo como se combinaron dichos calificativos: las notas de los tres exámenes se sumaron y dividieron entre tres, lo que dió por resultado el promedio. El promedio se sumó con la nota de lectura y la de concepto, se dividió entre tres y arrojó el calificativo final.

Fue menester adaptar las actas de secretaría, trazando nuevas casillas, para poder transcribir las seis notas indicadas y el resultado global.

Colaboración de los asistentes

El suscrito tuvo como colaboradores de Cátedra a los señores Julio Díaz Falconí y Luis Ramírez, quienes cooperaron activamente en el desarrollo del curso. Su participación comprendió: a) selección de trozos literarios, b) preparación de ejemplos y ejercicios, c) reunir material para los dictados, d) corrección de pruebas escritas, e) asesoramiento de alumnos, f) dictado de lecciones sobre puntos específicos del programa, g) cómputo de notas, h) gestiones administrativas. Quisiera subrayar el alto grado de responsabilidad de los señores Díaz y Ramírez, su verdadera vocación docente y la idoneidad intelectual y pedagógica que han demostrado. Para la Cátedra ha sido muy agradable trabajar en equipo con ambos señores Asistentes y, en homenaje de reconocimiento, deja expresa constancia de su plena satisfacción con el aporte brindado al curso por tan hábiles colaboradores.

PROBLEMAS

Los principales problemas confrontados en el desarrollo del curso han sido:

a) La heterogeneidad del alumnado, que no es tan grave en lo que se refiere al lugar de procedencia, grado de educación u origen social, cuanto en lo que toca al dominio y uso de la lengua. En la hoja personal los alumnos indicaron ante qué jurado habían rendido su prueba de admisión, y, del examen de los casos más difíciles, algunos insólitos, se desprende que los Jurados de Ingreso (1959), Prueba Escrita de Castellano y Literatura, en la Facultad de Educación, fueron sumamente condescendientes. Esta tolerancia, justificable aparentemente por razones de humanidad, opera ya en el ciclo académico con signo contrario, en la medida que perjudica e impide el desenvolvimiento del curso y causa de ese modo el retraso de los alumnos de nivel aceptable.

b) Es evidente que los Profesores de otras materias, en la Facultad, no ponen el celo del caso en exigir a los alumnos que mejoren la redacción. La prevalencia en la enseñanza de un lamentable espíritu informativo, de conoci-

mientos, hace aliviar el instrumento fundamental que es el lenguaje. Sería de provecho conseguir que los Catedráticos de otras materias advirtiesen a los alumnos que la forma de redactar, el vocabulario y la ortografía influyen en la evaluación de los trabajos escritos y exámenes.

c) No se puede ocultar que existe entre los alumnos la errada creencia, favorecida por la lenidad de Profesores de otras materias en lo que al lenguaje respecta, que no es menester estudio ni práctica para conseguir nota aprobatoria en el curso de Castellano General. Si a esto se añade un equivocado concepto de la libertad de asistencia, caeremos en cuenta que la única forma de alcanzar rendimientos positivos estriba en la realización sistemática de pruebas escritas, orales, trabajos en casa y participación activa en el salón, con calificativo, para apoyar en estos ejercicios la nota de concepto, y desterrar el menosprecio con que un hábito inveterado vincula el curso de Castellano General.

d) Hay otra antigua costumbre que los alumnos consideran norma. Me refiero a la exigencia de "un texto", de una especie de texto único. Ha sido menester insistir en las bibliografías parciales, luego de la explicación de cada punto, indicando los capítulos a leer en cada libro y las bibliotecas en donde tales libros se encuentran.

e) Convendría coordinar con las autoridades de las distintas bibliotecas de Letras, Educación y de la Biblioteca Central (quizás podría incluso hacerse una sugerencia a la Biblioteca Nacional), para que adquieran en número suficiente ejemplares de los libros de mayor consulta. Ha ocurrido que, dada la escasez de dichos textos, personas sin escrúpulos han desglosado las páginas de los capítulos recomendados.

f) Impide el buen desarrollo del curso, la práctica establecida en la Facultad de tolerar que en diciembre se reciban los exámenes de julio, y en marzo las de diciembre. Dicho sistema, que quizás sea aceptable en materias completamente teóricas, carece de todo sentido en cursos que implican simultáneamente una serie de ejercicios prácticos, máxime cuando se toman más de dos pruebas parciales y existe un régimen especial de calificativos.

RESULTADOS

Los resultados de este curso experimental deben ser observados en diversos planos:

a) En el incremento de horas de trabajo tanto por parte de la Cátedra como de los estudiantes. Es justo declarar que esto ha sido posible en virtud del sistema de equipo de Cátedra.

b) En el cambio de actitud psicológica por parte de los alumnos, quienes de un cierto recelo, a causa de la relativa novedad del programa y de las exigencias impuestas, variaron paulatinamente hasta la franco colaboración, conscientes de la importancia decisiva del esfuerzo personal.

c) En un sentido de la disciplina fundado en el respeto de las mutuas obligaciones. Las fechas señaladas para la entrega de las hojas de lectura, p. ejem., eran inalterables. La recepción de las hojas se hacía, exclusivamente en el día y a la hora acordados. Quienes por alguna razón quisieron entregar después su trabajo, no eran rechazados, pero debían cumplir otra lectura fijada por el profesor, para la cual se indicaba nueva fecha y hora y lugar de

entrega que debía observarse puntualmente. Igual cosa sucedió con los exámenes: una vez que acordamos en qué fechos se deberían rendir, la cátedra no aceptó conceder nuevos plazos. Consecuentemente, establecidas desde un principio estas bases, alumnos y delegados convinieron en lo saludable del método.

d) Hay que dejar en claro que el Grupo A-C encargado a esta Cátedra, se componía de 166 estudiantes, de los cuales, 62 alumnos a, estar por el control de las fichas personales y expedientes de labor en clase, nunca concurrieron al curso ni participaron en él; 21 alumnos acudieron esporádicamente, en especial a las pruebas de julio y diciembre; y 83 alumnos participaron de manera activa y regular.

En el control parcial de julio, fueron examinados 85 estudiantes. Aprobaron 55 de ellos (64.70%) y 30 fueron desaprobados (35.30%). En el segundo control parcial, en octubre, se examinaron 77 alumnos; aprobaron 64 (83%), y fueron desaprobados 13 (17%). En el control final, en diciembre, rindieron la prueba 80 personas; aprobaron 53 de ellas (66.25), y fueron aplazadas 27 (33.75%). Al examen de marzo se presentaron 45 estudiantes, de los cuales 28 eran alumnos regulares y 17 alumnos eventuales (en diciembre quedaron treinta alumnos regulares entre aplazados y rezagados). De los 28 alumnos regulares aprobaron en marzo 17 (60%) y fueron desaprobados 11 (40%).

e) Los aspectos en los que este curso ha debido insistir preferentemente han sido:

1.—Concepción del lenguaje en tanto expresión de cultura, en tanto manifestación individual y supraindividual, y por ende, actividad e instrumento que comprende toda la vida espiritual del sujeto, cualquiera sea su ocupación. Entendido así el lenguaje y el contenido del curso, el alumno admitirá en qué medida el aprendizaje de la lengua invade todas sus esferas de comportamiento, y en qué medida teoría y ejercicios demandan su cooperación efectiva. El aprendizaje del castellano no será, como en la escuela, el aprendizaje de un conjunto de normas o clasificaciones.

Desde esa perspectiva, la pobreza de vocabulario, las fallas ortográficas, el uso indiscriminado de expresiones vulgares, se juzgan en tanto manifestaciones de nivel cultural deficiente y, por eso, la lectura y la composición adquieren rango preferente en las prácticas.

2.—En la puntuación, que encarada desde los planos semánticos y melódico, es susceptible de ser mejorada pues el alumno fija un criterio discriminador y gana confianza en sí mismo.

3.—Al estudiar los problemas de concordancia, el justo empleo de los enlaces oracionales, la imprescindible coherencia en la exposición, se subrayó que las fallas en estos campos se producen, especialmente en la lengua escrita, por falta de disciplina mental, por carencia de aptitud reflexiva al redactar. El co-tejo entre la lengua oral y escrita, en lo que a estos puntos se refiere, resultó muy ilustrativo e infundió en el alumno la certeza de poder superar sus defectos.

SUGERENCIAS

1º) En la enseñanza del lenguaje deben armonizarse los conocimientos teóricos con los ejercicios prácticos.

2º) La enseñanza teórico debe estar encaminada a mostrar el lado individual y social del lenguaje, y a concebir el lenguaje como un producto de cultura, esto es, actividad del espíritu.

3º) Por la heterogeneidad del alumnado se hace necesario implantar un régimen de aprendizaje en el que se haga más factible el contacto individual entre alumnos y profesores, en el que se pueda controlar mejor el rendimiento del alumno o través de lecturas obligatorios, redcciones, exposiciones orales, ejercicios gramaticales, intervenciones en clase, asistencia, controles parciales, espíritu de cooperación y disciplina.

4º) Se hace indispensable la cooperación de los demás catedráticos de la Facultad para intensificar el aprendizaje del idioma.

Limo, 11 de abril de 1960.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

Actividades del Claustro

CONFERENCIAS

17 Agosto 1960. William Atkinson: *"El Mundo de hoy visto desde la Gran Bretaña"*.

23 Agosto 1960. Vladimiro Bermejo: *"Rol de la Universidad de Arequipa en el proceso de la Cultura Nacional"*.

24 Agosto 1960. William Atkinson: *"El Derecho a la Educación"*.

25 Agosto 1960. Salvador de Madariaga: *"¿A dónde va el mundo hispánico?"*

31 Agosto 1960. Fernando de Sabsay: *"Sociología del público"*.

GRADOS DE LA FACULTAD

En el primer semestre del presente año se otorgaron los siguientes grados:

4 Enero 1960. Bachiller en Letras (especialidad de Etnología y Arqueología) al señor Carlos Guzmán Ladrón de Guevara, con la Tesis *"Investigaciones Arqueológicas en Vilcahuamán, departamento de Ayacucho"*.

4 Enero 1960. Bachiller en Letras (especialidad de Etnología y Arqueología) al señor Ramiro Matos Mendieta, con la Tesis *"Exploraciones Arqueológicas en Huancavelica."*

14 Enero 1960. Carlos Ramos Suero. Bachiller en Letras, especialidad de Historia. *"Un año en la Historia del Perú. Estudio histórico de los sucesos políticos acaecidos durante el año 1842."*

29 Abril 1960. Maureen Ahern Thompson. Bachiller en Letras, especialidad en Literatura. *"El mar en tres cuentistas peruanos de nuestro siglo: Abraham Valdelomar, José Diez Canseco y Fernando Romero"*.

29 Abril 1960. J. Edgardo Rivera Martínez. Bachiller en Letras, especialidad de Literatura. *"El Paisaje en la poesía de César Vallejo"*.

10 Mayo 1960. Juan Elías Flores Flores. Doctor en Letras, especialidad en Etnología y Arqueología. *"Algunos aspectos sociológicos del desarrollo económico: un marco teórico para investigaciones sobre el tema en la Sociedad Peruana"*.

8 Junio 1960. J. Edgardo Rivera Martínez. Doctor en Letras, especialidad en Literatura. *"Referencias al Perú en la Literatura de Viaje Europea de los siglos XVI, XVII y XVIII"*.

17 Agosto 1960. Duccio Bonavia Berber. Bachiller en Letras, especialidad en Etnología y Arqueología. *"Sobre el Estilo Teatino"*.

19 Agosto 1960. Luis Hernán Ramírez Mendoza. Bachiller en Letras, especialidad de Literatura. *"Indices Nominales y Verbales de la primera serie de las Tradiciones Peruanas"*.

29 Agosto 1960. Vicente Kelly. Bachiller en Letras, especialidad de Literatura *"Don Juan a través de las obras de Molina Zorrilla, Mozart, Byron y B. B. S."*

2 Setiembre 1960. Raúl Estuardo Cornejo Agurto. Bachiller en Letras, especialidad Literatura. *"López Albújar, frente y perfil"*.

BECA "JAVIER PRADO"

La Beca "Javier Prado" correspondiente al presente año, fue obtenida en concurso por el distinguido estudiante del Instituto de

Literatura, Sr. Raúl Estuardo Cornejo, quien ha viajado a España a seguir estudios de perfeccionamiento.

El Jurado encargado de discernir la beca otorgada por el Banco Popular del Perú estuvo constituido por el Dr. Luis E. Valcárcel, Decano de la Facultad, el Dr. Estuardo Núñez, Director del Instituto de Literatura, y el Dr. Ricardo Pastor como Delegado del Banco Popular.

"MIERCOLES ARQUEOLOGICO"

Desde hace un año y medio vienen funcionando con bastante éxito las reuniones del "Miércoles Arqueológico". Semanalmente se programan conferencias sobre temas relacionados con la Prehistoria, en las que intervienen investigadores nacionales y extranjeros. Al final de ellas se realizan discusiones de Mesa Redonda sobre el tema desarrollado.

La finalidad es poner al día las investigaciones que vienen efectuándose en el Perú y otras partes del mundo, las relaciones con otras ciencias y procurar la familiarización de los estudiantes con el círculo de investigadores y propendiendo así a la mejor formación profesional.

Entre otras personalidades de reconocida autoridad ofrecieron disertaciones: Jorge C. Muelle: "Ordenamiento de materiales arqueológicos según la teoría evolucionista"; Federico Engel: "Reconocimiento de sitios arqueológicos y la ubicación en carta geográfica"; José Matos Mar: "Investigaciones antropológicas en Venezuela"; Lawrence Dawson: "Secuencias del Horizonte Temprano en Nasca"; George Petersen: "Génesis del diamante y demás gemas"; John Rowe: "Terminología en la Arqueología Peruana"; Paul Tolstoy: "Arqueología de Piura"; Hans Horkheimer: "Sobre la Cultura Chimú"; Ernesto Tabío: "Arqueología Cubana"; Toribio Mejía Xesspe: "Nuevos datos para el estudio de la cultura Paracas"; Julio Espejo Núñez: "Arqueología de la Sierra Central del Perú"; Francois Bourricaud: "La Antropología y la Sociología"; José Vega Bello: "El Derecho Penal en el Incario"; Daniel Rubín de la Borbolla: "Arqueología Mejicana"; Gordon Hewes: "Antropología de la India actual". Igualmente expusieron sus trabajos los señores: Emilio Choy, Luis Lumbreras, Ramiro Matos, Carlos Guzmán, Duccio Bonavia, José Casafranca, Josefina Ramos de Cox,

Pedro Rojas Ponce, Hernán Amat, José Fernández, los estudiantes del Instituto de Etnología y Arqueología y muchos otros

Las reuniones se realizaron en el salón de clases del Museo de Arqueología de la Universidad, a las 7 p.m.

MUSEO DE ARQUEOLOGIA

El Museo de Arqueología de la Universidad de San Marcos, cumpliendo con su finalidad de investigación, ha preparado una exhibición sobre las secuencias culturales de la costa norte del país, destacando en ella las seriaciones de Mochica y Chimú. Igualmente está exhibiendo los instrumentos paleolíticos de Lauricocha, gentilmente obsequiados por su descubridor, el Ing^o Augusto Cardich. Estos testimonios tienen una antigüedad de 10,000 años, constituyendo una reliquia prehistórica para nuestro Museo.

El local del Museo es un gabinete de trabajo para los estudiantes de esta especialidad, en la que también se acogen a investigadores extranjeros, como los becados de la Comisión Fulbright y otros.

RECIENTES PUBLICACIONES DEL DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

TEXTOS UNIVERSITARIOS

Alarco, Luis Felipe, *Lecciones de Metafísica*,
Ampuero, José V., *Aritmética Teórica*.

SERIE PEDAGOGICA

Alarco, Luis Felipe, *Guía Didáctica*.
Tauro, Alberto, *Imagen del Perú*.

INSTITUTO DE ETNOLOGIA

Revista del Instituto N^o 1.

EN PRENSA

Barrantes, Emilio, *Pedagogía*.

J. M. Eguren, *Poesía Completa*. Recopilación y notas por Estuardo Núñez.

Notas Bibliográficas

Abraham Valdelomar, OBRA POÉTICA, prologada, compilada y anotada por (J)avier (C)heesman, proemio de Luis Alberto Sánchez, Lima, Asociación peruana por la Libertad de la Cultura, Serie: literatura e historia, Nº 1, 1958, p. 127.

Por primera vez se reúne en volumen la obra poética de Valdelomar, que antes estuvo dispersa en publicaciones periódicas y en buena parte inédita. El contenido poético del volumen se clasifica en dos secciones tituladas "período modernista" y "período postmodernista", tomando como fecha límite el año 1913, o sea la de su salida del país por primera y única vez, en que viajó a Norteamérica y Europa, con estada de varios meses en Italia. Pero el volumen incluye además una tercera sección que se titula "prosas poéticas" y acoge escritos muy reveladores e importantes como la dedicatoria o prólogo a un proyecto de libro que Valdelomar pensaba editar en España con el título *La aldea encantada*. Es singularmente significativo este prólogo por su nutrido contenido autobiográfico y por señalar datos precisos sobre su derrotero vital en la época de madurez.

El conjunto que presenta este volumen salva del olvido y el desconoci-

miento una parte esencial de la producción literaria de Valdelomar que a pesar de la proximidad temporal con la época presente no ha sido aún exhaustivamente estudiada. El volumen da la medida exacta de lo que su autor significó como poeta valioso en el proceso de la literatura peruana del presente siglo. La falta de este volumen había determinado el falso juicio de sólo considerar a Valdelomar como prosador y en muy pequeña y efímera escala como lírico. Con esta publicación podemos ahora delinear el cuadro de su obra integral, de donde resulta con singular cabalidad una personalidad literaria de indiscutible y vigoroso contorno continental.

Adiciónase al libro un apéndice con algunos poemas encontrados de dudosa identificación, una traducción de Foggazzaro, y 3 cartas escritas desde Roma a su madre en Lima, que no obstante su carácter familiar tienen notorio interés literario.

La compilación y cuidadosa anotación del libro ha estado a cargo del P. Javier Cheesman, meritorio estudioso y dedicado investigador. Su seria y acuciosa búsqueda ha proporcionado esta valiosa compilación que sin duda ha de ser apreciada en lo que vale por la crítica. El empeño de publicación y el prólogo corresponden a Luis Alberto Sánchez, contemporá-

neo de Valdelomar, que asimismo ofrece datos de singular interés biográfico y una semblanza viva y lúcida del autor de "El Caballero Carmelo". Este libro enriquece sin duda la bibliografía literaria peruana y da perfil e importancia a la colección de libros que está publicando, con laudable impulso, la Asociación Peruana por la Libertad de la Cultura, dirigida por Luis Alberto Sánchez.

Estuardo Núñez

Abraham Valdelomar, CUENTO Y POESÍA, selección, introducción y notas por Augusto Tamayo Vargas, Lima, Patronato del Libro Universitario, Imp. de la Universidad de San Marcos, 1958, 233 p.

Este volumen es síntoma del singular interés que despierta en nuestros días la obra literaria de Valdelomar, limitada y unilateralmente estudiada por la crítica. La deficiencia de su valoración deriva sin duda del desconocimiento cabal de una parte considerable de su producción, que sólo ahora empieza a ser revelada, rescatándose del olvido muchas páginas inéditas o perdidas entre las hojas de periódicos y revistas efímeras, cuyas colecciones se hacen cada vez más raras y escasas. Al lado de textos conocidos, Tamayo Vargas ha presentado algunas páginas inéditas importantes o incluido textos sólo aparecidos en periódicos. Nos acercamos con ésta y otras publicaciones similares a la realización de un ideal largamente acariciado: la edición total y crítica de la obra de este preclaro escritor peruano cuya justificación y valoración definitiva se ha postergado más de 40 años después de su prematura muerte en 1919.

Del análisis de su obra total ha de surgir, sin duda, un nuevo Valdelomar, casi insospechado en sus proyecciones creativas. A eso nueva visión se acerca Tamayo al definir a Valdelomar como un poeta de transición del Modernismo al Post-modernismo y a las nuevas tendencias, en lo que también coincide Cheesman. Resulta innegable que Valdelomar recibió el influjo de Chocano, Eguren y González Prada, pero también es cierto que a su vez él, con la arrogancia y brillo de su figura, ejerció influjo decisivo sobre la primera publicación de César Vallejo, o sea **Los Heraldos Negros**, libro que siendo el más conocido de Vallejo es, sin embargo, el menos significativo dentro de la trascendente concepción poética de Vallejo, pleno y originalmente desenvuelto en **Trilce** y **Poemas humanos**.

Tamayo Vargas adiciona al volumen un amplio estudio bibliográfico, una cronología del autor, una noticia sobre la escuela a que perteneció, el estudio específico de algunos tópicos frecuentes en su obra y el análisis de dos sonetos de Valdelomar. Integran el volumen siete cuentos significativos y conocidos del autor de "El Caballero Carmelo" y en la sección "poesía", se incluyen algunos poemas nunca aparecidos en volumen y alguno no incluido tampoco en la reciente edición de Cheesman.

No hay duda que esta publicación ha de contribuir a hacer más conocido el nombre y la obra de Valdelomar, sobre todo entre las nuevas generaciones, a quienes se dirigen especialmente estas ediciones del Patronato del Libro Universitario que está llenando fructuosamente la finalidad para lo que fue creado.

Estuardo Núñez

Enrique A. Carrillo (Cabotin), CARTAS DE UNA TURISTA, Lima, Ediciones del Congreso por la Libertad de la Cultura, Imprenta Editora Médica Peruana, 1959, 53 p.

Con el auspicio del Congreso por la Libertad de la Cultura, acaba de reeditarse esta novela breve representativa del Modernismo americano, escrita en forma epistolar, aparecida en Lima, a comienzos del presente siglo (1905). El autor reflejó en ella su depurado buen gusto, la fluidez de una trama de honda captación psicológica y las influencias inevitables de la época. El influjo francés es advertible, lo cual se explica por la formación europea del autor, lo mismo que la nota d'annunziana, que Carrillo introdujo antes que nadie en la literatura peruana, cuando no era común, ni generalizado su conocimiento. La novela desenvuelta en un lugar de veraneo, cercano a Lima (Chorrillos), bajo el sol estival y a la vera del mar, logra desarrollar en la sucesión de cartas una trama ingeniosa.

Carrillo (1877-1938), que además de novelista se reveló un cronista exquisito, un crítico informado con aciertos laudables (como aquel de la consagración del poeta Eguren en el momento en que la crítica oficial negaba sus méritos), poeta de selectos versos y fino traductor de poetas franceses, logró en **Cartas de una turista**, una narración de innegable hondura psicológica y fuerza ambiental, condiciones un tanto extrañas en el momento de su publicación, cuando regían los "pastiches" europeizantes o los tramos superficiales. Su larga permanencia en el extranjero, como diplomático en varios países europeos y americanos, no logró desarraigarlo de su país y su naturaleza,

y antes bien afirmaron su cultura literaria y una simpática y ejemplar aproximación a lo que era nativo.

La publicación de este libro servirá además de índice de su cultura y su afecto por el país de origen, para reafirmar otros valores igualmente elogiables, o sean su modernidad en el estilo y la sensibilidad demostrada en su realización creadora.

La obra trae un proemio de Luis Alberto Sánchez, con agudas aportaciones acerca del autor y de la obra, y un prólogo crítico de José Jiménez Borja, que constituye un penetrante análisis de la trayectoria vital y la experiencia creadora de Carrillo, imprescindible jalón en cualquier estudio posterior de este escritor. Se adiciona una bibliografía que sólo incluye lo publicado en volúmenes. Habría sido de desear que se hubiera incluido en ella lo publicado en revistas y diarios, así como lo aportado por la crítica en periódicos.

Estuardo Núñez

Alfredo Moreno M., recopilador, JOSE MENDIGUREN, UN BOHEMIO DE 1886, Lima, Cía. de Impresiones y Publicidad, 1960, 118 p.

Por primera vez se ha emprendido la tarea de recopilar la obra dispersa de José Mendiguren, representante de la generación post-romántica de 1886, cuya escasa producción en prosa y verso cubre hasta los primeros años del presente siglo. Mendiguren fue periodista destacado, autor de finos artículos, de algunos versos de relativo valor lírico y sobre todo, de exquisitas versiones de Enrique Heine, que dimos a conocer hace algunos años. El recopilador ha reunido además algunos artículos o ensayos de referencia, no específicamente dedi-

codos a Mendiguren pero que contienen juicios o apreciaciones sobre ese autor. Hubiera sido interesante haber, en esta oportunidad, insistido en una búsqueda más minuciosa en revistas y periódicos de la época y aún en el extranjero, pues Mendiguren radicó entre 1891 y 1906 en Buenos Aires y fue redactor de **La Prensa** de esa ciudad. Seguramente esa búsqueda podrá ofrecer hallazgos inesperados de su obra periodística, poética y dramática, pues se sabe que escribió varias comedias que se han extraviado. El volumen editado, en conjunto, no ofrece más novedad que algunas poesías circunstanciales de poca significación, y en cambio no se recogen todavía otras muestras de la capacidad de Mendiguren como traductor, delicado y sensible, como apreciado comediógrafo y como activo periodista. Puedo anotar asimismo que existen más traducciones de Heine que las que recoge el volumen y que descubrí en **El Progreso** de 1884-85, que hubieran podido incluirse en esta ocasión. Igual labor de rastreo exige su biografía, tratada muy escuetamente por el recopilador. Estas indicaciones podrán servir para emprender una tarea más minuciosa y exhaustiva que requiere tanto la figura de Mendiguren, como la de muchos de sus contemporáneos, con obra ignorada y dispersa en efímeros periódicos de su época.

Estuardo Núñez

Gustavo Valcárcel, LA PRISION (Lima: Editora Perú Nuevo, 1960).

No hace mucho, a un paso de sus cuarenta años, el poeta, novelista y damaturgo Gustavo Valcárcel ha visto publicadas todas sus obras en los

cinco volúmenes de un festival exclusivo. Ningún otro escritor vivo, ni siquiera los afamados **Ciro Alegría** y **Enrique López Albújar**, ha merecido aún ese honor.

El tercer volumen del festival es una novela, **La Prisión**, que en 1951 apareció en México, "cuando yo militaba todavía —dice Valcárcel— en las filas del Partido Aprista Peruano". La explicación leída en una "Advertencia" subraya, sobre todo, los defectos que su índole de partidario político puso en la novela, la cual, no obstante, es de nuevo publicada porque ella "encierra una seria y veraz —repito, veraz, añade Valcárcel— denuncia de lo que fueron, por largos años, las prisiones políticas del Perú. En segundo término, porque dicha denuncia se extiende, aunque algo difusa, contra las clases y castas explotadoras que aún hoy oprimen a mi Patria". Según él, aquella intención original, vigente en la actualidad, de protesta y condena del régimen de Odría, es suficiente para lanzar la segunda edición.

Si bien la denuncia contra la clase que domina el país no va más allá de unos diálogos, en vez de encarnar en un valioso argumento, la otra denuncia contra el caos y el vicio de las cárceles, innegables hoy por sus bárbaras repeticiones, propias de un campo de concentración todavía no clausurado, transforma la novela en un documento revelador del atraso y primitivismo de algunas autoridades, amén del atraso y primitivismo de los bajos estratos sociales del Perú, de donde surgen los llamados delincuentes comunes.

Hasta aquí la intención del escritor se cumple. Pero una noble protesta no engendra, sin más, una novela. El método narrativo de Valcárcel nos dibuja al comienzo, en pri-

mera persona, al protagonista, el estudiante Froilán, que sufre, por error, su primer y último encarcelamiento; unas páginas más allá Froilán habla por sí mismo, esto es, se convierte en el "segundo" novelista o en el personaje "observador", habitual por lo demás en muchas novelas de nuestro siglo y que traduce más directamente que el autor su propia conciencia; y en fin, muy poco antes del epílogo, cuando ya Froilán es un idiota degradado por la falta de libertad, por el rechazo a su liviana amante que lo engaña con sus verdugos, y por las prácticas homosexuales, Valcárcel quita la pluma de manos de Froilán y describe los momentos finales de éste, su bestial inconsciencia al vagar, ya libre, por las calles de la ciudad, y al morir en forma lamentable y anónima.

Pero sea Valcárcel o Froilán mismo el narrador, hay un afán por analizar la conciencia del protagonista, ora a través del "estilo indirecto libre" (cuando el narrador hace pensar visiblemente al personaje), ora dejando a Froilán contar sus intimidades como si él estuviera solo, método cuyo extremo de libertad y confesión es el "monólogo interior". Entre ambos polos se mueve imperfectamente Valcárcel, a fin de aplicar un estilo que él sin duda vio mitad en Joyce y mitad en Sartre. Esa imperfección es causante de que el lector, animado por la "Advertencia" y dispuesto a vivir los muchos planos de una prisión, por brutal que ésta fuera, se dé con el lenguaje telegráfico propio de aquellos métodos, y con un grave desorden narrativo, a más de hallar una mentalidad nada interesante en sí misma, como es la de Froilán. Si el autor decidió aplicar estos artificios, debió pensar que ellos cautivan sólo cuando es rico el argumento (así lo hacen Sch-

nitzler, Faulkner, Rulfo y Cortázar), o cuando es rica la mentalidad del personaje (así, Woolf, Joyce y Dos Passos); pero si, en cambio, su íntimo y justo deseo era abominar de las cárceles del país, debió pintar en detalle, aun con dicho estilo y usando el tiempo presente (que es el tiempo de la angustia, pues ignora el futuro), el ambiente y las relaciones externas del personaje, olvidando las sensaciones y los problemas ideológicos de una mentalidad que no es la de un intelectual, por más que se quiera. De haberlo hecho así, la brutalidad del medio hubiera pasado a primer plano y la estoica dignidad de la víctima hubiera alzado aún más al lector en contra de quienes la hacen sufrir.

En las mejores páginas de la novela el lenguaje es simple, coloquial, y aspira a forjar cuadros realistas. ¿Por qué, pues, enturbiarlo con un método impresionista que a menudo es oscuro en quienes no lo manejan bien, y por qué manchar el relato con vanas discusiones ideológicas y con citas en latín, alemán e italiano? Ya que Valcárcel es un poeta, nos habíamos dispuesto a leer una prosa adecuada o a hallar situaciones, personajes o símbolos patéticos. Nada de ello hemos visto. El estudiante que se vuelve idiota, que tiene un homónimo ya muerto, que ganguea por las calles antes de morir, hambriento y animalizado, es un personaje nada convincente. Y los raros pasajes líricos están muy por debajo de un modesto poema en prosa.

Al darnos una novela frustrada, este poeta, sin embargo, ha señalado mucho antes que nadie la urgencia de reformas carcelarias que hagan imposible a los gobiernos tener a la mano unas salas de tortura adonde puedan enviar a sus enemigos políti-

cas y donde los delincuentes no agraven sino corrijan sus proclividades; y también ha llamado la atención sobre ciertos métodos de composición literaria que desde hace algún tiempo aplican los jóvenes novelistas y cuentistas peruanos. Sobre todo, el análisis de la conciencia, la presentación del argumento a través de la vida mental del personaje, y la evocación recurrente, son artificios empleados con propiedad por Sebastián Salazar Bondy, Julio Ramón Ribeyro y Carlos Thorne, y con alguna inconsistencia, por Enrique Congrains.

C. E. Zavaleta

Luis Alayza y Paz Saldán, **MI PAIS** (8a. serie) **ALGO DE LA AMAZONIA PERUANA**, Lima, Gil S.A., 1960, 228 p.

Continuando su interesante y sugestiva sucesión de volúmenes dedicados a estudiar aspectos históricos, sociológicos y geográficos del Perú, Luis Alayza coronó con buen éxito este octavo tomo, con una recopilación de estudios acerca de las fronteras de la Amazonía del Perú, de sus riquezas económicas y de las circunstancias que rodearon la constitución de la Hilea Amazónica, en la cual tuvo importante contribución el autor. En los aspectos internacionales también participó Alayza como testigo de excepción, dada su intervención en la vida diplomática y política del país en circunstancias diversas. Pone a contribución sus experiencias de viajero y de estudioso de los problemas históricos y geográficos. En la descripción de la naturaleza amazónica se afirma no sólo en su experiencia, sino asimismo en el testimo-

nio de diversos geógrafos extranjeros y peruanos, aunque se anota la omisión de algunos viajeros importantes, que escribieron en lengua inglesa y alemana.

Resulta de interés su análisis de los antecedentes del Tratado Salomón-Lozano, que fijó los límites definitivos entre el Perú y Colombia, así como también su análisis de la obra del Capitán Francisco Requena durante la época colonial. Igualmente es de interés seguir el itinerario y derrota de su viaje por el camino trascontinental del Pacífico a la hoya amazónica, practicado por Alayza en 1943.

Gran parte del volumen está dedicado o transcribir una valiosa documentación inédita del hermano del autor el Ingeniero Francisco Alayza y P. S., que fue Prefecto del Departamento de Loreto entre 1910 y 1912, y que contiene datos de interés geográfico y económico que han de apreciar los especialistas. Esta recopilación, sin embargo, introduce un cambio en el estilo general de los tomos que forman la serie **Mi País** y resta con su nutrido texto, que abarca de las páginas 86 a 198, o sea más de cien, el contenido que pudo dedicar el autor a otras apreciaciones complementarias acerca de la historia integral del Oriente peruano, que no ha podido hacerse en las 110 páginas restantes y originales de Luis Alayza. Esa documentación para no trastornar el estilo general de la obra, pudo agregarse a manera de apéndice de la obra que, en general, da la impresión de ser prematuramente concebida en el afán de concluir el ciclo de los volúmenes anteriores sobre las restantes regiones del Perú. Con todo, estas observaciones no restan el valor intrínseco de lo publicado en éste y en los anteriores fascículos, impregnados todos de un fervoroso sen-

timiento nacionalista y un anhelo de estimular los estudios peruanistas en relación con la tierra y el hombre del país .

Estuardo Núñez.

Santiago Antúnez de Mayolo, LAS DIVINIDADES DEL CASTILLO DE CHAVIN. (Extracto del Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima, Tomo LXXVI, 3º y 4º trimestres de 1959).

El Dr. Santiago Antúnez de Mayolo, en una conferencia, en la Sociedad Geográfica, el 21-11-30, sobre el tema que epigrafió esta nota, demostraba, en forma atrayente, las conclusiones a que había llegado. En el Boletín de la referido Sociedad se ha publicado, tan valioso trabajo, que nos sugiere algunas reflexiones, dignas, tal vez, de exhibirse, en cuanto significan una oportuna contribución al estudio de uno de los más grandes problemas peruanos del ayer remoto: **la concepción de la divinidad**; o sea el origen serrano de la gran cultura nacional.

Antúnez de Mayolo sostiene, en dicha conferencia (de la que acaba de editarse una síntesis en folleto de 12 páginas en la Imprenta Miranda) que el concepto de la divinidad peruana (Viracocha) ha pasado por tres etapas, reveladas nítidamente, en el **Obelisco prismático de Chavín**, en el Monolito Roimondi, y en el Lanzón monolítico del castillo célebre, y su humanización en la divinidad de la Portada del Sol de Tiahuanaco.

Del análisis realizado por el eminente hombre de ciencia aijino, resulta :

a.—Que el Obelisco exhibe, separados, en las facetas del prisma, los dos elementos de la divinidad: ma-

cho y hembra. (Primera etapa, según él).

b.—Que la piedra de Chavín o monolito Raimondi representa la fusión sexual de las dos divinidades en una, (hermafroditismo científico) segunda etapa, según el sabio aijino.

c.—El Lanzón sería la tercera etapa. Porque el sexo ha desaparecido. El Dios ha evolucionado hasta la asexualidad filosófica o mítica. (Al Dios de todas las grandes culturas hay que saberlo sin sexo. Puramente espiritual).

Vale recordar, antes de presentar nuestro punto de vista que, en la obra **Los Incas del Perú**, de Markham, se reproducen dos invocaciones míticas a los dioses Brahma y Viracocha, de la India y del Perú, compuestas, la una, por los sabios brahmanes indios, y la otra, por los amautas y aravicos peruanos. En ambas, Brahma y Viracocha, son invocados como poseedores de ambos sexos a la vez. (Hermafroditas). Conocían el principio de la unidad.

Para completar el cuadro básico del gran problema que ha planteado Antúnez de Mayolo, en forma novedosa, con su interpretación de los símbolos, en los monolitos de Chavín, es preciso señalar cuatro elementos de juicio que no se han colocado sobre el tapete del debate, con anterioridad :

1º—El dios Thoth, del viejo Egipto es el creador de la sabiduría en sus tres expresiones: palabra, escritura y ciencias. Es ambisexual y el origen de toda invención. Este Thoth viene a ser representado en Grecia por Hermes Trimegistro (tres veces grande); autor de los cuarentaidós libros sagrados del anciano Egipto.

to. (Religión y ciencias del pueblo Nilence).

2º—En la Biblia hebraica (la Santa Biblia, Madrid, 1877, con arreglo a originales hebreo y griego), se dice, en el Génesis, Cap. 1, versículo 26: "Y dijo Dios: hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza...

Vers. 27: "Y crió Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo crió; macho y hembra los crió". (Malachias, 2, 15. Mateo 19.4. Marcos, 10.6).

Vers. 28. "y los bendijo Dios, y díjoles Dios: fructificad y multiplicad y henchid la Tierra y sojuzgala... (Cap. 9.1.7. Lev. 26.9. Sal. 127.3 y 128.3.4).

Vers. 31. "y... fué la tarde y la mañana del día sexto".

Luego, en el capítulo 2 del séptimo día, dice: Vers. 21: "Y Jehová hizo caer sueño sobre Adán... (Cap. 15.12.1. San 26.12).

Vers. 22. "y de la costilla que Jehová tomó del hombre hizo una mujer y trájala al hombre". (Prov. 18.22. Heb. 13.4.). (Jehová era, pues, hermafrodita).

3º—Científicamente, Dios, para presentarse en la mente humana como creador, debió ser, inicialmente, hermafrodita. De otro modo no podría sacar de la nada lo existente, sino de sí mismo, o sea que se fecundó a sí mismo para materializarse. (Esto concuerda con el principio de la unidad, encontrado por Pitágoras en sus siete años de meditación en las escuelas iniciáticas antiguas. "Todo es uno" dijo el sabio de Crotona en su famosa escuela del Prucio Itálico, en la Alta Grecia).

4º—El concepto de Dios es fruto de toda cultura superior. Recuérdese

que, históricamente, la Europa no tuvo noticia de un Dios bueno y justo, como el Viracocha peruano, sino cuando las culturas griega y romana diluyeron el rancio espiritualismo del Oriente, para dejar cristalizar las prédicas y epístolas de Pablo de Tarso, primero, y de Mahoma, después.

En cambio, en América, México y Perú concibieron al Dios creador.

Sólo que Viracocha superó al azteca, en la evolución de los sacrificios humanos. Ningún otro pueblo americano tuvo concepción de la divinidad. (Y conste que Viracocha, por los amautas peruanos, era ambisexual).

El salvaje actual de nuestra selva (el verdadero salvaje) admite el espíritu del mal, pero no se eleva al Bien Supremo ni a lo justo del Dios asexual evolucionado de Chovín.

No queremos agregar un quinto punto de mira científico, evidentemente peruano: **la fórmula matemática de la célula orgánica** encontrado por nuestro sabio Godofredo García en sus famosas conferencias del año 1954, en la Sociedad de Ingenieros y publicadas en el boletín de la Academia de Ciencias Naturales. Lo insinuamos apenas, porque entendemos que el descubrimiento de García es tan formidable que eleva al hombre a la categoría de divinidad, porque lo convierte en creador de la vida, en el laboratorio, con el simple desarrollo de una fórmula matemática.

(Ya el cable nos ha anunciado que los sabios ruso-polacos, aplicando la fórmula de García, han forjado la vida de la célula simple. Santiago Antúnez ha tenido un logro feliz al encontrar, en el lenguaje eterno de las piedras de Chavín, el pensamiento científico y filosófico de la más remota cultura serrana del Perú: Chavín de Huantar, sobre el río

Mosna, en Huari, Ancosh. Nosotros, empero, afirmamos que, según la norma científica ya exhibida en el punto 3º de este artículo, la evolución de la divinidad chavínica, debe marcarse así :

a).—PRIMER MOMENTO : el Dios hermafrodita del Monolito Raimondi, porque tal es el primer atisbo del hombre primitivo, pero culto, sobre la CALIDAD de Dios. Atisbo corroborado por la Ciencia.

b).—SEGUNDO MOMENTO : en el Obelisco Prismático, en que los sexos están diferenciados, aunque dentro de la misma unidad simbólica de la divinidad; y

c).—TERCER MOMENTO : el Dios asexual del Lanzón. Esta divinidad está perfeccionado por la mente humana. Es el Dios libre de toda pasión, esencialmente puro, porque se desprendió de sus impurezas al crear al mundo, de su propia sustancia. Científicamente, la expresión sería ésta : Dios es la energía einsteniana ($EM=C^2$), que se presenta como masa, al condensarse, y regresa a energía cuando aquella se desintegra. La evolución del pensamiento humano

en filosofía, religión, ciencias, etc., es evidente en el viejo Perú. Porque ¿cómo sabían los señores Incas que la tierra descansada tres años, recuperaba, por acción de las radiaciones solares, todas las substancias químicas que las plantas extrajeron?. ¿Conocían ya la energía solar como fuente renovadora universal? ¿Por qué juzgaron que Viracocha creó al hombre de piedra, con la sola magia de la palabra? ¿Cómo se enteraron que la erosión de la Tierra era nociva a la agricultura; que el aislamiento, con arena de los frutos de la tierra, impedía la picazón; que era posible el cultivo intensivo, y mil problemas más?

Porque los sabios peruanos, desde los remotos tiempos de Chavín, sabían de la evolución como ley universal. Ley de la cual no escapaba ni el propio Dios, para merecer el dictado de creador, de sabio y de justo.

Muchos otros aspectos quedan por presentar en este problema que el Dr. Antúnez de Mayolo ha replanteado, a base de su conocimiento del idioma nacional y de su enorme capacidad de científico y metafísico.

J. M. Valega



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

INDICE

GARCILASO Y LAS TEORIAS DEL TIPO IDEAL Y DE LA ESTRUCTURA, por Luis E. Valcárcel	5
LOS RESTOS DEL INCA GARCILASO, por Raúl Porras Barrenechea	8
PROHIBICION DE LOS COMENTARIOS REALES, por Daniel Valcárcel	15
LOS DOS AUTORES DE LA FLORIDA, por José Durand	19
LA ODISEA DE CHOCANO, por Luis Alberto Sánchez	28
CASTRO ALVES Y CHOCANO, por Bella Jozef	48
VALDELOMAR, VIAJERO, por Estuardo Núñez	58
LA CIUDAD MUERTA, por A. Valdelomar	71
CRONICAS DE ROMA, por A. Valdelomar	97
TENDENCIA DE LA CLASE HACIA EL PODER, LA IDEOLOGIA Y LOS PREJUICIOS, por José Mejía Valera	120
CRONICAS DEL JAPON, por Alberto Tauro	132

TESTIMONIOS

NOTAS Y COMENTARIOS	151
DOCUMENTOS	160
ACTIVIDADES DEL CLAUSTRO	169
NOTAS BIBLIOGRAFICAS	173



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

SUMARIO

GARCILASO Y LAS TEORIAS DEL TIPO IDEAL Y DE LA ESTRUCTURA, por Luis E. Valcárcel.

LOS RESTOS DEL INCA GARCILASO, por Raúl Porras Barrenechea.

PROHIBICION DE LOS COMENTARIOS REALES, por Daniel Valcárcel.

LOS DOS AUTORES DE LA FLORIDA, por José Durand.

LA ODISEA DE CHOCANO, por Luis Alberto Sánchez.

CASTRO ALVES Y CHOCANO, por Bella Jozef.

VALDELOMAR, VIAJERO, por Estuardo Núñez.

LA CIUDAD MUERTA, por A. Valdelomar.

CRONICAS DE ROMA, por A. Valdelomar.

TENDENCIA DE LA CLASE HACIA EL PODER, LA IDEOLOGIA Y LOS PREJUICIOS, por José Mejía Valera.

CRONICAS DEL JAPON, por Alberto Tauro.

TESTIMONIOS

NOTAS Y COMENTARIOS

DOCUMENTOS

ACTIVIDADES DEL CLAUSTRO

NOTAS BIBLIOGRAFICAS